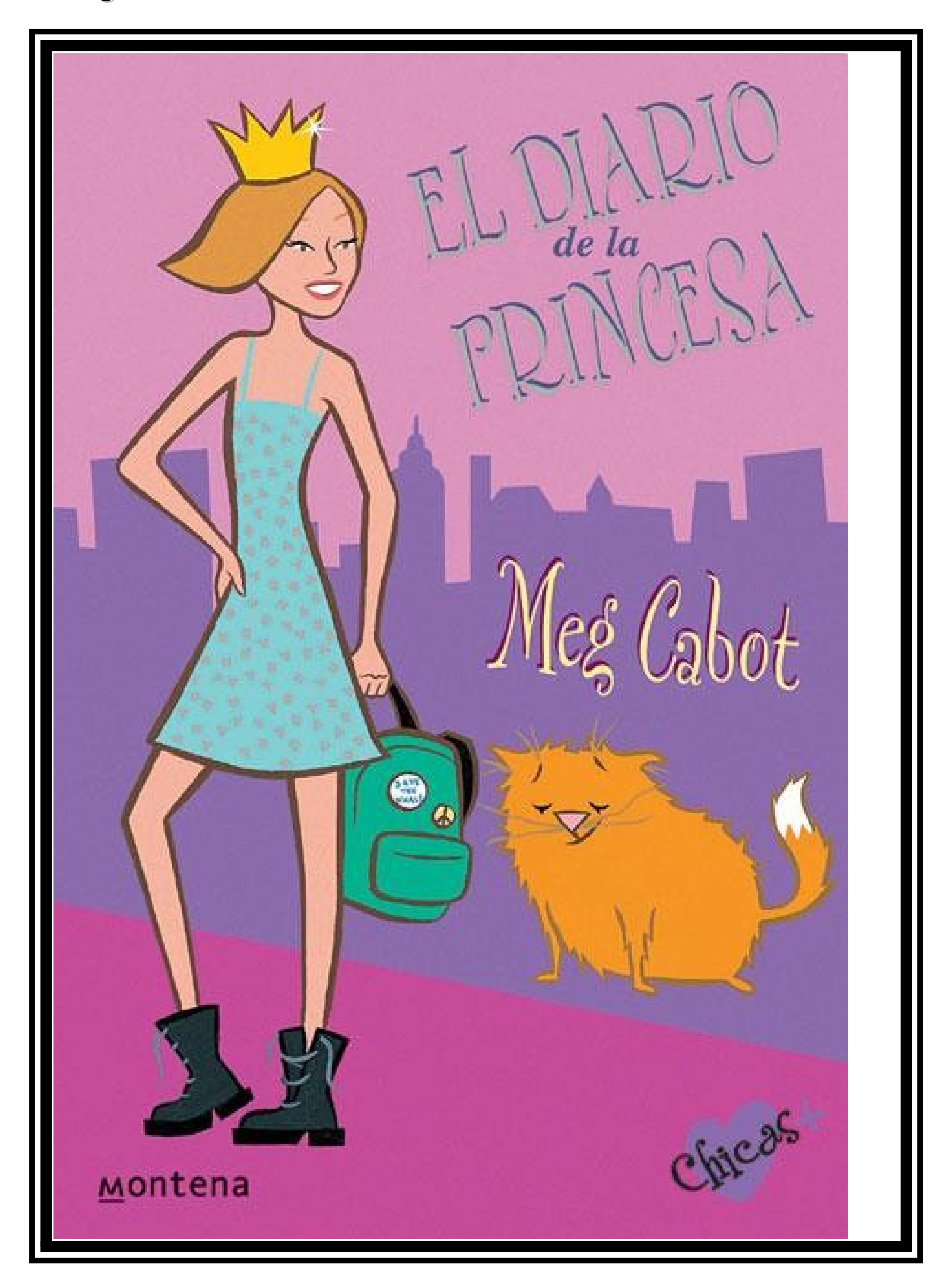
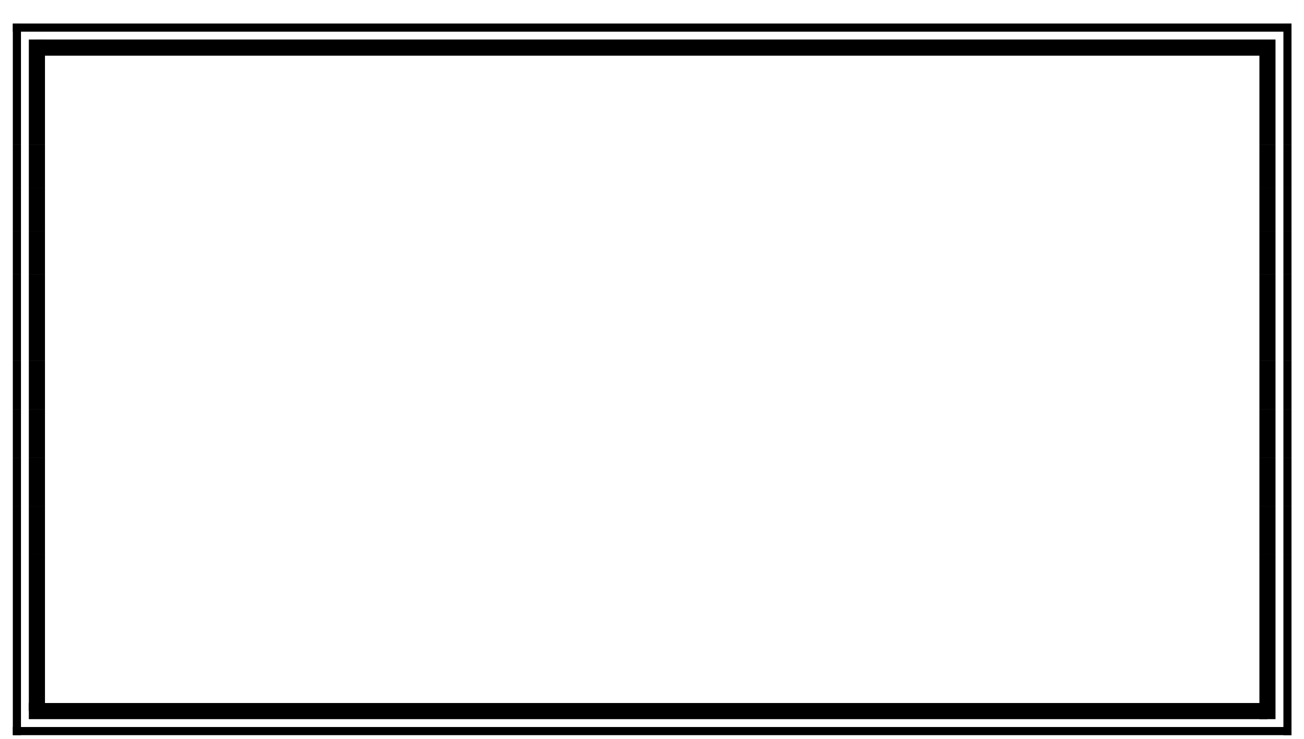

EL DIARIO
de la
PRINCESA
Meg Cabot
Chicas
montena



MEG CABOT

EL DIARIO DE LA PRINCESA

AGRADECIMIENTOS

La autora desea expresar su gratitud a las personas que contribuyeron de muy diferentes maneras a la creación y la publicación de esta obra: Beth Ader, Jennifer Brown, Barbara Cabot, Charles y Bonnie Egnatz, Emily Faith, Laura Langlie, Ron Markman, Abigail McAden, A. Elizabeth Mikesell, Melinda Mounsey, David Walton, Allegra Yeley y, muy especialmente, Benjamin Egnatz.

ÍNDICE



ARGUMENTO

¿Hay alguna chica que no haya soñado una vez en su vida en convertirse en una princesa de verdad? Pero ¿qué pasa si este sueño se hace un día realidad, sólo que con la persona equivocada? Porque a Mia, una adolescente de Manhattan, no le hace ninguna gracia cuando le anuncian que es la princesa de Genovia, un diminuto país europeo. Ella quiere seguir como siempre, aunque eso signifique tener que luchar con una imagen que no le convence, sufrir de desamor y tener suspensos monumentales en cada ejercicio de álgebra.

A Mia sólo le quedará desahogarse en este divertido diario, donde intentará compaginar su nueva vida sin por ello perder su identidad.

Pase lo que pase —dijo ella—, nada alterará una cosa.

Si soy una princesa con harapos, también puedo serlo

por dentro. Resultaría fácil ser una princesa con

vestidos dorados, pero tiene mucho más mérito

serlo en todo momento sin que nadie lo sepa.

A Little Princess

Francés Hodgson Burnett



Martes, 23 de septiembre

A veces tengo la impresión de que lo único que hago es mentir.

Mi madre cree que reprimo mis sentimientos al respecto. Yo le digo: «No, mamá. No es así. A mí me parece que es algo natural. Si tú eres feliz, yo soy feliz».

Y mamá dice: «Creo que no eres sincera conmigo».

Entonces va y me da este libro. Me dice que quiere que escriba mis sentimientos en este libro, puesto que, en su opinión, es evidente que no estoy dispuesta a compartirlos con ella.

¿Quiere que escriba mis sentimientos? Muy bien, voy a escribir mis sentimientos:

¡NO PUEDO CREER QUE ME ESTÉ HACIENDO ESTO!

Como si no supiera ya todo el mundo que soy un bicho raro. Soy casi el bicho más raro de toda la escuela. Reconozcámoslo: mido 1,79 m, soy plana, lisa como una tabla, y voy al primer curso, el de los novatos. ¿Se puede ser más bicho raro?

Si el resto de la escuela lo descubriera, me moriría. Sí, así es, me moriría.

¡Oh, Dios! Si de verdad existes, por favor, no dejes que lo descubran.

En Manhattan viven cuatro millones de personas, ¿cierto? Eso significa que, de ellas, dos millones son hombres. Pues bien, de DOS MILLONES de hombres, ella tiene que salir con el señor Gianini. No puede salir con alguno que yo no conozca. No puede salir con alguno que se haya ligado en D'Agostinos o algún otro lugar. No, claro.

Tiene que salir con mi profesor de álgebra.

Gracias, mamá. Muchas gracias.



Miércoles, 24 de septiembre, quinto turno

Lilly se pasa el día diciendo: «El señor Gianini es genial».

Sí, vale. Es genial si eres Lilly Moscovitz. Es genial si te va bien en álgebra, como a Lilly Moscovitz. No es tan genial si suspendes álgebra, como yo.

No es tan genial si te obliga a quedarte TODOS Y CADA UNO DE LOS DÍAS DEL CURSO después de clase, de 14.30 h a 15.30 h, para practicar el INÚTIL método cuando podrías salir por ahí con todos tus amigos. No es tan genial si convoca a tu madre a una reunión para comentar por qué suspendes álgebra, y entonces aprovecha y le PIDE UNA CITA.

Y no es tan genial si introduce la lengua en la boca de tu madre.

No es que los haya visto hacerlo. Ni siquiera han salido juntos. Y no creo que mi madre permitiera que un tipo le introdujera la lengua en la boca en la primera cita.

Al menos, eso espero.

La semana pasada vi cómo Josh Richter le daba un beso con lengua a Lana Weinberger. Y lo vi muy de cerca, puesto que estaban apoyados contra la taquilla de Josh, que es contigua a la mía. Me pareció como muy asqueroso.

Claro que tengo que admitir que no me importaría que Josh Richter me besara de ese modo. El otro día Lilly y yo estábamos en Bigelows comprando una crema con ácido Alpha Hydroxy para la madre de Lilly y me percaté de que Josh esperaba en una de las cajas. Él me vio, esbozó algo parecido a una sonrisa y dijo: «Eh».

Estaba comprando Drakkar Noir, una colonia de hombre. Le pedí una muestra gratuita a una dependienta. Ahora puedo oler a Josh siempre que quiera, en la intimidad de mi casa.

Lilly dice que las sinapsis de Josh probablemente fallaron ese día, debido a una insolación o algo así. Dijo que quizá yo le resultaba familiar pero que él no podía identificar mi rostro sin las paredes de cemento del instituto Albert Einstein como fondo. «¿Por qué si no —preguntó— el alumno veterano más popular del instituto iba a decirme: «Eh» a mí, Mia Thermopolis, una humilde novata?»

Pero yo sé que no se trataba de una insolación. Lo cierto es que cuando está lejos de Lana y de sus amigos cachas, Josh es una persona completamente distinta. El tipo de persona a quien no le importa que una chica sea plana o use un cuarenta de pie. El tipo de persona capaz de ver más allá de las apariencias, hasta lo más profundo del alma de una chica. Lo sé porque cuando le miré a los ojos aquel día, en Bigelows, vi la persona profundamente sensible que reside en su interior, luchando por salir al exterior.

Lilly dice que tengo una imaginación hiperactiva y una necesidad patológica de inventar el drama en mi vida. Dice que el hecho de que me preocupe tanto por el asunto entre mi madre y el señor G. es un ejemplo clásico.

«Si te preocupa tanto, coméntaselo a tu madre —insiste Lilly—. Dile que no quieres que salga con él. No te entiendo, Mia. No haces más que mentir con respecto a lo que sientes. ¿Por qué no adoptas una actitud asertiva y te propones cambiar? Tus sentimientos son valiosos, ya lo sabes.»

Sí, ya. Ahora voy a ponerme a sermonear a mamá sobre todo eso. Ella está muy contenta con la cita, lo cual es suficiente para sentir arcadas. Se pasa el día cocinando. No bromeo. Anoche hizo pasta por primera vez en meses. Yo ya había abierto el menú de platos a domicilio del chino de Suzie y ella va y dice: «Oh, no, nada de tallarines fríos al sésamo hoy. He preparado pasta».

¡Pasta! ¡Mi madre había cocinado pasta!

Incluso respetó mis derechos como vegetariana y no añadió albóndigas a la salsa.

No entiendo nada.

COSAS QUE HACER

Comprar tierra para gatos.

Acabar los INÚTILES deberes para el señor G.

Dejar de contárselo todo a Lilly.

Ir a Pearl Paint: comprar lápices blandos, recargas para la pistola de pintura y tensores de lienzo (para mamá).

Trabajo sobre Islandia para la asignatura Civilizaciones del Mundo (cinco páginas, a doble espacio).

Dejar de pensar tanto en Josh Richter.

Reducir las coladas.

Alquiler de octubre (¡¡¡comprobar que mamá ha ingresado el talón de papá!!!).

Ser más asertiva.

10. Medirme el contorno del pecho.



Jueves, 25 de septiembre

Hoy, en la clase de álgebra, sólo podía pensar en la posibilidad de que el señor Gianini le dé un beso con lengua a mamá mañana por la noche, durante su cita. Me limité a estar allí, sentada, mirándole. Me hizo una pregunta de lo más sencilla —lo prometo, siempre me reserva las más fáciles, como si no quisiera que me sienta marginada o algo así— y ni tan siquiera la oí. Sólo dije: «¿Qué?».

Entonces Lana Weinberger hizo ese ruidito que siempre hace y se inclinó hacia mí, lanzando su melena rubia sobre mi pupitre. Una oleada de perfume me dio en plena nariz y Lana susurró, con esa voz tan desdeñosa: «BICHO RARO».

Pero no lo pronunció en cuatro sílabas, sino como si se escribiera «BITCHORRRARO».

¿Por qué personas buenas como la princesa Diana mueren en accidentes de tráfico y personas mezquinas como Lana no? No entiendo qué ve Josh Richter en ella. Vale, sí, guapa es. Pero también muy mezquina. ¿Es que él no se da cuenta?

Claro que Lana quizá sea agradable con Josh. Yo también lo sería, no me cabe la menor duda. Es el chico más atractivo del instituto Albert Einstein. La mayoría de los chicos tienen un aspecto grotesco con el uniforme de la escuela, que en su caso consiste en pantalones grises, camisa blanca, jersey de manga larga negro o chaleco negro. Sin embargo, Josh no. Parece un modelo con el uniforme. En serio.

En fin. Hoy me he fijado en que el señor Gianini tiene la nariz muy respingona. ¿Por qué querría alguien salir con un tipo con la nariz tan respingona? Se lo pregunté a Lilly durante el almuerzo y ella contestó: «Nunca me he fijado en su nariz. ¿Vas a comerte ese pastelillo?».

Lilly dice que debo dejar de obsesionarme. Dice que estoy proyectando la

ansiedad que me provoca el hecho de llevar sólo un mes en el instituto y tener ya un suspenso en la ansiedad que me provoca la relación entre el señor Gianini y mi madre. Dice que eso se llama *desplazamiento.*

Es un fastidio que los padres de tu mejor amiga sean psicoanalistas.

Hoy, después de clase, los doctores Moscovitz intentaron analizarme por todos los medios. Lilly y yo jugábamos tranquilamente al Scrabble y cada cinco minutos, lo mismo: «Chicas, ¿queréis un poco de zumo? Chicas, en el Discovery Channel emiten un documental sobre calamares muy interesante. Y, por cierto, Mia, ¿qué te parece que tu madre empiece a salir con tu profesor de álgebra?».

Yo contesté: «Me parece bien».

¿Por qué no podré ser más asertiva?

Pero ¿y si los padres de Lilly van corriendo al Jefferson Market para ver a mi madre? Si les dijera la verdad, sin duda se chivarían. Y no quiero que ella sepa lo extraña que me hace sentir este asunto, y menos aún cuando ella parece tan feliz.

Lo peor fue que el hermano mayor de Lilly, Michael, oyó la conversación. Se echó a reír a carcajadas, aunque a mí no me parece que la cosa tenga ninguna gracia.

Dijo: «¿Tu madre sale con Frank Gianini? Ja, ja ja!».

Fantástico. Ahora Michael, el hermano de Lilly, lo sabe.

Así que tuve que empezar a suplicarle que no se lo explicara a nadie. Va al quinto turno de la clase de genios y talentos, lo cual, por cierto, es la mayor ironía del curso, porque a la señorita Hill, encargada del programa G y T en el Albert Einstein, no le importa lo que hagamos con tal de que no armemos demasiado jaleo. Le fastidia mucho tener que salir de la sala de profesores, que está enfrente del aula de G y T, al otro lado del vestíbulo, para gritarnos.

El caso es que Michael supuestamente asiste a esta clase para trabajar en su revista digital, *Crackhead.* Se supone que yo lo hago para ponerme al día con los deberes de álgebra.

De todos modos, la señorita Hill nunca controla lo que hacemos en clase de G y T; quizá es mejor que no lo haga, ya que nos pasamos la mayor parte del tiempo ideando maneras de encerrar al nuevo alumno ruso, un presunto genio musical, en el armario donde se guarda el material, para así no tener que oírle tocar más piezas de Stravinsky con su estúpido violín.

Sin embargo, no creas que sólo porque Michael y yo estemos conchavados contra Boris Pelkowski y su violín él haya evitado el tema de mi madre y el señor G.

Lo que Michael dijo una y otra vez fue: «¿Qué vas a hacer por mí, eh, Thermopolis? ¿Qué vas a hacer por mí?».

Pero no hay nada que yo pueda hacer por Michael Moscovitz. No puedo ofrecerme para hacerle los deberes ni nada parecido. Michael es un alumno veterano (como Josh Richter). Michael ha sacado siempre excelente en todo (como Josh Richter). Michael seguramente irá a Yale o a Harvard el próximo año (como Josh Richter).

¿Qué puedo hacer yo por alguien así?

No es que Michael sea perfecto, ni nada por el estilo. A diferencia de Josh Richter, Michael no forma parte del equipo. Michael ni siquiera forma parte del grupo de debate. Michael no cree en los deportes organizados, ni en la religión organizada, ni en nada organizado. Por el contrario, Michael se pasa la mayor parte del tiempo encerrado en su habitación. Una vez le pregunté a Lilly qué hace allí dentro, y ella me dijo que la familia emplea con Michael una política de «ni preguntas, ni explicaciones».

Apuesto a que está fabricando una bomba. Quizá tiene previsto volar el Albert Einstein como travesura de veterano.

Michael sale de vez en cuando de su habitación y suelta comentarios sarcásticos. Y a veces no lleva la camisa puesta. Aunque no cree en los deportes organizados, me he fijado en que tiene unos pectorales realmente bonitos, y los músculos del estómago extremadamente bien definidos.

Nunca se lo he comentado a Lilly.

En fin, supongo que Michael se cansó de que yo me ofreciera para hacer cosas como sacar de paseo a su sheltie, *Pavlov,* o llevar al supermercado Gristedes las latas vacías de refrescos *light* para recuperar el depósito, lo cual constituye su tarea semanal, porque al final Michael sólo dijo, con un tono de voz disgustado: «Olvídalo, ¿vale, Thermopolis?» y volvió a su habitación.

Le pregunté a Lilly por qué se había molestado de aquel modo y ella dijo que él me había acosado sexualmente pero que yo no me había percatado.

¡Qué vergüenza! ¿Te imaginas que Josh Richter empezara a acosarme un día (ojalá) y yo no me enterara? ¡Dios! A veces soy idiota de remate.

El caso es que Lilly me dijo que no me preocupara por la posibilidad de que Michael le explicara a sus amigos en la escuela lo de mi madre y el señor G., puesto que Michael no tiene amigos. Entonces Lilly quiso saber por qué me preocupaba que el señor Gianini tuviera una nariz respingona, ya que no soy yo quien tiene que mirársela, sino mi madre.

Y yo le dije: «Perdona, tengo que mirársela de 9.55 h a 10.55 h y de 14.30 h a 15.30 h CADA PUÑETERO DÍA, salvo los sábados y los domingos y las festividades estatales y el verano. Eso si no suspendo, claro está, ni tengo que asistir a clases de recuperación en verano».

Y si se casan, tendré que vérsela TODOS LOS DÍAS, SIETE DÍAS A LA SEMANA, VACACIONES INCLUIDAS.

Definición de *conjunto:* colección de objetos; un elemento y un miembro pertenecen a un conjunto.

A= {Gilligan, Skipper, Mary Ann}

La regla especifica cada elemento.

A = {*x*/*x* es uno de los náufragos de la isla Gilligan en la serie de televisión}



Viernes, 26 de septiembre

LISTA DE LILLY MOSCOTVITZ DE LOS TÍOS MÁS BUENOS

(compilada durante la clase de civilizaciones del mundo, con comentarios de Mia Thermopolis)

Josh Richter (totalmente de acuerdo: ciento ochenta centímetros de atractivo y belleza en estado puro. Pelo rubio, que a veces le cae sobre unos ojos de color azul claro, y sonrisa dulce y aletargada. Único defecto: demuestra tener un gusto pésimo al salir con Lana Weinberger).

Boris Pelkowski (nada de acuerdo: el simple hecho de haber tocado con su estúpido violín en el Carnegie Hall a los doce años no significa que esté bueno... Además, lleva el jersey del uniforme metido en los pantalones, en lugar de llevarlo por fuera, como una persona normal).

Pierce Brosnan, el mejor James Bond de todos los tiempos (nada de acuerdo: a mí me gustaba mucho más Timothy Dalton).

Daniel Day Lewis en El último mohicano (de acuerdo: pase lo que pase, sobrevive, por favor).

Príncipe Guillermo de Inglaterra (¡bah!).

Leonardo en Titanic (¡vaya novedad! Genial en 1998).

El señor Wheeton, el entrenador del equipo (bastante macizo, pero demasiado caballeroso; se le ha visto abriendo la puerta de la sala de profesores y cediendo el paso a Mademoiselle Klein).

El chico de los vaqueros de la valla publicitaria gigante de Times Square (del todo de

acuerdo: ¿Quién ES ese tipo? Tendría que protagonizar un montón de series televisivas).

9. *El novio de la doctora Quinn* (¿qué fue de él? ¡Estaba buenísimo...!).

10. *Joshua Bell, el violinista* (del todo de acuerdo. Debe de ser genial salir con un músico..., siempre que no se trate de Boris Pelkowski).



Viernes, más tarde

Me estaba midiendo el pecho y no pensaba en absoluto en que mamá había salido con mi profesor de álgebra cuando llamó papá. No sé por qué lo hice, pero le mentí y le dije que mamá estaba en el estudio. Fue una mentira absurda, ya que es evidente que papá sabe que mamá sale con otros hombres. Pero por alguna razón no pude mencionar al señor Gianini.

Esta tarde, durante la sesión obligatoria de repaso con el señor Gianini, estaba sentada practicando el INÚTIL método (primero, lo de fuera; lo de dentro, para el final; primero, lo de fuera; lo de dentro, para el final... ¡Por el amor de Dios! ¿Cuándo pondré yo en práctica el INÚTIL método en la vida real? ¿¿¿CUÁNDO???), el señor Gianini dijo de pronto: «Mia, espero que no te sientas..., ya sabes, incómoda porque tu madre y yo quedemos..., tengamos citas de tipo social».

Por un instante, no sé muy bien por qué razón, creí que había dicho SEXUAL y no social. Y entonces empecé a sofocarme. Me refiero a que la cara ME ARDÍA. Y dije: «Oh, no, señor Gianini, no me molesta en absoluto».

Y el señor Gianini dijo: «Porque si te molesta, podemos hablar de ello».

Supongo que él intuía que yo estaba mintiendo, habiéndome ruborizado de aquel modo.

Sin embargo, todo cuanto dije fue: «De verdad, no me molesta. Bueno, me molesta un POCO, pero de verdad, lo llevo bien. Bueno, es sólo una cita, ¿no? ¿Por qué preocuparse por una cochina cita?».

Y el señor Gianini respondió: «Verás, Mia, no sé si va a ser sólo una "cochina cita". Tu madre me gusta mucho».

Y entonces, no sé ni cómo, de repente, me sorprendí diciendo: «Más vale que así

sea, porque si alguna vez la hace llorar, le pegaré una patada en el culo».

¡Dios mío! ¡Aún no puedo creer que pronunciara la palabra *culo* delante de un profesor! Me puse aún MÁS ROJA después de hacerlo, cosa que creía imposible. ¿Por qué será que las únicas ocasiones en las que puedo decir la verdad son precisamente aquellas en que me puedo buscar problemas?

Supongo que me siento un poco extraña con todo esto. Quizá los padres de Lilly tengan razón.

El señor Gianini, sin embargo, ni se inmutó. Sonrió con esa mueca tan graciosa típica en él, y dijo: «No tengo intención de hacer llorar a tu madre, pero, si alguna vez lo hago, tienes mi permiso para darme una patada en el culo».

Eso estaba bien, más o menos.

El caso es que papá sonaba muy raro por teléfono. Claro que, por otra parte, siempre suena raro. Las llamadas intercontinentales fastidian porque oigo de fondo el susurro del mar y me pongo nerviosa, como si los peces estuvieran escuchándome o algo así. Además, no era conmigo con quien papá quería hablar: quería hablar con mamá. Supongo que alguien ha muerto y él quiere que mamá me lo comunique con mucho tacto.

Quizá se trata de Grandmère. Hummm...

El pecho me ha crecido exactamente nada desde el pasado verano. Mamá estaba del todo equivocada. No di un «estirón» al cumplir los catorce, o al menos no lo dio mi pecho. Sólo doy estirones hacia ARRIBA, no hacia DELANTE. Ahora soy la chica más alta de la clase.

Si alguien me pide que le acompañe al Baile de la Diversidad Cultural el próximo mes (sí, ya está a la vuelta de la esquina), no podré ponerme un vestido sin tirantes porque no tengo nada en la delantera con que sostenerlo.



Sábado, 27 de septiembre

Ya me había dormido cuando mamá regresó de su cita de anoche (hice verdaderos esfuerzos por aguantar despierta, porque quería saber qué había pasado, pero supongo que tanta medición me agotó), así que no se lo he podido preguntar hasta esta mañana, al entrar en la cocina para dar de comer al rechoncho de *Fat Louie.*

No hay que olvidar que mamá ha estado deprimida desde que su último novio resultó ser republicano.

En fin, el caso es que allí estaba, canturreando alegremente y preparando panqueques. Casi se me paró el corazón por el impacto que me produjo verla cocinar algo tan de mañana, y aún más tratándose de algo vegetariano.

Obviamente, se lo había pasado de maravilla. Fueron a cenar a Monte's (¡vaya, resulta que el señor G. no es tan cutre como parece!) y pasearon por el West Village y fueron a un bar y se sentaron en la terraza-jardín hasta cerca de las dos de la madrugada, sólo para hablar. Intenté averiguar con disimulo si había habido intercambio de besos, en particular del tipo «con lengua», pero mi madre se limitó a sonreír y pareció azorarse.

Vale. Me pasé de grosera.

Volverán a salir la próxima semana.

Supongo que no me importa, si eso la hace tan feliz.

Hoy Lilly filmará una parodia de la película *El proyecto de la bruja de Blair* para su programa de televisión *Lilly lo cuenta tal y como es. El proyecto de la bruja de Blair* trata de unos jóvenes que se internan en el bosque en busca de una bruja y acaban desapareciendo. El único rastro que se encuentra de ellos es un fragmento de la cinta que filmaron y algunas estacas apiladas. Pero en lugar de *El proyecto de la bruja de*

Blair, la versión de Lilly se titulará *El proyecto de la bruja verde.* Lilly tiene previsto ir al Washington Square Park con una cámara de vídeo y filmar a los turistas que se nos acerquen y nos pregunten cómo llegar a *Green Witch Village* (en inglés, «Pueblo de la Bruja Verde»). (En realidad se escribe Greenwich Village; y la *w* de Greenwich no suena, pero la gente de fuera siempre lo pronuncia mal.)

Bueno, el caso es que cuando los turistas se nos acerquen y nos pregunten por el camino a Green Witch Village, nos pondremos a gritar y saldremos corriendo, horrorizados. Al final, el único rastro que se encontrará de nosotros será una pila de tarjetas de metro. Lilly dice que cuando se emita el programa, nadie volverá a tener el mismo concepto de las tarjetas del metro.

Yo le he dicho que es una lástima que no tengamos una bruja de verdad. Pensé en incluir a Lana Weinberger para ese papel, pero Lilly dijo que eso resultaría demasiado obvio, que el personaje le iría demasiado bien. Además, si lo hiciéramos, tendríamos que soportarla todo el día y nadie estaría dispuesto a eso. No pararía de exhibirse, teniendo en cuenta que nos considera las chicas menos populares de toda la escuela. Aunque es muy probable que no estuviera dispuesta a que su reputación quedara mancillada por ser vista en nuestra compañía.

Para colmo, es tan presuntuosa que seguramente aceptaría la oferta en el acto, ¡una oportunidad de salir en la tele!, aunque se trate «sólo» de un canal público.

Al concluir la filmación del día, todos vimos al Ciego cruzando Bleecker. Le acompañaba una nueva víctima, una inocente turista alemana que no tenía ni idea de que el amable ciego al que ayudaba a cruzar la calle le metería mano en cuanto alcanzaran la acera de enfrente y luego simularía haberlo hecho sin querer.

Justo lo que me había pasado a mí; el único tipo que me ha metido mano en toda mi vida (aunque tampoco hay mucho que tocar) era CIEGO.

Lilly dice que va a denunciar al Ciego a la policía del distrito para que se encargue de él. Pero la policía tiene cosas más importantes de que preocuparse. Como atrapar asesinos, por ejemplo.

COSAS QUE HACER

Comprar tierra para gatos.

Comprobar que mamá ha enviado el talón del alquiler.

Dejar de mentir.

Propuesta para el trabajo de lengua.

Recoger la colada.

6. Dejar de pensar en Josh Richter.



Domingo, 28 de septiembre

Mi padre ha vuelto a llamar, y esta vez mamá estaba de verdad en su estudio, así que no me he sentido tan mal por haberle mentido anoche y no haberle hablado del señor Gianini. De nuevo, sonaba extraño, por lo que al final le pregunté: «Papá, ¿se ha muerto Grandmère?», y él se quedó perplejo y respondió: «No, Mia, ¿por qué piensas eso?».

Y le expliqué que tenía una voz extraña, y él contestó: «Yo no tengo una voz extraña», lo cual era mentira, porque SÍ tenía una voz extraña. No obstante, preferí dejar el tema y le hablé de Islandia, ya que estamos estudiando Islandia en la asignatura civilizaciones del mundo. Islandia cuenta con el mayor índice de alfabetización del mundo, debido a que allí no se puede hacer otra cosa que leer. También tienen piscinas y lagos termales naturales, donde todo el mundo va a nadar. Una vez, la ópera llegó a Islandia y se agotaron las entradas en todas las funciones, de modo que el 98% de la población asistió al espectáculo. Todos se aprendieron la letra de la ópera y se pasaban el día tarareándola por la calle.

Algún día me gustaría vivir en Islandia. Parece un lugar divertido. Mucho más divertido que Manhattan, donde la gente a veces te escupe sin razón.

Sin embargo, a papá no pareció impresionarle Islandia. Supongo que, en comparación, Islandia hace que cualquier otro país parezca insufrible. Aunque el país en el que mi padre vive es bastante pequeño. Creo que si la ópera llegara allí, el 80% de la población iría a verla, un detalle que enorgullecería a cualquiera, la verdad.

Sólo compartí con él esa información porque, al dedicarse a la política, pensé que le daría ideas sobre cómo mejorar la situación de Genovia, donde él vive. Pero imagino que Genovia no necesita mejorar. El principal producto de importación de Genovia son los turistas. Lo sé porque en séptimo curso tuve que redactar una especie de informe breve de todos los países de Europa, y Genovia estaba a la par

con Disneylandia en cuanto a ingresos derivados del turismo. Quizá sea esa la razón por la que en Genovia no se pagan impuestos: el Gobierno ya tiene dinero suficiente. Se le llama *principado.* Sólo existen dos: éste y el de Mónaco. Mi padre dice que tengo muchos primos en Mónaco, pero todavía no he conocido a ninguno, ni tan siquiera en casa de Grandmère.

Le he sugerido a papá que el próximo verano, en lugar de pasarlo con Grandmère en su *château* francés, Miragnac, podríamos ir a Islandia. Tendríamos que dejar a la abuela en su *château,* claro está. Ella detestaría Islandia. Detesta los lugares en los que no se puede pedir un Sidecar decente, su bebida favorita, veinticuatro horas al día.

Por toda respuesta, papá dijo: «Ya hablaremos de eso en otro momento», y después colgó.

Mamá tiene razón con respecto a él.

Valor absoluto: distancia que separa un número dado del cero en una línea numérica [...] siempre un positivo.



Lunes, 29 de septiembre, aula de G y T

Hoy he escrutado al señor Gianini en busca de algún indicio que delatara que no se lo pasó tan bien como mamá en su cita. Sin embargo, parecía estar de muy buen humor. Durante la clase, mientras trabajábamos con la fórmula cuadrática (¿qué ha sido del método INÚTIL? Justo cuando empezaba a entenderlo, de repente resulta que hay algo NUEVO; ahora ya no cabe la menor duda de que voy a volver a suspender), él preguntó si alguien había solicitado ya un papel para el musical de otoño, *My Fair Lady.*

Entonces, más tarde, dijo, como hace siempre que se emociona con una idea: «¿Sabéis quién sería una excelente Eliza Doolittle? Creo que tú, Mia».

Quise morirme. Sé que el señor Gianini sólo intentaba ser amable —al fin y al cabo, sale con mi madre—, pero la verdad es que no dio pie con bola, sobre todo porque era evidente que las audiciones ya se habían llevado a cabo, e incluso en el hipotético caso de que hubiera solicitado un papel (lo cual es imposible porque voy a suspender álgebra, eh, señor Gianini, ¿recuerda?), JAMAS hubiera conseguido uno, y aún menos el PRINCIPAL. No sé cantar. ¡Pero si apenas sé hablar!

Ni siquiera Lana Weinberger, a quien siempre le adjudicaban el papel protagonista en la escuela secundaria inferior, lo había conseguido esta vez. Se lo otorgaron a una alumna veterana. Lana hará de doncella, de espectadora de las carreras de caballos de Ascot y de prostituta londinense de los bajos fondos. Lilly será la encargada de la sala. Su función consistirá en apagar y encender las luces en el entreacto.

Me sentía tan atónita por las palabras del señor Gianini que no pude decir nada. Me quedé inmóvil y noté cómo me iba poniendo roja. Quizá por eso después, cuando Lilly y yo nos acercamos a mi taquilla a la hora del almuerzo, Lana, que esperaba a Josh, soltó: «Oh, hola, Amelia» con un tono de voz repelente, aunque nadie me había llamado Amelia (salvo Grandmère) desde el parvulario, cuando le pedí a todo el

mundo que dejara de hacerlo.

Entonces, al agacharme para sacar el dinero de la mochila, Lana debió de tener una buena perspectiva de mi escote, porque de pronto espetó: «Vaya, qué tierno. Veo que aún no llenamos un sujetador. ¿Permites que te sugiera las tiritas?».

Le habría tirado del pelo y pegado un buen puñetazo —bueno, quizá no; los doctores Moscovitz dicen que tengo miedo a la confrontación— de no haber aparecido Josh Richter EN ESE MISMO INSTANTE. Sabía que lo había oído todo, pero sólo dijo: «¿Me dejas pasar?»; se dirigía a Lilly, que obstaculizaba su camino hacia la taquilla.

Estaba dispuesta a escabullirme hacia la cafetería y olvidar la anécdota —¡Dios! Justo lo que necesitaba: ¡que alguien aludiera a mi condición de plana en presencia de Josh Richter!—, pero Lilly no pensaba claudicar. Se le encendió la cara y le dijo a Lana: «¿Por qué no nos haces un favor a todos y te buscas un bosque y te pierdes, Weinberger?».

Bueno, lo cierto es que nadie le dice a Lana Weinberger que se busque un bosque y se pierda. Insisto: nadie. A menos que quiera ver su nombre escrito en las paredes de los lavabos de chicas. Tampoco es que sea algo tan infame —de hecho, los chicos no entran nunca en los lavabos de chicas—, pero creo que yo preferiría no tener que ver mi nombre escrito en las paredes, la verdad.

Sin embargo, a Lilly no le importan esas cosas. Me refiero a que es bajita y un poco rechoncha, y en cierto modo recuerda a un dogo, aunque ella no se preocupa lo más mínimo por su apariencia. Quiero decir que tiene su propio programa de televisión, y los chicos la llaman constantemente y le dicen que es muy fea y le piden que se levante la blusa (ella no es plana; ya utiliza la talla 95), y ella se limita a reírse sin parar.

A Lilly no le da miedo nada.

Así que cuando Lana Weinberger empezó a replicarle que la que tenía que perderse era ella, Lilly se quedó impasible y la miró, pestañeando sin más, como diciéndole: «Súbete aquí y baila».

La situación se hubiera agravado hasta convertirse en una de esas tremendas reyertas de chicas —Lilly no se ha perdido ni un sólo episodio de *Xena, la princesa guerrera,* y yo practico el *kick boxing* como nadie—, si Josh Richter no hubiera cerrado su taquilla de un portazo, diciendo: «Me largo de aquí» con voz de hastío. Entonces Lana dejó la discusión como quien suelta una patata caliente y salió corriendo tras él, suplicándole: «Josh, espera. ¡Espera, Josh!».

Lilly y yo nos quedamos allí, mirándonos sin dar crédito a lo que había pasado. Yo aún no acabo de creérmelo. ¿Quiénes son esos y por qué tengo que pasar todos los días encarcelada con ellos?

DEBERES

Álgebra: problemas 1-12, p. 79.

Lengua: propuesta para el trabajo.

Civilizaciones del mundo: preguntas al final de la lección 4.

G y T: nada.

Francés: utilizar *avoir* en una frase neg., leer lec. 1-3.

Pas de plus.

Biología: nada.

B = {x/x es un número entero}

D = {2, 3, 4}

4ED

5ED

E = {x/x es un número entero mayor de 4

pero menor de 258}



Martes, 30 de septiembre

Acaba de ocurrir algo muy extraño. Al llegar de la escuela esta tarde, mi madre ya estaba en casa (por lo general, entre semana suele pasar todo el día en el estudio). Tenía una expresión muy graciosa en la cara y dijo: «Tengo que hablar contigo».

Esta vez no tarareaba ni había cocinado nada, así que intuí que la cosa iba en serio.

En cierto modo esperaba que Grandmère hubiera muerto, pero sabía que tenía que ser algo mucho peor y temí que le hubiera ocurrido algo a *Fat Louie;* quizá se había tragado otro calcetín. La última vez que lo hizo, el veterinario nos cobró mil dólares por extraer el calcetín de sus pequeños intestinos, y durante un mes caminó por ahí con una expresión muy divertida en la cara.

Me refiero a *Fat Louie,* por supuesto, no al veterinario.

Sin embargo, el problema no era el gato, sino mi padre. La razón por la que papá había llamado con tanta insistencia era que quería comunicarnos algo que acababa de saber: a consecuencia del cáncer que padece, no puede tener más hijos.

El cáncer es algo terrible. Afortunadamente, el tipo de cáncer que aqueja a mi padre es más o menos leve y parece tener remedio. Sólo tuvieron que extirparle la zona afectada y someterlo después a un tratamiento de quimio, y, de momento, transcurrido un año, el cáncer no se ha reproducido.

Por desgracia, la parte que tuvieron que amputarle fue...

¡Ajjj! No me apetece ni escribirlo.

Un testículo.

¡QUÉ GROSERÍA!

Resulta que cuando a uno le extirpan un testículo y recibe quimioterapia, tiene muchas probabilidades de quedarse estéril. Justo lo que mi padre acaba de descubrir que le ha pasado.

Mamá dice que está muy desanimado. Dice que ahora tenemos que ser muy comprensivas con él, porque los hombres tienen necesidades y una de ellas es la necesidad de saberse progenitor omnipotente.

Lo que no alcanzo a comprender es... ¿cuál es el verdadero drama? ¿Para qué necesita tener más hijos? ¡Ya me tiene a mí! Sí, es verdad, sólo le veo en verano y en Navidad, pero ya es suficiente, ¿no? Me refiero a que él está demasiado ocupado en gobernar Genovia. Intentar que todo un país, aunque sólo mida cerca de un kilómetro y medio de largo, funcione más o menos bien no es moco de pavo. Siempre tiene una nueva novia merodeando a su alrededor. En verano las lleva a casa de Grandmère en Francia. Todas babean sin remedio al ver las albercas y las caballerizas y la cascada y las veintisiete habitaciones y el salón de baile y el viñedo y la granja y la pista de aterrizaje.

Y entonces, él las abandona una semana después.

No sabía que tenía intenciones de casarse y tener hijos con una de ellas.

Me refiero a que nunca se casó con mi madre. Mi madre dice que el motivo es que en aquel momento ella rechazó la moral burguesa de una sociedad que ni tan sólo tenía en consideración la igualdad entre hombres y mujeres y, por ello, se negaba a reconocer sus derechos como individuo.

Casi siempre opto por creer que, sencillamente, quizá mi padre nunca se lo pidió.

En fin, el caso es que mi madre dice que mi padre llegará mañana a Nueva York para hablarme de todo esto. La verdad, no entiendo por qué. Quiero decir que este asunto no tiene nada que ver conmigo. Pero cuando le pregunté a mi madre: «¿Por qué tiene papá que hacer un viaje tan largo para explicarme que no puede tener hijos?», a ella se le dibujó esa expresión tan graciosa en la cara y empezó a decir algo, aunque se interrumpió.

Al final, se limitó a decir: «Tendrás que preguntárselo a tu padre».

Esto no es nada bueno. Mi madre sólo dice: «Pregúntale a tu padre» cuando quiero saber algo que a ella no le apetece explicarme, como por qué algunas personas asesinan a sus propios bebés, y por qué los estadounidenses comen tanta carne de res y leen mucho menos que los islandeses.

Nota para mí: Buscar en el diccionario la definición de *progenitor, omnipotente* y *moral.*

Propiedad distributiva

$5x + 5y - 5$

$5\ (x + y - 1)$

Distribuye... ¿¿¿QUÉ??? ¡¡¡AVERIGUARLO ANTES DEL EXAMEN!!!



Miércoles, 1 de octubre

Mi padre está aquí. Bueno, no exactamente aquí, en el apartamento. Se ha alojado en el Plaza, como de costumbre. Mañana tendré que ir a visitarle, cuando él haya «descansado». Mi padre descansa mucho, por el cáncer. También ha dejado de jugar al polo, aunque creo que eso se debe a que una vez le pisó un caballo.

En fin. Yo odio el Plaza. La última vez que mi padre se alojó en él, no me dejaron entrar a verle por llevar pantalones cortos. La dueña estaba allí y, según me dijeron, no le gusta ver a gente «descocada» en el vestíbulo de su elegante hotel. Tuve que llamar a papá desde una de las cabinas y pedirle que me bajara unos pantalones. Él me dijo que le pusiera con el conserje e instantes después, cómo no, todo el mundo se deshacía en disculpas conmigo. Me regalaron una cesta llena de fruta y chocolate. Era genial, pero no me apetecía fruta, así que se la di a un mendigo que vi en el metro de regreso al Village. Me parece que el mendigo tampoco la quería, puesto que la tiró a los raíles y conservó la cesta para utilizarla de sombrero.

Le expliqué a Lilly lo que había dicho mi padre, que ya no podía tener hijos, y ella comentó que era algo muy significativo. Dijo que eso demuestra que mi padre tiene cuestiones pendientes de resolver con sus padres, y yo le contesté: «Hum, es posible. Grandmère es como un enorme grano en el culo».

Lilly dijo que no podía considerar la veracidad de esa afirmación puesto que no conoce a mi abuela. Durante años he suplicado que me dejen invitar a Lilly a Miragnac, pero Grandmère siempre se niega. Dice que los jóvenes le provocan migraña.

Lilly dice que es probable que mi padre tenga miedo a perder su juventud, lo cual para muchos hombres es equiparable a perder la virilidad. Creo de veras que deberían pasar de curso a Lilly en la escuela, pero ella dice que le gusta ser novata. Dice que de ese modo cuenta con cuatro años enteritos por delante para observar de

cerca la condición de la adolescencia en los Estados Unidos post-Guerra Fría.

A PARTIR DE HOY:

Seré amable con todo el mundo, tanto si me gusta como si no.

Dejaré de pasarme la vida mintiendo con respecto a mis sentimientos.

Dejaré de olvidarme la libreta de álgebra.

Me callaré mis opiniones.

Dejaré de tomar apuntes de álgebra en mi diario.

La tercera potencia de *x* se denomina *cubo de x* (los números negativos no tienen raíz cuad.).



Notas de la clase de G y T

—Lilly... No la soporto más. ¿Por qué no vuelve de una vez a la sala de profesores?

—*Quizá no lo haga. He oído que hoy van a limpiar la moqueta. ¡Dios mío! ¡Es tan MONO!*

—¿Quién es mono?

—*¡BORIS!*

—No es mono. Es grotesco. Mira lo que ha hecho con su jersey. ¿Por qué HACE eso?

—*Eres tan intolerante...*

—NO soy intolerante, pero alguien debería decirle que en Estados Unidos no nos metemos el jersey por dentro de los pantalones.

—*Bueno, a lo mejor en Rusia sí lo hacen.*

—Pero esto no es Rusia. Y también debería decirle alguien que se aprendiera otra canción. Si vuelvo a oír ese réquiem por el Rey Nosequé...

—*Estás celosa porque Boris es un genio musical y tú has suspendido álgebra.*

—Lilly, que suspenda álgebra NO significa que sea idiota.

—*Vale, vale. ¿Qué te pasa hoy?*

—¡¡¡NADA!!!

Grado de inclinación: la inclinación de una línea llamada *m* es:

m =

Calcula la ecuación de una línea con inclinación = 2

Calcula el grado de inclinación de la nariz del señor Gianini.



Jueves, 2 de octubre, servicios de señoras del Hotel Plaza

Bien.

Supongo que ahora ya sé por qué a mi padre le preocupa tanto el hecho de no poder tener más hijos.

¡¡¡PORQUE ES UN PRÍNCIPE!!!

¡Dios mío! ¿Hasta cuándo creían que podrían ocultarme algo así?

Claro que, bien pensado, se han salido con la suya durante bastante tiempo. De hecho, HE ESTADO en Genovia. Miragnac, adonde voy todos los veranos, y casi todas las Navidades, es el nombre de la casa de mi abuela en Francia. Bueno, en realidad está en la frontera francesa, muy cerca de Genovia, que está situada entre Francia e Italia. He estado yendo a Miragnac desde que nací, aunque nunca con mi madre. Sólo con mi padre. Mi madre y mi padre nunca han vivido juntos. A diferencia de muchos de los chicos que conozco, que se sientan a esperar a que sus padres se reconcilien después de haberse divorciado, yo estoy muy contenta con mi situación. Mis padres se separaron antes incluso de que yo naciera, aunque siempre han mantenido una relación muy cordial. Excepto cuando mi padre está de mal humor o mi madre está cansada, lo cual sucede de vez en cuando. Creo que sería un fastidio tremendo que vivieran juntos.

El caso es que Genovia es donde mi abuela me lleva a comprar ropa al final del verano, cuando ya no soporta más verme con mis «andrajos». Pero nadie mencionó jamás nada acerca de que mi padre fuera un PRÍNCIPE.

Sin embargo, ahora que lo pienso, en el informe que escribí sobre Genovia hace dos años tuve que copiar el nombre de la familia real: Renaldo. Pero ni siquiera entonces lo asocié a mi padre. Por supuesto que sé que se llama Phillipe Renaldo, pero el nombre del príncipe de Genovia figuraba en la enciclopedia que consulté como Artur Christoff Phillipe Gerard Grimaldi Renaldo.

Y la foto debía de ser muy antigua. Papá no tiene pelo desde antes de nacer yo (seguramente fue por eso por lo que a los demás les pasaron inadvertidos los efectos de la quimioterapia, pues ya estaba calvo). La fotografía del príncipe de Genovia era la de alguien con MUCHO pelo, patillas e incluso bigote.

Me parece que ya he descubierto que le gustó a mamá de papá cuando estudiaban en la universidad: él tenía algo de los hermanos Baldwin, los actores.

Pero ¿un PRÍNCIPE? ¿De todo un PAÍS? Quiero decir que... Bueno, sabía que papá estaba metido en política y por supuesto también sabía que tenía mucho dinero. Claro que ¿cuántos alumnos de mi escuela tienen casas de verano en Francia? Los pijos, en Martha's Vineyard, quizá, pero no en Francia.

Por tanto, lo que quiero saber es: si mi padre es un príncipe de verdad, ¿qué demonios hago yo estudiando álgebra?

De verdad, en serio.

No me pareció muy buena idea por parte de papá confesarme que es un príncipe en el Patio de las Palmeras del Plaza. Para empezar, estuvo a punto de repetirse el incidente de los pantalones cortos: al principio el portero no quería dejarme pasar. Dijo: «Los menores no pueden entrar si no van acompañados por un adulto», lo cual echa por tierra la película *Solo en casa II,* ¿no?

Y yo le expliqué: «Vengo a ver a mi padre...».

«Los menores —repitió el portero— no pueden entrar si no van acompañados por un adulto.»

Era totalmente injusto. Ni siquiera llevaba pantalones cortos. Llevaba el uniforme del Albert Einstein, es decir, falda plisada, calcetines por la rodilla y todo lo demás. Vale, es cierto que también llevaba las Doc Martens, ¡pero venga, por favor! Prácticamente tenía el mismo aspecto la niña esa, Eloise, y ella supuestamente gestiona el Plaza.

Al final, después de esperar de pie casi media hora, repitiendo sin cesar: «Pero mi padre... Pero mi padre... Pero mi padre...», el conserje se acercó y me preguntó: «¿Y quién es tu padre, jovencita?».

En cuanto pronuncié su nombre, me dejaron entrar. Ahora caigo en la cuenta de que lo hicieron porque incluso ELLOS saben que es un príncipe. Sin embargo, a su hija, a su propia hija, ¡no se lo dice nadie!

Papá esperaba en una mesa. Las meriendas del Plaza tienen fama de ser fabulosas.

Tendrías que haber visto a todos aquellos turistas alemanes haciéndose fotos con sus pastelillos de chocolate. De pequeña me encantaba venir y, puesto que mi padre se niega a creer que a los catorce ya no se es pequeño, seguimos encontrándonos aquí cuando viene a la ciudad. También quedamos en otros sitios, claro está. Por ejemplo, siempre vamos a ver *La Bella y la Bestia,* mi musical favorito de Broadway (no me importa lo que Lilly opine de Walt Disney y sus matices misóginos). La he visto siete veces.

Mi padre también. Su parte preferida es cuando salen bailando los tenedores.

Bueno, el caso es que estábamos sentados, tomando el té, y él empezaba a explicarme con un tono de voz muy solemne que es el príncipe de Genovia, cuando de repente sucedió algo terrible.

Me entró hipo.

Esto sólo me pasa cuando bebo algo caliente y después como pan. No sé por qué. Nunca me había pasado en el Plaza, pero de repente mi padre dijo: «Mia, quiero que conozcas la verdad. Creo que ya tienes edad suficiente y me parece justo que lo sepas, teniendo en cuenta el tremendo impacto que lo que tengo que decirte supondrá para ti ahora que ya no puedo tener más hijos.»

Y yo me quedé en plan: «¿De verdad, papá?». *Hipido.*

«Tu madre siempre ha sostenido con firmeza que no había razón para que lo supieras, y yo estaba de acuerdo. Yo tuve una..., en fin, una infancia muy desdichada...»

Lo dice en serio. Sin duda, vivir con Grandmère no debe de ser precisamente un *picque-nicque. Hipido.*

«Estaba de acuerdo con tu madre en que un palacio no era lugar para educar a un niño. —Entonces empezó a murmurar para sí, cosa que siempre hace cuando le digo que soy vegetariana o cuando mamá sale a colación—. Por supuesto, en aquel momento no sabía que tenía intención de educarte en el "apartamento de una artista bohemia" en Greenwich Village, pero admito que eso no parece haberte perjudicado. En realidad, creo que el hecho de crecer en Nueva York te ha infundido un profundo escepticismo sobre la condición humana...»

Hipido. Y eso que no conoce a Lana Weinberger.

«... algo que yo no desarrollé hasta llegar la universidad, y creo que en ello estriba en parte el hecho de que me resulte tan difícil entablar relaciones interpersonales íntimas con las mujeres...»

Hipido.

«Lo que intento decirte es que tu madre y yo concluimos que te hacíamos un favor no explicándotelo. Pero entonces no imaginábamos que pudiera darse el caso de que tú tuvieras que sucederme en el trono. Yo sólo tenía veinticinco años cuando tú naciste. Estaba seguro de que conocería a otra mujer, me casaría con ella y tendría más hijos. Sin embargo, ahora, desgraciadamente, eso ya no sucederá. Por consiguiente, tú, Mia, eres la heredera al trono de Genovia.»

Volví a hipar. La situación empezaba a resultar embarazosa. No eran hipidos de señorita. Eran hipidos enormes que me hacían saltar de la silla como una rana de 1,79 m de estatura. Y también eran sonoros. Quiero decir, muy sonoros. Los turistas alemanes no paraban de mirarme y reírse con disimulo. Sabía que lo que mi padre me explicaba era muy serio, pero no podía evitarlo. ¡Seguí hipando! Intenté contener el aliento y contar hasta treinta... Pero sólo llegaba a diez antes de volver a hipar. Me introduje un terrón de azúcar en la boca, lo deposité sobre la lengua y dejé que se disolviera. Nada. Incluso intenté asustarme, pensando en mi madre y el señor Gianini enfrascados en un beso francés... Pero ni siquiera eso funcionó.

Finalmente, mi padre me espetó: «¿Mia? Mia, ¿me estás escuchando? ¿Has oído algo de lo que he dicho?».

Yo le contesté: «Papá, ¿me disculpas un momento?».

Parecía afectado, como si le doliera el estómago, y se reclinó contra el respaldo de la silla en un ademán de frustración, pero respondió: «Por supuesto», y me alcanzó cinco dólares para que se los diera a la encargada del lavabo, y que obviamente me guardé en el bolsillo. ¡Cinco dólares para la encargada del lavabo! ¡Y qué más! ¡Mi paga son diez dólares semanales!

No sé si habrás estado alguna vez en los servicios de señoras del Plaza, pero sin duda son los más lindos de Manhattan. Todo es de color rosa y hay infinidad de espejos y pequeños canapés por todas partes, por si te sientes desfallecer al contemplar el reflejo de tu propia belleza o algo así. El caso es que entré de sopetón, hipando como una posesa, y todas aquellas mujeres de elegantes tocados levantaron la mirada, molestas por la interrupción. Supongo que por mi culpa les falló el pulso y erraron el trayecto del perfilador de labios, o algo por el estilo.

Entré en uno de los retretes, cada uno de los cuales, además de un inodoro, contiene su propio lavamanos, un espejo enorme, un tocador y una pequeña banqueta con borlas colgando. Me senté en la banqueta y me concentré para dejar de hipar. Sin embargo, en lugar de eso me concentré en lo que mi padre había dicho: es el príncipe de Genovia.

Muchas cosas empiezan a cobrar sentido. Como por ejemplo, que cada vez que viajo a Francia camine tranquilamente por la terminal hasta el avión pero, al llegar, me hagan bajar la primera, me escolten y me acompañen en limusina hasta Miragnac, donde me espera mi padre.

Antes pensaba que el trato diferencial que recibía era otro de los privilegios de los que mi padre disfruta por viajar con tanta asiduidad.

Ahora creo que se debe a que es un príncipe.

Y también está ese otro detalle: que cuando Grandmère me lleva de compras a Genovia, siempre lo haga antes de la hora oficial de apertura de los comercios o bien después de la hora oficial de cierre. Suele llamar con antelación para asegurarse de que nos permitirán entrar y nadie jamás se ha negado. Si mi madre intentara hacer lo mismo en Manhattan, los dependientes de Gap se desternillarían hasta morirse.

Y cuando estoy en Miragnac, me extraña que nunca salgamos a comer o a cenar fuera. Siempre nos quedamos en casa o vamos a un *château* vecino, Mirabeau, propiedad de una pareja inglesa detestable con un montón de niños repelentes que se dicen cosas del tipo: «Eso es una chorrada» o «Eres tonto del culo». Una de las niñas más pequeñas, Nicole, es más o menos mi amiga, pero una noche me explicó que «tenía un *affaire*» con un chico y yo no sabía lo que significaba «tener un *affaire*». Por aquel entonces yo sólo tenía once años, lo cual tampoco es excusa, porque ella tenía la misma edad. Pensé que «tener un *affaire*» sería alguna de esas costumbres británicas tan raras, como la empanada de salchichas o los ataques aéreos. Luego saqué el tema durante la cena en presencia de los padres de Nicole y después de aquello todos los niños dejaron de hablarme.

Me pregunto si los ingleses saben que mi padre es el príncipe de Genovia. Apuesto a que sí. ¡Dios mío! Debieron de pensar que soy retrasada mental o algo así.

La mayoría de la gente no ha oído hablar de Genovia en su vida. Cuando tuvimos que redactar los informes, ningún compañero sabía lo que era. Ni tampoco mi madre, según dice, antes de conocer a mi padre. Ningún personaje famoso ha nacido en Genovia. Ninguno de sus oriundos ha inventado nada, ni escrito nada, ni se ha convertido en estrella de cine. Muchos genovianos, como mi abuelo, lucharon contra los nazis en la segunda guerra mundial, pero, aparte de eso, no son conocidos por nada.

Aun así, a quienes saben que Genovia existe les gusta ir porque es un lugar precioso. El sol brilla casi todo el año y el país está custodiado por las cumbres nevadas de los Alpes al fondo y el azul cristalino del Mediterráneo al frente. Tiene muchas colinas, algunas de ellas tan altas como las de San Francisco, y en la mayoría

crecen olivos. El principal producto de exportación de Genovia, lo recuerdo por el informe que elaboré, es el aceite de oliva, una variedad muy cara que, según mi madre, sólo se debe utilizar como aderezo para las ensaladas.

También tiene un palacio. Es un poco famoso, porque una vez rodaron una película allí, una película sobre los tres mosqueteros. Nunca lo he visitado por dentro, pero he pasado en coche por delante con Grandmère. Está lleno de torres, almenas, contrafuertes y todas esas cosas.

Es gracioso que Grandmère no mencionara nada de haber vivido allí en todas las ocasiones que pasamos por delante.

Se me ha pasado el hipo y creo que ya puedo regresar al Patio de las Palmeras.

Voy a darle un dólar a la encargada del lavabo, aunque no me ha hecho ningún caso.

¡Ja! Ahora puedo permitírmelo: ¡mi padre es un príncipe!



Jueves, más tarde, pabellón de los pingüinos, zoo de Central Park

Me siento tan rara que apenas puedo escribir; además, la gente sigue dándome codazos, y está oscuro, pero da igual. Tengo que explicarlo tal y como ha pasado. Si no lo hago, cuando me despierte mañana creeré que todo ha sido una pesadilla.

Pero no ha sido una pesadilla. Ha sido REAL.

No se lo voy a contar a nadie, ni tan siquiera a Lilly. Lilly NO lo entendería. NADIE lo entendería. Porque ninguna de las personas que conozco se ha encontrado nunca en una situación como esta. Nadie se ha ido a la dormir una noche como una persona y se ha despertado a la mañana siguiente con la certeza de ser otra completamente distinta.

Cuando regresé a la mesa después de hipar en los servicios de señoras en el Plaza, unos turistas japoneses ocupaban el lugar de los alemanes. Mejor, los japoneses eran mucho más discretos. Me encontré a mi padre hablando por su teléfono móvil. Su interlocutor era mi madre; lo supe enseguida. Tenía en la cara esa expresión que sólo se le dibuja cuando habla con ella. Decía: «Sí, ya se lo he explicado. No, no parece enfadada. —Me miró—. ¿Estás enfadada?».

Le contesté: «No», porque no estaba enfadada...; TODAVÍA no.

Él repitió, dirigiéndose de nuevo al teléfono: «Dice que no. —Escuchó unos instantes y volvió a mirarme—. ¿Quieres que venga tu madre para que te lo explique ella también?».

Sacudí la cabeza. «No. Tiene que acabar esa obra miscelánea para la Kelly Tate Gallery. La quieren para el próximo martes.»

Mi padre le repitió mis palabras a mi madre. Oí que ella rezongaba. Siempre lo hace cuando le recuerdo los plazos de entrega de sus cuadros. A mi madre le gusta trabajar cuando las musas la inspiran. Dado que mi padre paga la mayor parte de nuestras facturas, eso no suele suponer un problema, pero tampoco es un

comportamiento demasiado responsable, aunque sea artista. Prometo que si algún día llego a conocer a las musas de mamá, les diré cuatro palabritas, a ver si se ponen las pilas.

Finalmente, papá colgó y me miró. «¿Estás mejor?», preguntó.

Así que supongo que se había percatado de los hipidos. «Sí», contesté.

«¿De verdad comprendes lo que trato de explicarte, Mia?»

Asentí. «Eres el príncipe de Genovia.»

«Sí...», dijo, como si hubiera algo más.

No sabía qué añadir, así que probé con: «¿Grandpère fue príncipe de Genovia antes que tú?».

Él respondió: «Sí...».

«Entonces Grandmère es... ¿qué?»

«La princesa viuda.»

Me sobresalté. Vale. Eso explicaba mucho de Grandmère.

Papá se dio cuenta de que me había dejado perpleja. Mantenía la mirada fija en mí con un halo de esperanza en el rostro. Por fin, después de intentar esbozar una sonrisa inocente (sin éxito, por cierto), me incliné hacia delante y dije: «Muy bien. ¿Qué?».

Él pareció decepcionado. «Mia, ¿no lo sabes?»

Tenía la cabeza recostada sobre la mesa. Se supone que eso no se debe hacer en el Plaza, pero no me había percatado de que Ivana Trump nos miraba. «No... —dije—. Me parece que no. ¿Saber qué?»

«Ya no eres Mia Thermopolis, cielo», sentenció. El hecho de ser hija de padres solteros y el escepticismo de mi madre frente a lo que ella denomina *culto al patriarcado,* los indujo a ponerme el apellido materno en lugar del paterno.

Me incorporé al oír eso. «¿Ah, no? —exclamé, parpadeando varias veces—. Entonces, ¿quién soy?»

Y él dijo, en tono triste: «Eres Amelia Mignonette Grimaldi Thermopolis Renaldo, princesa de Genovia».

Vale.

¿QUÉ? ¿¿UNA PRINCESA?? ¿¿¿YO???

Sí. Así es.

Lo siguiente demuestra que NO soy una princesa. Tengo tan poco de princesa, es decir, NADA, que cuando mi padre me confesó que lo soy me eché a llorar. Me veía reflejada en el enorme espejo dorado que había en el otro extremo de la sala; se me había emborronado la cara, como en clase de gimnasia cuando jugamos a esquivar la pelota y no lo consigo. Me miré en el espejo y pensé: «¿Es esta la cara de una princesa?»

Tendrías que verme. Seguro que jamás has visto a nadie que se parezca MENOS a una princesa. Veamos, tengo ese tipo de pelo tan feo, ni rizado ni lacio; es algo así como triangular, así que lo llevo siempre muy corto para que no me confundan con una señal de ceda el paso. Y no es ni rubio ni moreno, es de un tono intermedio, ese color que los demás llaman *marrón rata* o *agua de fregar.* Atractiva, ¿eh? Y mi boca es enorme, y soy plana, y mis pies parecen esquís. Lilly dice que mi único rasgo atractivo son los ojos, que son grises, pero en ese momento los tenía entornados y enrojecidos debido al esfuerzo por reprimir las lágrimas.

Supongo que las princesas no lloran, ¿verdad?

Entonces mi padre se inclinó hacia mí y empezó a darme palmaditas en la mano. Vale, quiero a papá, pero es que no tiene la menor idea de nada. No paraba de disculparse y de decir lo mucho que lo sentía. Yo no podía responderle porque temía que si pronunciaba una sola palabra, lloraría aún más. Él insistía en que aquello no era tan malo, que me gustaría vivir con él en el palacio de Genovia, y que podría venir a visitar a mis amiguitas siempre que quisiera.

Fue en ese momento cuando perdí los estribos.

¿¿¿No sólo soy una princesa sino que además tengo que IRME???

Dejé de llorar casi al instante. Porque me puse furiosa. Muy furiosa. No suelo ponerme furiosa, por mi miedo a la confrontación y todo eso, pero cuando me pongo furiosa, ¡mucho cuidado conmigo!

«NO pienso irme a Genovia», dije en voz muy alta. Lo sé porque todos los turistas japoneses se volvieron y me miraron, y luego empezaron a murmurar entre sí.

Mi padre pareció conmocionado. Habían pasado años desde la última vez que le grité, cuando le dio la razón a Grandmère en que yo tenía que comer *foie gras.* No me

importa que sea una exquisitez en Francia; jamás pienso comer algo que antes caminara y graznara.

«Pero Mia —dijo mi padre con un tono de voz "seamos-razonables-por-favor"—. Creí que lo entenderías...»

«Lo único que entiendo —respondí— es que te has pasado la vida mintiéndome. ¿Y ahora pretendes que me vaya a vivir contigo?»

Sé que la frase era un poco del estilo de *Cinco en familia,* y siento confesar que mantuve durante un buen rato una actitud del estilo de *Cinco en familia.* Me puse en pie desairada, dando un golpe a la gran silla dorada, y salí a toda prisa, casi arrollando al presuntuoso portero.

Creo que papá intentó salir tras de mí, pero, cuando quiero, corro muy deprisa. El señor Wheeton siempre intenta convencerme para participar en carreras, pero detesto correr por correr. Una letra en una estúpida chaqueta no es ninguna razón para correr, o al menos no lo es para mí.

El caso es que corrí por toda la calle, adelanté a los carruajes de caballos para turistas, pasé frente a la enorme fuente con estatuas doradas, dejé atrás el tráfico que colapsaba la entrada de la juguetería FAO Schwarz, seguí hacia Central Park, donde empezó a oscurecer y a hacer frío, y todo adquirió un aire fantasmagórico, pero no me importaba. Era imposible que alguien me asaltara porque yo sólo era una chica de 1,79 m corriendo con botas militares, con una mochila grande llena de parches con consignas del tipo: «Únete a Greenpeace» y «Yo defiendo a los animales». Nadie se mete con una chica que lleva botas militares, sobre todo si encima es vegetariana.

Después de un rato, me cansé de correr y pensé en algún sitio adonde ir, pues todavía no me sentía preparada para volver a casa. Sabía que tampoco podía ir a la de Lilly. Ella se opone de forma vehemente a cualquier tipo de gobierno que no sea el del pueblo, ejercido de forma directa o bien mediante representantes electos. Siempre dice que cuando es una única persona quien encarna la soberanía y además hereda el derecho a gobernar, los principios de la igualdad social y el respeto al individuo en el seno de una comunidad se pierden de forma irrevocable. En la actualidad, esta es la razón por la que el poder real ha sido transferido de los monarcas a las asambleas constitucionales, convirtiendo a figuras de la realeza como la reina Isabel en meros símbolos de la unidad nacional.

Al menos, eso es lo que dijo el otro día durante su exposición en la clase de civilizaciones del mundo.

Supongo que en cierto modo estoy de acuerdo con Lilly, sobre todo en lo referente

al príncipe Carlos —trató a Diana como a un trapo sucio—, pero mi padre no es así. Vale, juega al polo y todo eso, pero jamás obligaría a nadie a pagar impuestos sin representación oficial.

Aun así, estaba casi segura de que el hecho de que los habitantes de Genovia no tuvieran que pagar impuestos sería irrelevante para Lilly.

Sabía que lo primero que haría mi padre sería llamar a mamá, y que ella se quedaría muy preocupada. No soporto preocupar a mamá. Aunque a veces se comporta de forma muy irresponsable, sólo lo hace con cosas como las facturas y la compra. Nunca ha sido irresponsable conmigo. Tengo amigos cuyos padres ni se acuerdan de darles dinero para el metro. Tengo amigos que les dicen a sus padres que van al apartamento de fulanito o menganito y en lugar de eso salen de copas, y sus padres nunca llegan a enterarse porque no se molestan en preguntar a otros padres para comprobarlo.

Mi madre no es así. Ella SIEMPRE lo comprueba.

Por tanto, sabía que no era justo huir de ese modo y hacer que se preocupara. En ese momento no me importaba demasiado lo que mi padre pensara. En ese momento casi le odiaba. Necesitaba estar sola un rato. Supongo que cuesta un cierto tiempo digerir la noticia de que eres una princesa y acostumbrarse a ella. Imagino que a algunas chicas les gustaría serlo, pero no a mí. Nunca se me han dado bien las cosas de chicas, ya sabes, todo eso de maquillarse y llevar medias y demás. En realidad, lo hago si no me queda más remedio, pero procuro evitarlo.

Casi siempre procuro evitarlo.

En fin. El caso es que, no sé cómo, mis pies parecían tener voluntad propia y, antes de darme cuenta, había llegado al zoo.

Me encanta el zoológico de Central Park. Siempre me ha gustado, desde que era muy pequeña. Es mejor que el zoo del Bronx, porque es muy pequeño y acogedor, y los animales parecen más mansos, sobre todo las focas y los osos polares. Adoro a los osos polares. En el zoo de Central Park tienen un oso polar que se pasa el día panza arriba. ¡Lo prometo! Una vez salió en las noticias porque a un psicólogo de animales le preocupaba que estuviera sufriendo un exceso de estrés. Debe de ser un fastidio estar rodeado todo el día de gente mirándote. Pero entonces le compraron varios juguetes y, después de eso, volvió a la normalidad. Se recluye en su recinto —en el zoológico de Central Park no hay jaulas, sino recintos— y observa a quienes le observan. A veces lo hace con una pelota entre las patas. Adoro a ese oso.

Así, aflojé un par de dólares para entrar —esa es la otra cosa buena del zoo: es

barato— e hice una visita al oso polar. Parecía estar bien. Mucho mejor que yo en ese momento. Al menos su padre no le había dicho que era heredero al trono de ninguna parte. Me pregunté de dónde procedería ese oso, y sentí la esperanza de que fuera de Islandia.

Al cabo de un rato, el recinto del oso polar se abarrotó de gente, por lo que decidí acercarme al pabellón de los pingüinos. Aquí huele un poco mal, pero es divertido. Hay unas ventanas «submarinas» que permiten ver a los pingüinos mientras nadan, se deslizan por las rocas o se divierten. Los niños ponen las manos contra los cristales, y cuando los pingüinos nadan hacia ellos, se ponen a gritar. Es algo que me saca de mis casillas. También hay un banco, donde yo estoy sentada ahora, mientras escribo esto. Uno se acostumbra enseguida al olor. Creo que uno puede acostumbrarse a cualquier cosa.

¡Oh, Dios mío! ¡No puedo creer que acabe de escribir esto! ¡Yo JAMÁS me acostumbraré a ser la princesa Amelia Renaldo! ¡Ni siquiera sé quién es esa! Parece el nombre de una marca de maquillaje ridícula o de algún personaje de Disney que acaba de recuperar la memoria después de haber desaparecido, o algo así.

¿Qué voy a hacer? NO PUEDO irme a Genovia. ¡¡¡NO PUEDO!!! ¿Quién cuidará de *Fat Louie?* Mamá no podría hacerlo. Si hasta se olvida de darse de comer a sí misma, ¿cómo va a cuidar de un gato?

Estoy segura de que no me permitirían tener un gato en el palacio. O, como mínimo, no un gato como *Louie,* que pesa casi doce kilos y se come los calcetines. Asustaría a todas las damas de honor.

Oh, Dios mío. ¿Qué voy a hacer?

Si Lana Weinberger se entera de esto, estoy muerta.



Jueves, más tarde, todavía

Obviamente, no podía seguir oculta en el pabellón de los pingüinos para siempre. Al final, apagaron las luces y anunciaron que el zoológico estaba a punto de cerrar. Guardé el diario y salí en fila india junto con los demás visitantes. Cogí un autobús y fui a casa, donde, estaba segura, mamá me montaría una ESCENITA.

Lo que no esperaba es que LOS DOS, mi madre y también mi padre, me montaran una escenita simultánea. Toda una novedad.

«¿Dónde has estado, jovencita?», inquirió mi madre. Estaba sentada a la mesa de la cocina, al lado de mi padre, con el teléfono entre ambos.

Mi padre dijo, exactamente al mismo tiempo: «¡Nos tenías muy preocupados!».

Pensé que en aquel instante me esperaba el discurso de mi vida, y, sin embargo, sólo querían saber si estaba bien. Les aseguré que sí y me disculpé por haberme comportado con ellos como Jennifer Love Hewitt, la actriz que encarna a Sara en *Cinco en familia.* Les dije que había necesitado estar sola un rato.

Temí que empezaran a sermonearme, pero no lo hicieron. Mi madre intentó hacerme comer un plato de pasta precocinada, pero me negué, porque le habían añadido una salsa con sabor a ternera. Entonces mi padre se ofreció a enviar al chófer a Nobu para comprar róbalo ahumado, pero yo estaba en plan: «De verdad, papá, lo único que quiero es acostarme». Entonces mamá empezó a palparme la frente y todo eso, porque creía que estaba enferma. Eso casi me hizo llorar otra vez. Supongo que papá reconoció en mi cara la misma expresión que tenía en el Plaza, puesto que se apresuró a decir: «Helen, déjala sola».

Y, para mi sorpresa, lo hizo. Así que me dirigí a mi cuarto de baño, cerré la puerta y tomé un largo baño caliente; luego me puse mi pijama favorito, ese de franela rojo

tan genial, encontré a *Fat Louie* debajo del futón, donde intentaba esconderse (mi padre no le gusta demasiado), y me acosté.

a
a - 1

Antes de dormirme, oí a papá hablando con mamá en la cocina durante mucho rato. Su voz sonaba grave, como un trueno. En cierto modo me recordaba a la del Capitán Picard de *Star Trek: la nueva generación.*

En realidad, mi padre tiene mucho en común con el Capitán Picard. O sea, es blanco y calvo y tiene que gobernar a un pequeño populacho.

Salvo por el detalle de que el Capitán Picard siempre lo resuelve todo felizmente al final del episodio, y dudo sinceramente de que todo me vaya a ir bien a mí en el futuro.



Viernes, 3 de octubre, sala de alumnos

Esta mañana, al despertarme, las palomas que habitan en la escalera de incendios, junto a mi ventana, se arrullaban *(Fat Louie* estaba en el alféizar..., bueno, la parte de él que cabe en el alféizar, mirándolas), y el sol brillaba con intensidad, y me he levantado a la hora sin necesidad de dar siete puñetazos al botón del despertador para que volviera a sonar a los diez minutos. Me he duchado y no me he cortado al afeitarme las piernas, he encontrado una blusa no demasiado arrugada al fondo del armario, e incluso mi pelo tenía un aspecto así como más o menos pasable. Estaba de buen humor. Y es viernes. El viernes es mi día preferido, además del sábado y del domingo. Los viernes significan siempre que durante dos días —durante dos gloriosos y relajantes días— NO voy a verle el pelo al álgebra.

Luego he ido a la cocina y una luz rosada se colaba por la claraboya del techo e iluminaba a mamá, que llevaba su mejor bata y preparaba unas tostadas al estilo francés con un sucedáneo de huevo en lugar de con huevos de verdad, aunque ya no soy ovolactovegetariana desde que me enteré de que los huevos no están fertilizados y que, por tanto, de todos modos no podrían convertirse en pollitos.

Me disponía a darle las gracias por pensar en mí cuando de pronto he oído una especie de crujido.

Y allí estaba PAPÁ, sentado a la mesa del comedor (bueno, en realidad es sólo una mesa, ya que no tenemos comedor, pero tanto da), leyendo *The New York Times* y enfundado en un traje.

Un traje. A las siete de la mañana.

Entonces me he acordado. No podía creer que lo hubiera olvidado: soy una princesa.

Dios mío. Todas las cosas buenas con que había amanecido el día se han precipitado por la ventana en ese mismo instante.

En cuanto me ha visto, papá ha espetado: «Ah, Mia».

He intuido sus intenciones. Él sólo dice: «Ah, Mia» cuando está a punto de soltarme un sermón.

Ha doblado el periódico con sumo cuidado y lo ha posado sobre la mesa. Mi padre siempre dobla los periódicos con sumo cuidado, procurando que los bordes queden bien lisos. Mi madre nunca lo hace así. Ella suele estrujar las páginas y dejarlas de cualquier forma en el futón o junto al inodoro. Estos detalles sacan de quicio a papá y quizá sean la verdadera razón por la que nunca se casaron.

He visto que mi madre había puesto la mesa con la vajilla de ocasión que compró en unos grandes almacenes, la de las franjas azules, y los vasos de cóctel de plástico verde del Ikea con forma de cacto. Había puesto incluso un ramo de girasoles artificiales dentro de un jarrón amarillo en el centro de la mesa. Había hecho lo imposible por animarme, lo sé, y probablemente se había levantado muy temprano para prepararlo todo. Sin embargo, en lugar de animarme, me ha entristecido aún más. Porque apuesto a que en el palacio de Genovia no utilizan vasos de cóctel de plástico verde con forma de cacto.

«Tenemos que hablar, Mia —ha dicho papá. Así es como empiezan siempre sus peores sermones. Pero en esta ocasión me miraba con una expresión algo divertida antes de comenzar—. ¿Qué le pasa a tu pelo?»

Me he llevado una mano a la cabeza. «Por qué?» Creía que, para variar, mi pelo tenía buen aspecto.

«A su pelo no le pasa nada, Phillipe —ha dicho mamá. Ella por lo general intenta desviar los sermones de papá, siempre que puede—. Siéntate aquí y desayuna, Mia. Te he calentado al almíbar para las tostadas, como a ti te gusta.»

He agradecido el gesto de mamá, de todo corazón. Pero no estaba dispuesta a sentarme y hablar de mi futuro en Genovia. Vamos, ni hablar. Así que les he dicho: «Vaya, me encantaría, pero debo irme ya. Tengo un examen de civilizaciones del mundo y le prometí a Lilly que iría a buscarla y repasaríamos juntas...».

«Siéntate.»

¡Uf! Cuando se lo propone, mi padre puede sonar como el capitán de un equipo de primera.

Me he sentado. Mi madre ha depositado varias tostadas en mi plato. He rociado el almíbar sobre ellas y he tomado un bocado, sólo por ser amable. Sabían a cartón.

«Mia —ha dicho mi madre. Seguía intentando desviar el sermón de papá—. Sé que debes de estar muy alterada con todo esto. Pero, de veras, no es tan malo como imaginas.»

Vaya, muy bien. De repente me dicen que soy una princesa, ¿y se supone que tengo que alegrarme?

«Quiero decir que... —ha proseguido mi madre—. ¡Casi todas las chicas estarían encantadas de descubrir que su padre es un príncipe!»

x - a ab

aby ab

No las que yo conozco. En realidad, eso no es cierto. A Lana Weinberger probablemente le encantaría ser una princesa. De hecho, ya se considera una princesa.

«Piensa sólo en todas las cosas maravillosas que tendrías si fueras a vivir a Genovia. —A mamá se le ha iluminado el rostro cuando ha empezado a enumerar las cosas maravillosas que podría tener si fuera a vivir a Genovia, pero su voz sonaba extraña, como si estuviera representando el papel de madre en un culebrón o algo así —. ¡Un coche! Ya sabes lo poco práctico que es tener un coche aquí, en la ciudad. Pero en Genovia, cuando cumplas los dieciséis, estoy segura de que papá te comprará un...»

He comentado que en Europa ya existen suficientes problemas asociados a la polución sin que yo contribuya a ellos. Las emisiones de los combustibles de motor diesel son uno de los principales factores que influyen en la destrucción de la capa de ozono.

«Pero tú siempre quisiste tener un caballo, ¿no? Bueno, pues en Genovia podrás tener uno. Un hermoso caballo gris con manchas en el lomo...»

Eso me ha dolido.

«Mamá —la he interrumpido, con las lágrimas asomando a mis ojos. No podía evitarlo. De pronto me he encontrado llorando y gritando de nuevo—: ¿Qué estás haciendo? ¿Quieres que me vaya a vivir con papá? ¿Es eso? ¿Estás cansada de aguantarme o algo así? ¿Quieres que me vaya a vivir con papá para que tú y el señor Gianini podáis... podáis...»

No he podido continuar porque he roto a llorar del todo. Pero para entonces mamá también gritaba. Se ha levantado de un salto, se ha acercado a mí y me ha abrazado, diciendo: «¡Oh, no, cielo! ¿Cómo has podido pensar algo así? —Ya no

sonaba como una madre de televisión—. ¡Yo sólo quiero lo mejor para ti!».

«Y yo también», ha dicho papá, con aspecto consternado. Había cruzado los brazos y, reclinado contra el respaldo de la silla, nos miraba irritado.

«Vale. Pues lo mejor para mí es quedarme aquí y acabar mis estudios —le he espetado—. Y después me asociaré a Greenpeace y ayudaré a salvar a las ballenas.»

Mi padre ha parecido incluso *más* irritado después de oír esto. «Tú no vas a asociarte a Greenpeace», ha dicho.

«Sí lo haré —he respondido. Me costaba horrores hablar, porque lloraba a moco tendido, pero le he dicho—: Y también iré a Islandia para salvar a las crías de las focas.»

«De ninguna manera. —Papá no parecía simplemente enfadado. Ahora, además, parecía furioso—. Irás a la universidad. Vassar, creo. O quizá Sarah Lawrence.»

Eso me ha hecho llorar aún más.

Pero antes de que pudiera decir nada, mamá se ha puesto en pie y ha soltado: «Phillipe, basta ya. Ahora no vamos a resolver nada. De todos modos, Mia tiene que ir a la escuela. Ya llega tarde...».

He empezado a buscar como una loca la mochila y el abrigo. «Vaya —he exclamado—, tengo que renovar el pase del metro.»

Papá ha soltado ese ruido francés que a veces suelta, y que está a medio camino entre un resoplido y un suspiro. Suena así como: «*¡Fuit!*». Y entonces ha dicho: «Lars te acompañará en coche».

Le he replicado que no era necesario, ya que siempre me encuentro con Lilly en Astor Place, donde cogemos el tren de la línea 6 hacia el centro.

«Lars llevará también a tu amiguita.»

He mirado a mamá. Ella miraba a papá. Lars es el chófer de papá. Le acompaña a todas partes. Desde que conozco a mi padre —vale, toda mi vida—, siempre ha tenido chófer, por lo general, un tipo alto y rollizo que anteriormente trabajaba para el presidente de Israel o algo parecido.

Ahora que lo pienso, caigo en la cuenta de que estos tipos en realidad no son chóferes sino guardaespaldas.

¡Uf!

Muy bien, pues lo último que quería es que el guardaespaldas de mi padre me llevara a la escuela. ¿Cómo iba a explicárselo a Lilly? «Oh, no te preocupes por él, Lilly. Sólo es el chófer de papá.» Sí, vale. La única persona en el instituto Albert Einstein que llega acompañada por un chófer es una chica ricachona de Arabia Saudí, cuyo padre es dueño de una de esas compañías petrolíferas tan importantes, y todo el mundo se mofa de ella porque sus padres temen que alguien la rapte entre la 75 y Madison, donde está la escuela, y la 75 y la Quinta, donde viven. Incluso tiene un guardaespaldas que la sigue por los pasillos entre clase y clase y se comunica con el chófer mediante un *walkie-talkie.* La verdad, me parece un poco exagerado.

Sin embargo, papá se ha mostrado del todo inflexible con respecto al tema del chófer. Es como si ahora que ya soy una princesa oficial, mi bienestar fuera algo importante que es preciso preservar. Ayer, cuando era Mia Thermopolis, no había ningún problema en que cogiera el metro. Hoy, que soy la princesa Amelia, ni hablar del tema.

En fin. El caso es que no merecía la pena seguir discutiendo. Me refiero a que hay cosas peores por las que preocuparme.

Como, por ejemplo, en qué país voy a vivir en el futuro.

Mientras salía —mi padre ha hecho subir al apartamento a Lars para que me acompañara hasta el coche; ¡qué vergüenza!—, he oído que mi padre le preguntaba a mi madre: «Muy bien, Helen. ¿Quién es ese tal Gianini del que hablaba Mia?».

¡Glups!

$ab = a + b$

despejar la b

$ab - b = a$

$b(a — l) = a$

$b =$



Más viernes, clase de álgebra

Lilly sabe que pasa algo.

Vale, se tragó toda la historia que le solté sobre Lars: «Mi padre está en la ciudad y éste es su chófer, ya sabes...».

Pero no pude hablarle del tema de la princesa. Sólo podía pensar en lo asqueada que parecía Lilly durante esa parte de su exposición oral en la que explicaba que los monarcas cristianos solían considerarse representantes elegidos por la voluntad divina y, por tanto, responsables no ante el pueblo al que gobernaban, sino sólo ante Dios, aunque mi padre casi nunca va a la iglesia, salvo cuando le obliga Grandmère.

Lilly me creyó con respecto a Lars, pero siguió interrogándome sobre el hecho de haber llorado, en plan: «¿Por qué tienes los ojos tan rojos e hinchados? Has llorado. ¿Por qué has llorado? ¿Te ha pasado algo? ¿Qué te ha pasado? ¿Has vuelto a suspender alguna asignatura?».

Me limité a encogerme de hombros y contemplar a través de la ventanilla las desoladoras vistas de las chabolas del East Village donde se trafica con crack, camino obligado para llegar al FDR. «No es nada —dije—. SPM.»

«No es el SPM. Tuviste la regla la semana pasada. Lo recuerdo porque me pediste una compresa después de la clase de educación física, y porque luego, a la hora del almuerzo, te zampaste dos paquetes enteros de Yodels.» A veces preferiría que Lilly no tuviera tan buena memoria. «Así que desembucha. ¿Se ha comido *Louie* otro calcetín?»

Sobre todo, me resultaba incomodísimo hablar de mi ciclo menstrual en presencia del guardaespaldas de mi padre. Lars se parece mucho a los hermanos Baldwin. Estaba muy concentrado en conducir y no sé si nos oía desde su asiento, pero aun así,

la situación era igual de embarazosa.

«No es nada —susurré—. Es sólo mi padre. *Ya sabes.*»

«Oh —exclamó Lilly con su tono de voz habitual. ¿Te había dicho ya que el tono de voz habitual de Lilly es *muy* alto?—. ¿Te refieres al problema de infertilidad? ¿Sigue abrumado por eso? Por Dios, todavía necesita autorrealizarse.»

Entonces Lilly empezó a definir algo que ella denomina *árbol junguiano de la autorrealización.* Dice que mi padre se encuentra en las ramas más bajas y que no será capaz de alcanzar la cumbre del asunto hasta que se acepte y deje de obsesionarse por su incapacidad para engendrar más descendencia.

Supongo que eso es parte de mi problema. Yo estoy en la base del árbol de la autorrealización. Bueno, casi debajo de las raíces.

Sin embargo, ahora, en clase de álgebra, nada parece tan malo, la verdad. En la sala de alumnos, durante la exposición de actividades, he pensado mucho y finalmente he llegado a una conclusión: no pueden obligarme a ser una princesa.

No pueden, de ningún modo. Esto es América, la tierra de la libertad. Aquí, uno puede ser lo que quiera. Al menos, eso es lo que la señorita Holland nos decía siempre el año pasado, cuando estudiábamos historia de Estados Unidos. Por tanto, si puedo ser lo que quiera, no puedo ser una princesa. Nadie, ni tan siquiera mi padre, puede obligarme a ser una princesa si yo no quiero serlo.

¿Cierto?

Así que, esta tarde, cuando llegue a casa, tan sólo les diré a mis padres: «Gracias, pero no, gracias». De momento, seguiré siendo simplemente la Mia de siempre.

¡Uf! El señor Gianini acaba de dirigirse a mí y no tengo ni idea de qué estaba explicando porque obviamente estaba escribiendo en este libro en lugar de escucharle. Me arde la cara. Y Lana se está partiendo de risa, claro. ¡Será estúpida!

¿Por qué seguirá preguntándome? Debería saber ya que no tengo ni la más remota idea de lo que es la fórmula cuadrática. Sólo me pregunta por mi madre. Quiere aparentar que me trata igual que al resto de la clase.

Pues bien, yo no soy como el resto de la clase.

Además, ¿para qué necesito saber álgebra? En Greenpeace no utilizan el álgebra.

Y sin duda tampoco se necesita para ser una princesa. Por tanto, sigan el derrotero

que sigan las cosas, estoy a salvo.

Genial.

Despejar $x = a + aby$ para y

$x - a = aby$

$=$

$= y$



Viernes, muy tarde, habitación de Lilly Moscovitz

Pues bien, me he saltado la sesión de repaso con el señor Gianini después de clase. Sé que no debería haberlo hecho. Lilly ya se ha encargado de hacerme ver que no debería haberlo hecho. Sé que organiza estas sesiones de repaso para alumnos como yo, que suspenden. Sé que lo hace en su tiempo libre y que ni siquiera cobra horas extras ni nada. Pero, si no voy a necesitar el álgebra para mi futura trayectoria profesional, ¿por qué tengo que asistir?

Le he preguntado a Lilly si podía quedarme a dormir en su casa y me ha contestado que sólo si prometía dejar de comportarme como una cabeza hueca.

Se lo he prometido, aunque no creo que me esté comportando como una cabeza hueca.

Pero cuando he llamado a mi madre desde la cabina del vestíbulo después de clase para preguntarle si podía pasar la noche en casa de los Moscovitz, ella ha contestado: «Verás, Mia. En realidad tu padre esperaba tener otra charla contigo cuando llegaras a casa».

Vaya, genial.

Le he dicho que aunque no había nada que me apeteciera más que tener otra charla, estaba muy preocupada por Lilly, pues habían dejado salir de Bellevue al hombre que la acosaba. Desde que Lilly estrenó su programa en el canal de acceso por cable, un tipo llamado Norman había estado llamándola para pedirle que se quitara los zapatos. Según los doctores Moscovitz, Norman es un fetichista. Su fijación son los pies —los de Lilly en particular—. Le enviaba regalos a la cadena, discos compactos, animales disecados y cosas por el estilo, y le escribía mensajes diciéndole que si se quitaba los zapatos en directo, recibiría más sorpresas. Y Lilly accedió a quitarse los zapatos, pero inmediatamente después se cubrió las piernas con una manta, ocultó los pies tras ella y dijo: «¡Mira, Norman, monstruito! ¡Me he quitado los zapatos! ¡Gracias por los compactos, imbécil!».

Esto enfureció a Norman de tal modo que él empezó a merodear por el Village en busca de Lilly. Todo el mundo sabe que Lilly vive en el Village, desde que filmamos un episodio de mucho éxito en el que Lilly tomó prestada en Gran Union una de esas pistolas que sirven para marcar el precio de los productos, se fue a la esquina de Bleecker y La Guardia y dijo a todos los turistas europeos que deambulaban por el NoHo que si accedían a colocarse vina etiqueta del Grand Union en la frente, ganarían un café con leche gratis en Dean & DeLuca (una cantidad increíble de turistas la creyeron).

El caso es que, hace unas semanas, Norman, el fetichista de pies, nos encontró en el parque y empezó a perseguirnos, ondeando al aire varios billetes de veinte dólares e intentando convencernos para que nos quitáramos los zapatos. La situación fue muy entretenida y en ningún momento tuvimos miedo, sobre todo porque corrimos hacia la comisaría de Washington Square South con Thompson Street, donde la policía del distrito tiene aparcado un camión enorme para espiar en secreto a los traficantes de drogas. Les dijimos que ese tipo extraño intentaba asaltarnos, y tendrías que haberlo visto: como veinte agentes de incógnito (incluso un hombre al que yo había considerado un viejo mendigo dormido en un banco) se abalanzaron sobre Norman y se lo llevaron entre gritos a la prisión para locos.

Siempre me lo paso de fábula con Lilly.

Bueno, el caso es que los padres de Lilly le dijeron que Norman acababa de salir de Bellevue y que si le veía, no le atormentara más, porque sólo es un pobre obsesivo compulsivo con posibles tendencias esquizofrénicas.

Mañana, Lilly dedicará el programa a sus pies. Se calzará y paseará todos los zapatos que tiene, pero no mostrará sus pies desnudos en ningún momento. Cree que eso sacará a Norman de sus casillas y que él hará algo radical y más insólito que nunca, como coger una pistola y dispararnos.

Sin embargo, no estoy nada asustada. Norman lleva gafas de culo de botella y apuesto a que no podría dar nunca en el blanco, ni siquiera con una ametralladora, que incluso un lunático como Norman puede comprar en este país gracias a las leyes totalmente permisivas en lo referente a la compra y posesión de armas, lo cual, tal y como Michael Moscovitz afirma en su revista digital, derivará finalmente en el fin de la democracia tal y como ahora la conocemos.

Sin embargo, mi madre no lo cree así y ha dicho: «Mia, comprendo y valoro que quieras ayudar a tu amiga en un momento tan difícil, con ese hombre acosándola, pero creo que en casa tienes responsabilidades más acuciantes».

Y yo le he preguntado: «¿Qué responsabilidades?», creyendo que se refería al cubo

de la basura, que había vaciado dos días antes.

Y ella ha respondido: «Responsabilidades para con tu padre y conmigo».

He estado a punto de perder los estribos. ¿Responsabilidades? *¿Responsabilidades? ¿Ella* me habla de responsabilidades? ¿Cuándo fue la última vez que se le ocurrió tender la colada, por no hablar ya de recogerla? ¿Cuándo fue la última vez que se acordó de comprar bastoncillos para los oídos o papel higiénico o leche?

¿¿¿Y alguna vez, en catorce años, se le ha pasado por la cabeza comentarme que probablemente acabaría siendo la princesa de Genovia???

¿Ella cree que necesita recordarme mis responsabilidades?

¡¡¡JA!!!

He sentido el impulso de colgarle el teléfono. Pero Lilly andaba cerca, practicando su papel de «regidora», encendiendo y apagando las luces del vestíbulo de la escuela. Ya que le había prometido que no me comportaría como una cabeza hueca, y colgar el teléfono a mi madre significaría sin duda caer en la categoría de cabeza hueca, he dicho con una voz muy paciente: «No te preocupes, mamá. No me olvidaré de parar en Genovese mañana de regreso a casa y comprar bolsas para la aspiradora». Y entonces he colgado.

DEBERES

Álgebra: problemas 1-12, p. 199.

Lengua: propuesta para el trabajo.

Civilizaciones del mundo: preguntas al final de la lección 4.

G y T: nada.

Francés: utilizar *avoir* en frases neg.; leer lecciones de la 1 a la 3,

pas de plus.

Biología: nada.



Sábado, 4 de octubre, temprano, todavía en casa de Lilly

¿Por qué siempre me lo paso tan bien cuando me quedo a dormir en casa de Lilly? No me refiero a que disponga de cosas que normalmente no tengo. De hecho, mamá y yo tenemos cosas mejores. Los Moscovitz sólo sintonizan un par de canales de películas, mientras que nosotras, gracias a que aproveché la última oferta de abono al Time Warner Cable, los tenemos todos, Cinemax y HBO y Showtime, por la ridícula cantidad de 19,99 dólares al mes.

Además, la gente a la que podemos espiar desde las ventanas de nuestro apartamento también es mejor, como Ronnie, que antes era Ronald pero ahora se llama Ronette, y que organiza un montón de fiestas de lo más excéntrico, incluso en verano, y nunca corre las cortinas. En la Quinta Avenida, donde viven los Moscovitz, no hay nadie a quien espiar: sólo psicoanalistas ricos y sus hijos. Es decir, que a través de sus ventanas no se ve nada que valga la pena.

Pero es como si cada vez que paso la noche aquí, aunque lo único que hagamos Lilly y yo sea ir a la cocina y comernos los macarrones que ha dejado Rosh Hashanah, me divierto mucho. Quizá es porque Maya, la sirvienta dominicana de los Moscovitz, nunca se olvida de comprar zumo de naranja y siempre se acuerda de que no nos gustan esos que contienen pulpa, y a veces, si sabe que me quedaré, compra lasaña de verduras en Balducci, en lugar de la de carne, especialmente para mí, como hizo anoche.

O quizá es porque nunca encuentro envases viejos y mohosos en la nevera de los Moscovitz. Maya tira todo lo que pasa incluso un día de la fecha de caducidad. También la crema agria, pese al plástico protector. Incluso las latas de refrescos.

Y los doctores Moscovitz nunca olvidan pagar la factura de la luz. La compañía nunca les ha cortado el suministro a mitad de un pase de *Star Trek. Y* la madre de Lilly siempre habla de cosas normales, como la oferta de medias de la marca Calvin Klein que encontró en Bergdorf.

No es que no quiera a mi madre. Por supuesto que la quiero, y mucho. Es sólo que

preferiría que fuera más madre y menos artista.

Y también preferiría que mi padre se pareciera más al padre de Lilly, que siempre se empeña en hacerme una tortilla porque cree que estoy demasiado delgada y que va por ahí con los viejos pantalones del chándal de la universidad cuando no tiene que ir a la consulta a psicoanalizar a alguien.

El doctor Moscovitz *jamás* se pondría un traje a las siete de la mañana.

No es que no quiera a mi padre. Sí le quiero, creo. Es sólo que no comprendo cómo ha podido permitir que sucediera algo así. Suele ser muy organizado. ¿Cómo se ha permitido a sí mismo convertirse en príncipe?

No lo entiendo.

Me parece que lo mejor de venir a casa de Lilly es que mientras estoy aquí ni siquiera tengo que pensar en cosas como mi suspenso en álgebra o el hecho de que soy la heredera al trono de un pequeño principado europeo. Aquí puedo relajarme, disfrutar de auténticos panecillos caseros de canela fresca, contemplar a *Pavlov,* el sheltie de Michael, e intentar convencer a Maya de que vuelva a la cocina cada vez que intenta salir.

Anoche nos lo pasamos de maravilla. Los doctores Moscovitz habían salido —tuvieron que asistir a un acto benéfico en el Puck Building a favor de los hijos homosexuales de los supervivientes del Holocausto—, así que Lilly y yo nos preparamos un enorme tanque de palomitas aromatizadas con mantequilla, nos acomodamos en la enorme cama con dosel de sus padres y vimos un montón de películas de James Bond. Y eso nos permitió comprobar que Pierce Brosnan es el James Bond más delgado, Sean Connery, el más peludo, y Roger Moore, el más bronceado. Ningún James Bond se quita la camisa del todo, así que no pudimos saber cuál tiene los mejores pectorales, pero estoy segura de que es Timothy Dalton.

Me gusta el pelo en el pecho. Creo.

Fue irónico que, mientras intentábamos averiguar todo esto, el hermano de Lilly entrara en la habitación. Aunque con la camisa puesta. Parecía un poco preocupado. Dijo que mi padre esperaba al teléfono. Por lo visto estaba furioso porque llevaba horas intentando hablar conmigo, pero Michael había estado conectado a Internet contestando a las cartas de los fans para su revista digital, *Crackhead,* por lo que la línea comunicaba constantemente.

Supongo que por un momento di la impresión de estar a punto de vomitar, porque un minuto después Michael dijo: «Muy bien, no sufras, Thermopolis. Le diré

que tú y Lilly ya estáis durmiendo», una mentira que mi madre no se tragaría pero que, al parecer, coló con mi padre, ya que Michael regresó al rato y nos explicó que papá se había disculpado por llamar tan tarde (sólo eran las once) y que le había dicho que ya hablaría conmigo por la mañana.

Genial. Estoy impaciente.

Supongo que seguía dando la impresión de estar a punto de vomitar, ya que Michael llamó a su perro y le hizo subir a la cama con nosotras, aunque los animales domésticos tienen el acceso prohibido al dormitorio de los doctores Moscovitz. *Pavlov* se encaramó a mi regazo y empezó a lamerme el rostro, cosa que sólo hace con las personas en quienes confía. Entonces Michael se sentó a nuestro lado para ver las películas y, con afán científico, Lilly le preguntó qué chicas Bond le parecían más atractivas, las rubias que siempre necesitan que James Bond las rescate o las morenas que siempre le apuntan con una pistola, y Michael contestó que no puede resistirse a una chica armada, y así descubrimos cuáles son sus dos series televisivas favoritas: *Xena, la princesa guerrera* y *Buffy, la vampiresa asesina.*

Entonces, no exactamente con afán científico sino por pura curiosidad, le pregunté a Michael que si llegara el fin del mundo y tuviera que repoblar el planeta pero sólo pudiera tener una pareja, a quién escogería, si a Xena o a Buffy.

Después de decirme lo rara que soy por pensar en algo así, Michael escogió a Buffy, y luego Lilly me preguntó que si tuviera que escoger entre Harrison Ford y George Clooney, con quién me quedaría, y le contesté que con Harrison Ford, aunque fuera tan mayor, pero el Harrison Ford de *Indiana Jones* no el de *La guerra de las galaxias,* y entonces Lilly dijo que ella elegiría a Harrison Ford en el papel de Jack Ryan en esas películas de Tom Clancy, y entonces Michael preguntó: «¿Y a quién escogerías, a Harrison Ford o a Leonardo di Caprio?», y las dos contestamos que a Harrison Ford porque Leonardo ya está pasado de moda, y entonces él dijo: «¿Y entre Harrison Ford o Josh Richter?», y Lilly respondió que Harrison Ford, porque antes había sido carpintero, y si llegara el fin del mundo, sabría construir una casa, pero yo contesté que prefería a Josh Richter, porque viviría más años —¡Harrison debe de rondar los sesenta!— y podría echarme una mano con los niños.

Entonces Michael empezó a decir un montón de cosas injustas sobre Josh Richter, como que frente a un holocausto nuclear se comportaría como un cobarde, pero Lilly adujo que el miedo a lo desconocido no es un parámetro riguroso para calibrar el potencial de crecimiento de una persona, con lo cual yo estoy de acuerdo. Entonces Michael dijo que éramos idiotas si creíamos que Josh Richter nos querría para algo más que para pasar el rato, que a él sólo le gustan las chicas como Lana Weinberger, que acceden a enrollarse con él, a lo que Lilly respondió que ella sólo se enrollaría

con Josh Richter si él estuviera dispuesto a acatar ciertas condiciones, como bañarse antes en una solución antibacteriana y ponerse tres condones impregnados en algún producto espermicida durante el coito, por si uno se rompiera y otro resbalara.

Entonces Michael me preguntó si yo me enrollaría con Josh Richter, y tuve que reflexionar unos instantes. Perder la virginidad es un paso muy importante, y una tiene que hacerlo con la persona adecuada o, de lo contrario, puede quedar tocada para el resto de su vida, como aquella mujer del grupo de solteros mayores de cuarenta con los que el doctor Moscovitz se reúne los martes alternos. Así que, después de pensarlo, contesté que me enrollaría con Josh Richter sólo si:

Lleváramos saliendo juntos al menos un año.

Me prometiera amor eterno.

Me llevara a Broadway a ver *La Bella y la Bestia* sin burlarse de mí.

Michael comentó que las dos primeras condiciones estaban bien, pero que si la tercera era un ejemplo del tipo de novio que espero encontrar, seguiré siendo virgen mucho, muchísimo tiempo. Dijo que no conocía a nadie con una pizca de testosterona que pudiera ver *La Bella y la Bestia* en Broadway sin sentir arcadas. Pero se equivoca, porque no cabe duda de que mi padre tiene testosterona —al menos en un testículo—, y nunca ha sentido arcadas durante el espectáculo.

Entonces Lilly le preguntó a Michael a quién escogería si tuviera que hacerlo, si a mí o a Lana Weinberger, y él respondió: «A Mia, por supuesto», pero estoy segura de que lo dijo porque yo estaba delante y no quería hacerme sentir mal.

Ojalá Lilly no hiciera cosas como ésa.

Sin embargo, siguió en sus trece, interesándose por saber a quién escogería Michael, si a mí o a Madonna, y a mí o a Buffy, la vampiresa asesina (me prefirió a Madonna, pero Buffy me ganó sin paliativos).

Y luego Lilly quiso saber a quién elegiría yo, si a Michael o a Josh Richter. Simulaba pensarlo a conciencia, cuando para mi alivio los doctores Moscovitz regresaron a casa y empezaron a gritarnos por haber dejado entrar a *Pavlov* en su habitación y haber comido palomitas en su cama.

Por eso, después de que Lilly y yo limpiáramos los restos de palomitas y regresáramos a su habitación, volvió a preguntarme si escogería a Josh Richter o a su hermano, y tuve que contestar que a Josh Richter, porque Josh Richter es el tío más bueno de toda la escuela, quizá de todo el mundo, y estoy profunda y perdidamente enamorada de él, no sólo por el modo en que su cabello rubio le cubre a veces los ojos

cuando se inclina hacia delante para buscar algo en su taquilla, sino porque sé que detrás de esa fachada de deportista cachas que se empeña en mantener, hay una persona extremadamente sensible y cariñosa. Lo sé por la manera en que me dijo: «Eh» aquel día en Bigelows.

Sin embargo, no podía evitar pensar que si *de verdad* llegara el fin del mundo, sería preferible estar con Michael, aunque no esté tan bueno, porque al menos me hace reír. Creo que el sentido del humor sería muy importante en el fin del mundo.

Además, es evidente que Michael está estupendo sin camisa.

Y si de verdad llegara el fin del mundo, Lilly moriría, ¡por lo que nunca llegaría a saber que su hermano y yo estaríamos procreando!

Y yo jamás querría que Lilly supiera que opino esto de su hermano. Le parecería muy extraño.

Más extraño incluso que el hecho de que yo resulte ser la princesa de Genovia.



Sábado, más tarde

He vuelto de casa de Lilly dándole vueltas todo el camino, preocupada por lo que mamá y papá me dirían al llegar. Nunca antes los había desobedecido. Nunca, de veras.

Vale, es cierto, lo hice aquella vez que Lilly, Shameeka, Ling Su y yo íbamos a ver una película de Christian Slater, pero en lugar de eso acabamos viendo *The Rocky Horror Picture Show* y olvidé llamarlos hasta el final de la sesión, que acabó a las 2.30 h de la madrugada, y estábamos en Times Square y no nos quedaba dinero para coger un taxi.

¡Pero sólo había sido una vez! Y aprendí la lección, porque mi madre no me castigó sin salir ni nada. Aunque la verdad es que no creo que llegue a hacerlo nunca, porque ¿quién iría entonces al cajero automático a sacar dinero para pagar la comida a domicilio si me castigara sin salir?

Pero mi padre es otra historia. Es muy rígido en lo que a disciplina se refiere. Mi madre dice que eso se debe a que Grandmère solía castigarlo de pequeño encerrándolo en una habitación muy tétrica de su casa.

Ahora que lo pienso, la casa donde creció mi padre probablemente era el castillo, y la habitación tétrica, la mazmorra.

¡Glups! No me extraña que papá haga absolutamente todo lo que Grandmère dice.

Bueno, el caso es que cuando papá se pone furioso conmigo se pone *muy* furioso. Como aquella vez que no fui a la iglesia con Grandmère porque me negaba a rezar a un dios que permite que los bosques sean destruidos para convertirlos en terrenos de pasto para vacas, que a su vez más tarde se convertirán en parcelas para las masas ignorantes que veneran a ese símbolo de todo lo malo, Ronald McDonald. Mi padre

no sólo me dijo que si no iba a la iglesia me calentaría el trasero, sino también que no me dejaría leer la revista digital de Michael, *Crackhead,* ¡nunca más! No me permitió conectarme a la red en todo el verano. Trituró el módem con una botella de dos litros de Chateauneuf du Pape.

¡Será reaccionario!

Por eso estaba tan preocupada por lo que él haría cuando regresara de casa de Lilly.

Intenté quedarme con los Moscovitz tanto tiempo como pude: puse los platos en el lavavajillas para Maya, pues ella estaba ocupada escribiendo una carta a su congresista pidiéndole que por favor hiciera algo por su hijo, Manuel, que fue encarcelado por error hace diez años por respaldar una revolución en su país; saqué a pasear a *Pavlov,* ya que Michael tenía que asistir a una conferencia de astrofísica en Columbia; incluso desatasqué los surtidores del jacuzzi de los doctores Moscovitz (uf, su padre debe de transpirar mucho y mudar de piel muy a menudo).

Entonces Lilly tuvo que ir y anunciar que había llegado la hora de emitir el episodio especial de una hora de su programa, el dedicado a los pies. Pero resultó que los doctores Moscovitz aún no se habían ido, como nosotras pensábamos, a la sesión de *rolfing.* Lo oyeron «por casualidad» y me dijeron que tenía que irme porque ellos iban a analizar a Lilly por su necesidad de provocar al obseso sexual que la acosa.

Veamos:

Por lo general, soy una buena hija. O, al menos, intento serlo. No fumo. No consumo drogas. Nunca doy problemas. Soy totalmente digna de confianza y casi siempre hago los deberes. Salvo por un maldito suspenso en una asignatura que no me servirá para nada en mi futuro, sea cual sea, lo hago bastante bien.

Y entonces van y me sueltan lo de la princesa.

De camino a casa, decidí que si mi padre intentaba castigarme, llamaría a la juez Judy. Seguro que él se arrepentiría si acabara por esto frente a la juez Judy, la del programa matutino de la tele, que actúa de mediadora entre gente con conflictos y no tiene piedad. Ella seguro que le golpearía, ¡vaya si lo haría! ¿Una persona obligando a otra a ser una princesa contra su voluntad? La juez Judy no lo toleraría.

Obviamente, cuando llegué a casa, descubrí que no había razón alguna para llamar a la juez Judy.

Mi madre no había ido al estudio, algo que hace sin excepción todos los sábados.

Me esperaba sentada, leyendo números atrasados de la revista a la que me había suscrito, *Diecitantos,* antes de darme cuenta de que yo era demasiado plana para que ni siquiera me pidieran una cita, así que toda la información que ofrecía esa revista era totalmente inútil para mí.

Y allí estaba mi padre, sentado exactamente en el mismo lugar en que lo dejé el día anterior, sólo que en esta ocasión leía el *Sunday Times,* aunque era sábado, y mamá y yo teníamos por norma no empezar a leer las secciones dominicales hasta el domingo. Para mi sorpresa, no llevaba traje: llevaba un jersey —de cachemira, sin duda regalo de alguna de sus muchas novias— y pantalones de pana.

Cuando entré, él dobló el periódico con sumo cuidado, lo depositó en la mesa y me miró con aspecto severo durante largo rato, como el Capitán Picard justo antes de hablarle a Ryker de la insurrección. Y entonces soltó: «Tenemos que hablar».

Me puse a explicarle a toda prisa que en realidad les había dicho dónde estaba y que sólo había necesitado pasar un poco de tiempo fuera de casa para pensar en todo, y que había tenido mucho cuidado y no había cogido el metro ni nada, y mi padre se limitó a decir: «Lo sé».

Sólo eso. «Lo sé.» Se rindió por completo sin la menor fricción.

¡Mi padre!

Miré a mamá para ver si se había dado cuenta de que él había perdido la cabeza. Y entonces ella hizo lo más increíble de todo: apartó la revista a un lado, se acercó a mí, me abrazó y dijo: «Lo sentimos mucho, cielito».

¡¿Cómo?! ¿Esos eran *mis* padres? ¿Habían venido los ladrones de cuerpos en mi ausencia y habían reemplazado a mis padres por vainas con forma humana? Porque esa era la única posibilidad que se me ocurría para que mis padres se mostraran tan razonables.

Entonces mi padre dijo: «Sabemos la presión que esto supone para ti, Mia, y queremos que sepas que haremos todo cuanto esté en nuestras manos para intentar que esta transición sea lo más plácida posible para ti».

Luego me preguntó si sabía lo que es un compromiso; le dije que sí, por supuesto, ya no estoy en el tercer curso, y él me alargó aquella hoja, una especie de borrador de lo que mi madre llama «Compromiso Thermopolis-Renaldo», que decía lo siguiente:

Yo, el sotafirmante, Artur Christoff Phillipe Gerard Grimaldi Renaldo, convengo en que mi

única descendiente y heredera, Amelia Mignonette Grimaldi Thermopolis Renaldo, debe concluir sus estudios de bachillerato en el Instituto Albert Einstein para Chicos (mixto desde aproximadamente 1975) sin interrupción, a excepción de las vacaciones de Navidad y verano, que pasará sin protestar en el país de Genovia.

Pregunté si eso significaba dejar de pasar el verano en Miragnac, y él contestó que sí.

No podía creerlo. ¿La Navidad y el verano sin Grandmère? Eso sería como ir al dentista, ¡pero en lugar de hacerme empastes me pasaría el día leyendo *Diecitantos* e inhalando gas hilarante! Estaba tan contenta que le abracé sin pensarlo. Pero, desgraciadamente, resultó que el trato no concluía ahí:

Yo, la sotafirmante, Amelia Mignonette Grimaldi Thermopolis Renaldo, convengo en cumplir con mis responsabilidades como heredera de Artur Christoff Phillipe Gerard Grimaldi Renaldo, príncipe de Genovia, y todo cuanto se derive de tal función, incluyendo, aunque no deforma exclusiva, asumir el trono tras la defunción del último y atender a las funciones de estado, para lo cual la presencia de la susodicha heredera se juzga esencial.

Todo aquello sonaba bastante bien, salvo la última parte. ¿Funciones de estado? ¿Qué es eso?

Mi padre lo explicó de forma bastante vaga: «Oh, ya sabes. Asistir a los funerales de los líderes mundiales, ceremonias de inauguración, ese tipo de cosas».

¿Cómo? ¿Funerales? ¿Ceremonias de inauguración? ¿Lanzar botellas de *champagne* contra transatlánticos y acudir a estrenos de Hollywood? ¿Ese tipo de cosas?

«Bueno —dijo mi padre—, los estrenos de Hollywood en realidad no son tan sofisticados. Las bombillas se funden cada dos por tres... En fin, muy desagradable.»

Sí, pero... ¿funerales? ¿Ceremonias? Pero si ni siquiera sé perfilarme los labios, por no hablar de las reverencias...

«Oh, no te preocupes —dijo papá, tapando su pluma—. Grandmère se ocupará de todo eso.»

Sí, ya. ¿Qué va a hacer *ella?* ¡Está en Francia!

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!



Sábado, más tarde

No puedo creer lo gafe que soy. Sábado noche, ¡y sola con mi padre!

En realidad, él ha intentado proponerme ir a ver *La Bella y la Bestia,* ¡como si le diera pena por no tener planes!

Al final tuve que decirle: «Mira, papá, ya no soy una niña. Ni siquiera el príncipe de Genovia puede conseguir entradas para un espectáculo de Broadway un sábado por la noche sin reservarlas con antelación».

Supongo que se sentía un poco fuera de lugar porque mamá había salido con el señor Gianini. Ella había estado a punto de cancelar su nueva cita, debido al cataclismo que ha experimentado mi vida en las últimas veinticuatro horas, pero la obligué a salir porque veía que la boca se le iba empequeñeciendo a medida que pasaba más tiempo con papá. A mamá sólo se le empequeñece la boca cuando reprime decir algo, y creo que lo que ella quería decirle a papá era: «¡Vete de aquí! ¡Regresa al hotel! ¡Estás pagando seiscientos dólares al día por esa suite! ¿No puedes dormir allí o qué?».

Mi padre saca de sus casillas a mi madre porque siempre se entromete en todo, escudriña en la ensaladera donde ella deja el correo, abre las cartas del banco para averiguar su estado de cuentas y le dice cuánto ahorraría en intereses con sólo transferir fondos de la cuenta corriente a un plan de pensiones de esos que no cobran intereses hasta la jubilación.

Por tanto, aunque ella creía que debía quedarse en casa, yo sabía que, de hacerlo, acabaría explotando, así que le dije que se fuera, que por favor se fuera, y que papá y yo conversaríamos sobre lo que significa gobernar un pequeño principado en el marco económico actual. Sólo que cuando mamá salió vestida para la cita, con ese vestido negro corto de Victoria's Secret (mi madre no soporta ir de compras, por lo

que encarga toda la ropa por catálogo mientras se pone en remojo en la bañera tras una larga jornada de pintura), papá se atragantó con un cubito. Supongo que nunca había visto a mamá con un vestido corto —en la época de la universidad, cuando salían juntos, ella sólo llevaba monos, como yo—, porque se acabó de un trago el whisky con soda y dijo: «¿*Eso* piensas ponerte?», a lo que mamá respondió: «¿Qué tiene de malo?», mirándose al espejo, preocupada.

A mí me parecía que iba bien; de hecho, iba mucho mejor de lo habitual, aunque supongo que ese era precisamente el problema. Sé que sonará raro, pero mi madre puede convertirse en una Marilyn cuando se lo propone. Yo sólo *espero* llegar a ser tan guapa como ella algún día. Es que ella no tiene el pelo en forma de señal de tráfico ni es plana ni usa un cuarenta de pie. Podría decirse que está buena, dentro de los límites en que las madres pueden estarlo, claro.

Entonces sonó el interfono y mamá se fue a toda prisa porque no quería que el señor Gianini subiera y conociera a su ex, el príncipe de Genovia. Era comprensible, ya que papá seguía atragantándose y tenía una pinta muy graciosa: un hombre calvo con la cara roja y un jersey de cachemira, tosiendo como si los pulmones se le fueran a salir por la boca. A mí, en su lugar, también me hubiera dado vergüenza admitir haber mantenido relaciones sexuales con él.

En fin. Lo cierto es que me fue muy bien que mamá no dejara subir al señor Gianini, porque no me apetecía un rábano que me preguntara delante de mis padres por qué no había acudido a la sesión de repaso del viernes.

Cuando se marchó, quise demostrarle a mi padre que estoy mucho más preparada para vivir en Manhattan que en Genovia encargando por teléfono algunas exquisiteces. Pedí una *insalata caprese, ravioli al funghetto* y *pizza margherita,* todo por sólo veinte pavos. Sin embargo, lo prometo, ¡mi padre se quedó impasible! Se limitó a servirse otro whisky con soda y encendió el televisor. Ni siquiera se inmutó cuando *Fat Louie* se sentó a su lado. Creo que ni siquiera lo vio y se puso a acariciarle como si nada. Y eso que mi padre asegura ser alérgico a los gatos.

Y entonces, para colmo de los colmos, se negó a hablar de Genovia. Sólo le apetecía ver los deportes en la tele. En serio. Los deportes. Nuestro televisor sintoniza setenta y siete canales, y a él sólo le apetecía ver aquellos en los que salían hombres uniformados corriendo detrás de un pequeño balón. No la sesión continua de películas de Harry el Sucio, ni tampoco el programa de videoclips. Escogió el canal de deportes y allí se quedó, mirándolo tan pancho, y cuando a mí se me ocurrió comentarle que mamá y yo solemos ver el canal HBO los sábados por la noche, ¡¡¡lo único que hizo fue subir el volumen!!!

Como un crío.

¿Te parece suficiente desfachatez? Pues deberías haberlo visto cuando llegó la comida. ¡Le ordenó a Lars cachear al repartidor antes de dejarme atenderle! ¿Puedes creerlo? Tuve que darle a Antonio un dólar de propina para compensarle por el ultraje. Y entonces papá se sentó a comer, sin mediar palabra, hasta que, después de otro whisky con soda, se quedó dormido en el sofá, ¡con *Fat Louie* en el regazo!

Supongo que ser príncipe y haber sufrido un cáncer de testículo puede hacer que una persona se considere especial. ¡Por Dios! ¿Cómo va a compartir algún tiempo de calidad con su única hija, la heredera a su trono?

Así pues, aquí estoy, otra noche de sábado en casa. Aunque lo cierto es que casi nunca salgo los sábados por la noche, salvo cuando quedo con Lilly. ¿Por qué soy tan impopular? Ya sé que parezco rara y todo eso, pero puedo hacer un esfuerzo por ser agradable con la gente, ¿sabes? Se supone que los demás deben valorarme como ser humano e invitarme a sus fiestas por el simple hecho de disfrutar de mi compañía. No tengo la culpa de que el pelo me quede tieso cada dos por tres, ni tampoco tiene Lilly la culpa de que su cara parezca estar hecha de plastilina.

He intentado llamar a Lilly una infinidad de veces, pero siempre comunica, lo que significa que Michael probablemente está en casa, trabajando en su revista. Los Moscovitz tienen previsto instalar otra línea para que quienes los llamen puedan contactar con ellos de vez en cuando, pero al parecer la compañía telefónica no dispone de más números 212 por el momento. La madre de Lilly dice que se niega a tener dos códigos de área diferentes en el mismo apartamento y que si no puede tener un 212, se comprará un busca. Además, Michael ingresará en la universidad el próximo año, con lo que los problemas quedarán resueltos.

Me apetecía muchísimo hablar con Lilly. No le he contado nada sobre el tema de ser princesa, ni pienso hacerlo, *nunca;* pero a veces, aunque no le explique lo que me preocupa, hablar con ella me ayuda a sentirme mejor. Quizá lo que me consuela es saber que alguien de mi edad también se queda en casa un sábado por la noche. Me refiero a que la mayoría de las chicas de nuestra clase tienen citas los sábados por la noche. Hasta Shameeka ha empezado a salir. Su popularidad se ha disparado desde que en verano se le desarrolló tanto el pecho. Su «toque de queda» son las diez, incluso los fines de semana, lo que la obliga a presentar a su acompañante a sus padres, y el chico tiene que decirles con exactitud adonde piensan ir y qué piensan hacer, además de proporcionarles dos fotografías de carné para que el señor Taylor las fotocopie antes de dar permiso a Shameeka para salir de casa en su compañía.

Y aun así, *¡ha salido!* Alguien *le ha pedido una cita.*

A mí nadie me ha pedido nunca una cita.

La situación era de lo más aburrida, con papá allí, roncando, aunque resultaba cómico el modo en que *Fat Louie* le miraba enfadado cada vez que él inhalaba. Ya he visto todas las películas de Harry el Sucio y no daban nada más. Decidí conectarme a la red e intentar comunicarme con Michael para decirle que necesitaba hablar con Lilly urgentemente y que por favor se desconectara y dejara la línea libre para llamarla.

CracKing: ¿Qué quieres, Thermopolis?

FtLouie: Quiero hablar con Lilly, por favor, desconéctate para que pueda llamarla.

CracKing: ¿De qué quieres hablar con ella?

FtLouie: De nada que a ti te incumba. Por favor, desconéctate. No tienes derecho a monopolizar la línea todo el tiempo. No es justo.

CracKing: ¿Y quién dice que la vida es justa, Thermopolis? y, por cierto, ¿qué estás haciendo en casa? ¿Qué problema tienes? ¿Acaso el hombre de tus sueños no te ha llamado?

FtLouie: ¿Quién es el hombre de mis sueños?

CracKing: ya sabes, el que elegirías como pareja tras un holocausto nuclear: Josh Richter.

¡Lilly se lo ha contado! ¡No puedo creer que lo haya hecho! La mataré.

FtLouie: ¡¿Quieres desconectarte de una vez y dejarme llamar a Lilly?!

CracKing: ¿Qué pasa, Thermopolis? ¿Te he tocado la fibra sensible?

Corté la conexión. ¡A veces es un pelmazo!

Pero entonces, unos cinco minutos después, sonó el teléfono y era Lilly, de lo cual deduzco que aunque Michael sea un pelmazo, cuando se lo propone puede ser un pelmazo de lo más amable.

Lilly está muy dolida por el modo en que sus padres están violando, según la Primera Enmienda de la Constitución, su derecho a la libertad de expresión al prohibirle elaborar el programa especial dedicado a sus pies. El lunes por la mañana, a primerísima hora, llamará al defensor del pueblo. Sin la ayuda económica de sus padres, de momento rescindida, *Lilly lo cuenta tal y como es* no podrá seguir

emitiéndose. Cada episodio cuesta unos 200 dólares, contando los gastos en cintas y equipo. A las cadenas públicas sólo puede acceder gente adinerada.

Lilly estaba tan consternada que preferí no reprocharle a gritos que le hubiera explicado a Michael que había elegido a Josh. Ahora que lo pienso, quizá sea mejor así.

Mi vida es una compleja maraña de mentiras.



Domingo, 5 de octubre

No puedo creer que el señor Gianini se lo contara. ¡¡¡No puedo creer que le contara a mi madre que el viernes hice novillos en su estúpida sesión de repaso!!!

Pero bueno... ¿Tengo yo algún derecho en la vida? ¿Acaso no puedo saltarme una sesión de repaso sin que se lo sople a mi madre su novio?

O sea, que mi vida no es suficientemente mala: soy deforme y tengo que ser una princesa. ¡¿Y encima mi profesor de álgebra tiene que enterarse de todo lo que hago y contarlo?!

Muchas gracias, señor Gianini. Gracias a usted, me pasé todo el sábado con el demente de mi padre intentando enseñarme la fórmula cuadrática, frotándose sin parar la calva y gritándome, frustrado, al descubrir que no sé multiplicar fracciones.

¿Acaso tengo que recordarle a todo el mundo que los sábados y los domingos LIBRO de la escuela?

Y el señor Gianini tuvo que contarle a mi madre que mañana nos pondrá un examen sorpresa. Supongo que pretendía ser amable y darme cierta ventaja, pero se supone que uno no tiene que estudiar para un examen sorpresa. El objetivo de estas pruebas es comprobar qué ha retenido uno en clase, ¿no?

Pues bien. Como que, al parecer, yo no he retenido nada de matemáticas desde el segundo curso como mínimo, creo que en realidad no puedo culpar a mi padre de su ira. Me dijo que si no aprobaba álgebra, me obligaría a asistir a la escuela de verano. Entonces le dije que yo, encantada de ir a la escuela de verano, puesto que ya había accedido a pasar los veranos en Genovia. ¡Y él dijo que tendría que ir a la escuela de verano en GENOVIA!

Estoy segura. He conocido a chavales que han estudiado en Genovia y ni siquiera

saben lo que es una línea numérica. Y lo miden todo en kilos y centímetros. ¡Como si el sistema métrico no estuviera totalmente desfasado!

Pero, por si acaso, no voy a arriesgarme. Escribí la fórmula cuadrática en el lateral de la suela de goma blanca de mis Converse, justo en la curva del empeine, entre el talón y los dedos. Mañana me las pondré, cruzaré las piernas y la miraré de reojo si me atasco.



Lunes, 6 de octubre, 3.00 h de la madrugada

No he pegado ojo en toda la noche, pensando en lo que pasaría si me pillaran copiando. ¿Y si alguien ve la fórmula cuadrática en la suela de mi deportiva? ¿Me expulsarían? ¡No quiero que me expulsen! Es que..., aunque en el Albert Einstein todo el mundo me considere un bicho raro, creo que ya me estoy acostumbrando. No quiero tener que empezar desde cero otra vez en otro instituto. ¡Tendría que vivir con el «estigma escarlata» de ser una copiona el resto de mis días de estudiante!

¿Y qué pasaría en la universidad? Es probable que no me admitieran si corriera la voz de que soy una copiona.

No es que quiera ir a la universidad, pero ¿y Greenpeace? Estoy segura de que en Greenpeace tampoco admiten copiones. ¡Oh, Dios mío! ¡¿Qué voy a hacer?!



Lunes, 6 de octubre, 4.00 h de la madrugada

He intentado borrar la fórmula cuadrática de la suela de la deportiva, ¡pero no hay manera de que desaparezca! ¡A lo mejor he utilizado tinta indeleble o algo así! ¿Y si se entera mi padre? ¿Todavía decapitan a la gente en Genovia?



Lunes, 6 de octubre, 7.00 h de la mañana

Había decidido ponerme las Martens y tirar las deportivas en alguna parte de camino al instituto... ¡y va y se me rompe un cordón! No puedo ponerme ningún otro calzado porque todo lo que tengo es del número treinta y nueve, ¡y en el último mes los pies me han crecido más de un centímetro! Apenas puedo caminar con los mocasines y con los zuecos me sobresalen los talones. ¡No me queda más remedio que llevar las deportivas! Me van a pillar, seguro. Lo sé.



Lunes, 6 de octubre, 9.00 h de la mañana

En el coche, de camino al instituto, me he dado cuenta de que podría haberles quitado los cordones a las deportivas y habérselos puesto a las Martens. ¡Qué idiota soy!

Lilly quiere saber cuánto tiempo va a quedarse papá en la ciudad. No le gusta que la lleven en coche a la escuela. Prefiere ir en metro, porque leyendo los carteles de higiene y salud practica el español. Le he dicho que no sé cuánto tiempo se quedará papá, pero que de todos modos mucho me temo que no va a dejarme coger el metro nunca más.

Lilly dice que mi padre está llevando el problema de la infertilidad demasiado lejos, que el mero hecho de no poder volver a dejar *embarrazzada* a ninguna mujer no es razón para que ahora se dedique a sobreprotegerme. En ese instante me he percatado de que Lars se reía para sí mientras conducía. Espero que no sepa español. ¡Qué vergüenza!

El caso es que Lilly me ha dicho que debería tomar ya una determinación en firme, antes de que la situación empeore, y que ella ve que el problema de mi padre está empezando a pasarme factura, porque estoy apática y tengo ojeras.

¡Claro que estoy apática! ¡Llevo despierta desde las 3.00 h de la madrugada, frotando la suela de la deportiva!

Luego he ido a los servicios de chicas para intentar limpiarla otra vez. Lana Weinberger ha entrado poco después y me ha pillado con las manos en la masa. Ha mirado al techo con aire despectivo y ha empezado a cepillarse la larga y frondosa melena frente al espejo. Esperaba que en cualquier momento se acercara a él y besara su propio reflejo; no me hubiera extrañado en absoluto, puesto que es evidente que está enamorada de sí misma. La fórmula cuadrática ha quedado borrosa, pero aún

puede leerse en la deportiva. Aun así, prometo no mirarla durante el examen.



Lunes, 6 de octubre, aula de G y T

Vale. Lo admito. La he mirado.

¡Y de buena cosa me ha servido! Tras recoger los exámenes, el señor Gianini ha resuelto los problemas en la pizarra y resulta que no he hecho ninguno bien.

¡¡¡NI SIQUIERA SÉ COPIAR!!!

Sin duda soy el ser humano más patético del planeta.

Polinomios

Término: variables multiplicadas por un coeficiente.

Grado del polinomio: grado del término con el mayor grado.

¿Y? ¡¿Le importa a alguien?! En serio, ¿a alguien le importan de verdad los polinomios? Quiero decir, aparte de a gente como Michael Moscovitz y el señor Gianini, ¿le importan a alguien? ¿A alguien?

Cuando finalmente ha sonado la campana, el señor Gianini ha dicho: «Mia, ¿disfrutaré de tu agradable compañía esta tarde en la sesión de repaso?».

Le he contestado que sí, pero me he asegurado de que sólo lo oyera él.

¿Por qué yo? ¿Por qué, por qué, por qué? Como si no tuviera ya suficientes problemas de qué preocuparme. Voy a suspender álgebra, mi madre sale con mi profesor y yo soy la princesa de Genovia.

Esto *no puede* continuar así. De ninguna manera.



Martes, 7 de octubre

Oda al álgebra

Hacinados en una triste habitación

fenecemos como polillas en la oscuridad letal,

encerrados en la desolación,

con luces fluorescentes y pupitres de metal.

Diez minutos para que suene la campana.

¿Qué utilidad tiene la fórmula cuadrática

en la vida cotidiana?

¿Podemos utilizarla acaso para desvelar los secretos

ocultos en los corazones de la personas que queremos?

Cinco minutos para que suene la campana.

Cruel profesor de álgebra,

¿no vas a dejar que nos marchemos?

DEBERES

Algebra: problemas 17-30, para entregar.

Lengua: propuesta.

Civilizaciones del mundo: preguntas al final de la lección 7.

G y T: nada.

Francés: frase con *huit,* ej. A, p. 31.

Biología: trabajo.



Miércoles, 8 de octubre

¡Oh, no!

Ella está aquí.

Bueno, no exactamente *aquí,* pero está en el país. Está en la ciudad. Para más detalle, a sólo setenta y cinco manzanas. Se aloja en el Plaza, como papá. Gracias a Dios. Ahora sólo tendré que verla al salir de clase y los fines de semana. Sería un fastidio tremendo tenerla instalada en casa.

Resulta muy desagradable empezar el día viéndola a ella antes que a cualquier otra cosa. Lleva esos camisones y esas batas tan horteras, que se anudan con muy pocos lazos y que, por tanto, lo dejan todo a la vista. Ya sabes, cosas que uno preferiría no ver. Además, aunque se desmaquille antes de acostarse, se levanta con los ojos perfilados, ya que se tatuó los párpados en los ochenta, cuando atravesó una breve fase maníaca tras la muerte de la princesa Grace (según explica mamá). Como primera visión del día, una ancianita ataviada con camisón y bata extravagantes y con los ojos perfilados, es casi fantasmagórica.

En realidad, es más que eso: es espeluznante. Más que Freddy Kruger y Jason juntos.

No me extraña que Grandpère muriera de un infarto en la cama. Probablemente se volvió una mañana y vio de frente a su mujer.

Alguien debería advertir al presidente de que está aquí. De verdad, creo que alguien debería advertirle. Porque si hay en el mundo una persona capaz de desatar la tercera guerra mundial, ésa es mi abuela.

La última vez que vi a Grandmère fue en uno de sus convites, en el que sirvió *foie gras* a todo el mundo excepto a una mujer. Ordenó a Marie, la cocinera, que no le

sirviera *foie gras. Y* cuando intenté darle el mío, porque pensé que el problema era que se había acabado —y porque de todos modos yo no como nada que antes estuviera vivo—, mi abuela me espetó: «¡Amelia!». Lo dijo tan alto que me asustó y dejé caer *el foie gras* al suelo. Su horrible perro lanudo lo levantó en el aire antes incluso de que yo pudiera moverme.

Y luego, cuando todos se marcharon, le pregunté por qué no quería dar *foie gras* a aquella mujer, y Grandmère contestó que porque era madre soltera.

¿Perdón? Grandmère, ¿me permites recordarte que tu propio hijo es «padre soltero», que tuvo una hija sin estar casado, una hija llamada Mia, es decir, yo, *tu nieta?*

Pero cuando dije esto, Grandmère llamó a gritos a la doncella para que le sirviera otra copa, de lo que deduzco que tener hijos ilegítimos no es punible si eres un príncipe. Pero si sólo eres una persona normal y corriente, te quedas sin *foie gras.*

¡Oh, no! ¿Y si Grandmère viene al apartamento? Nunca ha estado aquí. Creo que ni siquiera ha estado nunca en la calle 75. El Village le parecerá horrible, lo sé. En nuestro barrio, personas del mismo sexo se besan y caminan cogidos de la mano todo el tiempo. Grandmère se pone furiosa al ver que dos personas del «otro sexo» caminan cogidas de la mano. ¿Qué hará durante el Desfile de Gays y Lesbianas, en el que todo el mundo se besa, y se coge de la mano y grita: «Estamos aquí, somos sospechosos, ¡supera tus prejuicios!»? Grandmère no superará sus prejuicios. Es probable que sufra un infarto. Ni siquiera le gustan los pendientes en las orejas, por no hablar de los pendientes en otras partes.

Además, la ley prohíbe fumar en los restaurantes, y Grandmère fuma como un carretero, incluso en la cama, razón por la cual Grandpère tenía esas extrañas mascarillas de oxígeno instaladas en todas las habitaciones de Miragnac y había hecho construir un túnel subterráneo para escapar en caso de que Grandmère se durmiera con un cigarrillo en la boca y el *château* ardiera en llamas.

Grandmère también detesta a los gatos. Cree que se abalanzan sobre los niños mientras duermen para robarles el aliento.

¿Qué dirá cuando vea a *Fat Louie*? Él duerme conmigo todas las noches. Si alguna vez me saltara a la cara, me mataría al instante. Pesa once kilos y medio (los pesaba antes de zamparse la lata de esta mañana; ahora...).

¿E imaginas que hará cuando vea la colección de diosas de la fertilidad de mamá?

¿Por qué ha tenido que venir precisamente AHORA? ¡Lo va a echar TODO a

perder! No conseguiré mantener el asunto en secreto con ella rondando por aquí.

¿Por qué?

¿¿Por qué??

¿¿¿POR QUÉ???



Jueves, 9 de octubre

Ya he descubierto por qué.

Va a impartirme clases de princesa.

Demasiado conmocionada para escribir. Seguiré luego.



Viernes, 10 de octubre

Lecciones de princesa.

No bromeo. Todos los días, después de la sesión de repaso de álgebra, tengo que asistir a lecciones de princesa en el Plaza, con mi abuela.

Muy bien. Si Dios existe, ¿cómo es posible que esto haya sucedido?

En serio. Veamos. La gente siempre dice que Dios ahoga pero no aprieta, que nunca aprieta más de lo que uno puede soportar, pero ya te lo digo ahora: yo no voy a soportar esto. ¡Es *demasiado*! *No* puedo asistir a clases de princesa todos los días después de clase. Y menos con Grandmère. Estoy pensando seriamente en irme de casa.

Mi padre dice que no tengo elección. Anoche, al salir de la habitación de Grandmère en el Plaza, fui directa a la suya. Llamé a la puerta y, cuando contestó, entré y le dije que no iba a hacerlo. De ninguna manera. Nadie me había hablado de las lecciones de princesa.

¿Y sabes qué contestó? Pues que he firmado el compromiso y que eso me obliga a asistir a las lecciones de princesa, ya que forman parte de mis obligaciones como heredera.

Le dije que entonces tendríamos que revisar el compromiso, porque no decía nada de tener que ver a Grandmère todos los días al salir de clase para asistir a clases de princesa.

Pero papá no quería hablar del tema. Dijo que era tarde y que, por favor, ya hablaríamos de eso después. Mientras yo seguía allí, de pie, quejándome de lo injusto que era todo, entró una periodista del *ABC.* Supongo que su intención era entrevistarle, pero la situación me parecía graciosa, porque ya la he visto entrevistar

a otras personas y nunca lleva un vestido de fiesta negro y sin mangas cuando entrevista al presidente o a alguien por el estilo.

Esta noche tendré que leer con detenimiento el compromiso, porque no recuerdo que en él ponga nada sobre las lecciones de princesa.

Así es como fue mi primera «lección», ayer, al salir de clase:

Para empezar, el portero no me dejaba entrar (¡qué sorpresa!). Entonces ve a Lars, que mide más de dos metros y debe de pesar unos 160 kilos. Además, a Lars le sobresale ese bulto en la chaqueta, y en ese instante caí en la cuenta de que debía de ser una pistola y no el muñón de un tercer brazo amputado, que es lo que pensé al principio. Me daba mucha vergüenza preguntárselo, por si al hacerlo fuera a despertarle recuerdos dolorosos, como el de los compañeros de la escuela riéndose de él en Amsterdam o donde sea que él haya crecido. Yo sé lo que es ser un bicho raro: siempre es preferible no tocar esos temas.

Pero no, es una pistola, y el portero se inquietó y llamó al conserje. Gracias a Dios, el conserje reconoció a Lars, que se aloja en una habitación anexa a la suite de papá.

Así que el propio conserje me escoltó hasta el ático de lujo donde se aloja papá. Déjame hablarte del ático: es muy moderno. ¿Y los servicios de señoras del Plaza me parecían elegantes? Pues no son nada en comparación al ático.

Todo es de color rosa: paredes rosas, moqueta rosa, cortinas rosas, muebles rosas... Hay rosas rosas por todas partes, y los cuadros colgados de las paredes son retratos de pastorcillas con las mejillas rosadas y todo eso.

Y justo cuando creía que iba a ahogarme entre tanto rosa, apareció Grandmère, vestida por entero de color púrpura, desde el turbante de seda hasta las chinelas con broches de piedras preciosas falsas en la puntera.

Bueno, me parece que eran falsas.

Grandmère siempre viste de púrpura. Lilly dice que las personas que visten de púrpura suelen sufrir trastornos de personalidad limítrofe o *borderline,* porque tienen delirios de grandeza. El color púrpura se ha asociado tradicionalmente a la aristocracia, ya que durante siglos a los campesinos no se les permitió teñir su ropa de añil, con lo que no podían crear el violeta.

Obviamente, Lilly no sabe que mi abuela es un miembro de la aristocracia. Y si Grandmère tiene delirios de grandeza, no es porque *crea* que es una aristócrata, sino porque realmente lo *es.*

Pues bien. Grandmère sale de la terraza, donde se encontraba, se me acerca y lo primero que me dice es: «¿Qué llevas escrito en la suela de la deportiva?».

Por suerte, no tuve que preocuparme de que descubrieran que copio en los exámenes, porque Grandmère siguió comentando sin respiro todos mis defectos.

«¿Por qué llevas calzado de tenis con falda? ¿Esas medias están sucias, o son así? ¿No puedes mantener la espalda erguida? ¿Qué le pasa a tu pelo? ¿Has vuelto a morderte las uñas, Amelia? Creía que habíamos quedado en que abandonarías ese hábito tan desagradable. ¡Dios mío! ¿Cuándo vas a dejar de crecer? ¿Acaso te has propuesto ser más alta que tu padre?»

Sólo que sonó todavía peor, porque lo dijo en francés.

Y entonces, como si no hubiera tenido suficiente, soltó con su voz ronca de cazalla y tabaco rancio: «¿Es que no tienes un beso para tu *Grandmère?».*

Así que fui hacia ella, me agaché (mi abuela es como treinta centímetros más baja que yo), y la besé en una mejilla (muy suave, por cierto, porque se unta la cara con vaselina todas las noches antes de acostarse), y cuando me disponía a volver a mi sitio, me agarró por un brazo y dijo: *«Pfui!* ¿Has olvidado *todo* lo que te he enseñado?» y me hizo besarla también en la otra mejilla, porque así es como en Europa (y en el Soho) se saluda la gente.

Bueno. El caso es que me agaché y besé la otra mejilla de Grandmère, y al hacerlo vi a *Rommel* fisgando detrás de ella. *Rommel* es el mini perro lanudo de quince años de Grandmère. Tiene la misma forma y medidas que una iguana, sólo que no es tan inteligente. Se estremece todo el tiempo y tiene que llevar una chaqueta de lana. Hoy llevaba una de color púrpura, igual que el vestido de Grandmère. *Rommel* no permite que nadie lo toque, salvo Grandmère, pero incluso cuando ella lo acaricia, mueve los ojos de un lado a otro como si lo estuvieran torturando.

Si Noé hubiera conocido a *Rommel,* habría cambiado de opinión con respecto a la idea de incluir en el arca dos ejemplares de todas las criaturas de Dios.

«Ahora —dijo Grandmère cuando creyó suficientes las muestras de afecto—, veamos si lo he entendido: tu padre te dice que eres la princesa de Genovia y tú te echas a llorar. ¿Por qué?»

De repente, me sentí muy cansada. Tuve que sentarme en uno de los sillones acolchados para no caerme.

«Oh, Grandmère —le dije en inglés—. No quiero ser una princesa. Sólo quiero ser yo, Mia.»

Grandmère respondió: «No me hables en inglés. Es muy vulgar. Utiliza el francés cuando te dirijas a mí. Siéntate con la espalda recta. No apoyes las piernas en el brazo de la silla. Y no eres Mia. Eres Amelia. De hecho, eres Amelia Mignonette Grimaldi Renaldo».

Y yo le dije: «Olvidaste el Thermopolis», y Grandmère me lanzó una mirada asesina. Se le da muy bien.

«No —replicó—. No olvidé el Thermopolis. —Entonces Grandmère se sentó a mi lado en otro sillón acolchado y dijo—: ¿Me estás diciendo que no quieres subir al trono que te corresponde por legítimo derecho?»

Uf, estaba agotada. «Grandmère, sabes tan bien como yo que no tengo esencia de princesa, ¿vale? Así que, ¿para qué perder más tiempo?»

Grandmère me miró bajo las líneas gemelas tatuadas en sus párpados. Intuía que quería asesinarme pero seguramente no daba con el modo de hacerlo sin manchar de sangre la moqueta rosa.

«Eres la heredera de la corona de Genovia —sentenció, con un tono de voz severo —. Y ocuparás el puesto de mi hijo en el trono cuando él muera. Así son las cosas. No hay otra opción.»

¡Vaya por Dios!

Así que más o menos solté: «Sí, vale, Grandmère. Mira, tengo muchos deberes. ¿Va a durar mucho más este asunto de la princesa?».

Grandmère agravó su mirada. «Durará —dijo— tanto como sea necesario. No me asusta sacrificar mi tiempo, ni tampoco sacrificarme yo, por el bien de mi país.»

¡Increíble! La conversación estaba adquiriendo un tono de lo más patriótico. «Hum —musité—. Está bien.»

Entonces la miré fijamente unos instantes, y ella a mí, y *Rommel* se tendió en el suelo entre ambas, pero lo hizo muy despacio, como si sus patas fueran demasiado delicadas para soportar su escaso kilo de peso, y luego Grandmère rompió el silencio: «Empezaremos mañana. Vendrás directamente de la escuela».

«Esto..., Grandmère, no puedo venir directamente de la escuela. He suspendido álgebra. Voy a sesiones de repaso todos los días al acabar las clases.»

«Pues entonces vendrás después de las sesiones de repaso, sin demora. Traerás un listado con las diez mujeres del mundo que más admiras y por qué. Eso es todo.»

Me quedé boquiabierta. *¿Deberes?* ¿También voy a tener que hacer *deberes?* ¡Nadie me había dicho nada de los deberes!

«Y cierra la boca —gruñó—. Es muy soez tener la mandíbula colgando de ese modo.»

Cerré la boca. ¿¿¿Deberes???

«Mañana vendrás con medias de nailon. No medias cortas ni calcetines hasta la rodilla. Ya eres demasiado mayor para llevar medias cortas y calcetines por la rodilla. Y también te pondrás los zapatos de la escuela, no deportivas de tenis. Te peinarás bien, te pintarás los labios y las uñas..., bueno, lo que queda de ellas. —Grandmère se puso en pie. Ni siquiera necesitó apoyarse en los brazos de la silla para hacerlo. Grandmère está ciertamente ágil para tener la edad que tiene—. Ahora debo arreglarme para la cena con el *sha.* Adiós.»

Me quedé sentada donde estaba. ¿Se había vuelto loca? ¿Había perdido la cabeza por completo? ¿Tenía la menor idea de lo que me estaba pidiendo?

Era evidente que sí, ya que instantes después Lars entró en la habitación y Grandmère y *Rommel* se marcharon.

¡Dios mío! ¡¡¡Deberes!!! Nadie me había dicho que tendría que hacer deberes.

Y eso no era lo peor. ¿Medias? ¿A la escuela? Las únicas chicas que van a clase con medias son como Lana Weinberger, las veteranas y gente así. Ya sabes: chicas a las que les gusta destacar. Ninguna de *mis* amigas lleva medias.

Y debo añadir que tampoco ninguna de mis amigas se pinta los labios ni las uñas ni va a la peluquería. Al menos, *no* para ir a la *escuela.*

Pero ¿qué alternativa tenía? Grandmère me había asustado, con esos párpados tatuados y lo demás. No podía *no* hacer lo que me había ordenado.

Así que lo que hice fue pedir a mamá que me prestara unas medias. Ella se las pone para asistir a las inauguraciones..., y también en sus citas con el señor Gianini, me he fijado. Las guardé en la mochila y las llevé a la escuela. No tenía uñas que pintar —según Lilly, estoy anclada en la fase oral; es decir, que me meto en la boca cualquier cosa que quepa en ella—, y también le cogí a mamá una de sus barras de labios. Y me puse un poco de espuma que encontré en el botiquín. Debió de funcionar, porque cuando Lilly entró en el coche esta mañana, dijo: «Vaya. ¿Dónde has recogido a esta chica de Jersey, Lars?».

Lo cual supongo que significa que mi peinado se parecía al que llevan las chicas de

Nueva Jersey cuando vienen a Manhattan con sus novios para compartir una cena romántica en Little Italy.

Entonces, al acabar la sesión con el señor G. después de clase, fui a los servicios de chicas y me puse las medias, el pintalabios y los mocasines, que, por cierto, me quedan pequeños y me aprietan mucho los dedos. Al mirarme en el espejo pensé que tampoco estaba tan mal y que Grandmère no tendría motivo de queja.

Me creía muy astuta por haber esperado al final de las clases para cambiarme. Suponía que siendo viernes por la tarde no quedaría nadie en los pasillos. ¿Quién querría quedarse en la escuela un viernes por la tarde?

Olvidé, claro está, el Club de Informática.

Todo el mundo se olvida del Club de Informática, hasta sus propios miembros. No tienen amigos, a excepción de los demás componentes del club, y nunca tienen citas (lo único que los diferencia de mí es que ellos no las tienen por voluntad propia: nadie en el Albert Einstein es suficientemente inteligente para ellos, salvo, claro está, los demás componentes del club).

En fin. El caso es que salí del servicio y choqué con el hermano de Lilly, Michael. Es el tesorero el Club de Informática, y suficientemente inteligente para ser presidente, pero él dice que no le interesa ser líder.

«Cielo santo, Thermopolis —exclamó, mientras yo recogía todo lo que se me había caído (las deportivas, los calcetines y lo demás) al chocar con él—. ¿Qué te ha pasado?»

Creí que se refería a qué estaba haciendo allí a esas horas. «Ya sabes que asisto a sesiones de repaso con el señor Gianini todos los días porque he suspendido álge...»

«Sí, *eso* ya lo sé. —Michael sostuvo en alto la barra de labios, que había salido disparada de la mochila—. Te estoy preguntando a qué se debe la pintura de guerra.»

Le arrebaté el pintalabios. «A nada. No se lo cuentes a Lilly.»

«Que no le cuente a Lilly ¿qué? —Me incorporé y él se fijó en las medias—. ¡Por Dios, Thermopolis! ¿Adonde vas?»

«A ningún sitio.» ¿Por qué me veo obligada a mentir constantemente? Deseé con todas mis fuerzas que se largara. Para colmo, un buen puñado de los estúpidos de sus amigos se habían acercado y se habían quedado allí, de pie, mirándome como si yo fuera un nuevo tipo de píxel o algo así. Me hacían sentir muy incómoda.

«Nadie va "a ningún sitio" con esa pinta. —Michael se cambió de mano el ordenador portátil y me miró, divertido—. Thermopolis, ¿tienes una cita?»

«*¿Qué?* ¡No! ¡No tengo ninguna cita! —Aquella idea me paralizó. ¿Una cita? *¿Yo?* ¡Sí, hombre!—. He quedado con mi abuela.»

Michael parecía incrédulo. «¿Y siempre que quedas con tu abuela te pintas los labios y te pones medias?»

Oí un carraspeo discreto y miré al otro extremo del pasillo. Lars me esperaba en el vestíbulo.

Supongo que podía haberme quedado para explicarle que mi abuela me había amenazado con maltratos físicos (bueno, casi) si no me maquillaba y me ponía medias. Pero pensé que no me creería, así que me limité a decirle: «Oye, no se lo cuentes a Lilly, ¿vale?».

Y eché a correr.

Sabía que no había nada que hacer. Era imposible que Michael no le explicara a su hermana que me había visto salir de los servicios de chicas por la tarde, después de clase, con los labios pintados y medias. Imposible.

Y Grandmère estuvo TERRIBLE. Dijo que con el color de labios que llevaba parecía un *poulet.* O al menos eso fue lo que creí oír, aunque no entendía por qué le recordaba a un pollo. Pero acabo de buscar *poulet* en el diccionario bilingüe, ¡y resulta que *poulet* también significa «prostituta»! ¡Mi abuela me había llamado ramera!

¡Dios mío! ¿Qué ha sido de las abuelas entrañables, que cocinan galletas para sus nietos y les dicen lo guapos y preciosos que son? Qué mala suerte la mía, tener una que se tatúa los párpados y me dice que parezco una ramera.

Y también dijo que el color de las medias era «incorrecto». ¿Cómo podía ser incorrecto? ¡Pero si eran de color «media»! ¡Luego, durante dos horas, me hizo practicar el modo adecuado de sentarme para no enseñar la entrepierna y, con ello, la ropa interior!

Estoy considerando llamar a Amnistía Internacional. Esto debe de estar estipulado como tortura.

Y cuando le pasé la redacción sobre las diez mujeres que más admiro, la leyó... ¡y la rompió en mil pedazos! ¡En serio!

No pude reprimir un grito. «Grandmère, ¿por qué has hecho eso?» Y ella contestó,

muy templada: «Esas no son las mujeres que debes admirar. Tendrías que admirar a mujeres *de verdad».*

Le pregunté a Grandmère a qué se refería al decir «mujeres de verdad», porque todas las mujeres de mi lista eran reales. Bueno, es probable que Madonna se haya hecho algunos retoques con cirugía plástica, pero sigue siendo «real».

Sin embargo, según Grandmère, mujeres reales fueron la princesa Grace y Coco Chanel. Le recordé que la princesa Diana estaba en la lista, y ¿sabes lo que dijo? Pues que, en su opinión, ¡la princesa Diana es una «ñoña»! Eso fue lo que la llamó: «ñoña».

Sólo que lo pronunció: «ññññioñia».

¡Por Dios!

Después de haber estado ensayando el estilo ideal de tomar asiento durante una hora, Grandmère me informó de que tenía que ir a bañarse, pues iba a cenar con algún primer ministro. Me ordenó volver al Plaza mañana como muy tarde a las diez... de la mañana. ¡A las diez de la mañana!

«Grandmère —le dije—. Mañana es sábado.»

«Lo sé.»

«Pero, Grandmère —insistí—. El sábado es el día que ayudo a Lilly a grabar su programa de televisión...»

Entonces Grandmère me preguntó qué era más importante, si el programa de Lilly o el bienestar del pueblo de Genovia, que, por si no lo sabes, suma 50000 habitantes.

Supongo que 50000 personas son más importantes que un episodio de *Lilly lo cuenta tal y como es.* Aun así, será arduo explicarle a Lilly por qué no estaré allí para sostener la cámara cuando se encuentre con el señor y la señora Ho, propietarios del Ho's Deli, situado enfrente del Albert Einstein, para interrogarles sobre su injusta política de precios. Lilly ha descubierto que el señor y la señora Ho aplican descuentos considerables para los alumnos asiáticos del Albert Einstein, pero ninguno en absoluto para los alumnos caucasianos, africanos, latinoamericanos, estadounidenses y árabes. Lilly lo descubrió ayer después del ensayo, cuando fue a comprar *gingco biloba,* y Ling Su, que iba delante de ella en la cola, compró lo mismo. Pero la señora Ho le cobró (a Lilly) *cinco centavos más* que a Ling Su por el mismo producto.

Y cuando Lilly se quejó, la señora Ho simuló no hablar inglés, aunque seguro que lo chapurrea, ya que, si no lo hiciera, ¿por qué iba a estar el mini televisor que tiene

detrás del mostrador siempre encendido cuando emiten *La juez Judy?*

Lilly ha decidido grabar a escondidas a los Ho para recabar pruebas de su tratamiento flagrantemente preferencial hacia los alumnos de origen asiático. También organizará un boicot general de toda la escuela al Ho's Deli.

El caso es que creo que Lilly está haciendo una montaña de un grano de arena por cinco centavos. Pero Lilly dice que *esa* precisamente es la cuestión, y que si la gente hubiera reaccionado en masa cuando los nazis destrozaron los escaparates de los comercios de judíos en Kristalnacht, quizá no hubieran acabado metiendo a tanta gente en hornos.

No sé. Los Ho no son exactamente nazis. Son muy cariñosos con el gato que han cuidado y adiestrado desde pequeño para dar caza a las ratas que merodean por el mostrador de las ensaladas, cerca de las alitas de pollo.

Quizá en el fondo no me pese tanto perderme el rodaje de mañana.

Pero sí me pesa que Grandmère rompiera mi lista de las diez mujeres que más admiro. A mí me parecía *buena.* Al llegar a casa, he vuelto a imprimirla porque me puso furiosa que la rompiera de aquella manera. La copiaré en este libro.

Después de revisar a fondo el Compromiso Renaldo-Thermopolis, no he visto *nada* referente a las lecciones de princesa. Hay que hacer algo al respecto. Llevo toda la noche dejándole mensajes a papá, pero no contesta. ¿Dónde estará?

Lilly tampoco está en casa. Maya me ha dicho que los Moscovitz han ido a cenar juntos a Great Shanghai, a fin de comprenderse todos mejor como seres humanos.

Ojalá Lilly se apresurara en volver a casa y me llamara. No creo que piense que estoy en contra de su investigación rompedora del Ho's Deli. Quiero explicarle que la razón por la que no podré acompañarla es que tengo que pasar el día con mi abuela.

Detesto mi vida.



Las diez mujeres que más admiro del mundo entero

por Mia Thermopolis

Madonna. *Madonna Ciccone revolucionó el mundo de la moda con su concepto iconoclasta del estilo, ofendiendo en ocasiones a personas no demasiado tolerantes ni progresistas —por ejemplo, poniéndose unos pendientes en forma de cruz con piedras preciosas falsas engastadas, que hicieron que muchos grupos cristianos prohibieran sus compactos— o que no tienen sentido del humor —como los directivos de Pepsi, a quienes no les gustaba que bailara frente a cruces en llamas—. Y todo eso fue posible porque a ella no le daba miedo hacer que individuos como el Papa convirtieran a Madonna en una de las artistas más ricas del mundo, lo cual allanó el camino a otras artistas debutantes, demostrándoles que es posible ser «sexy» en el escenario e inteligente fuera de él.*

Princesa Diana. *Aunque ya ha muerto, la princesa Diana es una de mis mujeres favoritas. Ella también revolucionó el mundo de la moda negándose a llevar los horrendos sombreros clásicos que su madrastra la obligaba a ponerse, eligiendo en cambio los de Halston y Bill Blass. También visitó a una infinidad de enfermos de verdad, aunque nadie la obligara a hacerlo, y algunas personas, como su marido, incluso llegaron a burlarse de ella. La noche en que la princesa Diana murió, desenchufé el televisor y dije que nunca volvería a encenderlo, ya que los medios de comunicación eran responsables de su muerte. Pero a la mañana siguiente me arrepentí por no poder ver* Japanese Anime *en el canal Sci—Fi, porque al desenchufar el televisor estropeé la caja de conexión al sistema de cable.*

Hillary Rodham Clinton. *Hillary Rodham Clinton reconoció abiertamente que sus*

gruesos tobillos deterioraban su imagen como política seria, por lo que empezó a llevar pantalones. Además, aunque todo el mundo hablaba mal de ella por no abandonar a su marido, que había mantenido relaciones sexuales con otras mujeres a sus espaldas, ella actuó como si no hubiera pasado nada y siguió gobernando el país, como lo había hecho hasta entonces; así es como un presidente debería comportarse.

***Picabo Street.** Ganó un montón de medallas de oro en esquí, gracias a que entrenó como una loca y nunca se rindió, ni siquiera cuando se estrellaba contra las vallas y otras cosas. Además, ella eligió su nombre, algo que me parece genial.*

***Leola Mae Harmon.** Vi una película en el canal Lifetime que relataba su vida. Leola fue una enfermera de las fuerzas aéreas que un día sufrió un accidente de tráfico grave que le destrozó la parte inferior de la cara. Pero entonces Armand Assante, un cirujano plástico, le dijo que se la arreglaría. Leola tuvo que someterse a largas y dolorosas horas de cirugía reconstructiva, durante las cuales su marido la dejó porque ella ya no tenía labios (me parece que esa es la razón por la que la película se titula:* ¿Por qué yo?,). *Armand Assante dijo que le reconstruiría los labios, pero a los otros médicos de las fuerzas aéreas no les parecía bien que pretendiera hacérselos con piel de la vagina de Leola. Aun así, lo hizo, y después él y Leola se casaron y trabajaron juntos para ayudar a que otras víctimas de accidentes tuvieran unos labios de vagina nuevos. Y lo más interesante es que, al parecer, todo está basado en una historia* real.

***Juana de Arco.** Juana de Arco —o Jeanne d'Arc, como la llaman en Francia— vivió más o menos en el siglo XII y un día, cuando tenía mi edad, oyó la voz de un ángel que la instaba a tomar las armas e ir a ayudar al Ejército francés en su lucha contra el inglés (los franceses y los ingleses siempre han estado en guerra, hasta que los nazis atacaron y entonces dijeron:* «Zut alors! *¿Podéis ayudarnos?», y los ingleses tuvieron que ir a intentar salvar sus culos perezosos, aunque ningún francés ha mostrado jamás la gratitud que los otros merecían, como queda patente en el precario estado de sus carreteras —véase muerte de la princesa Diana, anteriormente—). El caso es que Juana se cortó el pelo y se enfundó una armadura, igual que Muían en la película de Disney, se puso al frente del Ejército francés y lo llevó a la victoria en numerosas películas. Pero entonces, típico de los políticos, el Gobierno francés pensó que Juana tenía demasiado poder, la acusaron de brujería y la quemaron en una hoguera, atada a un poste. Y, a diferencia de Lilly, NO creo que Juana sufriera un brote adolescente de esquizofrenia. Yo creo que los ángeles le hablaron DE VERDAD. Ninguno de los esquizofrénicos de nuestra escuela ha oído voces que los insten a hacer cosas geniales como alzar en armas a un país. Todo lo que las voces*

que oyó Brandon Hertzenbaum le dijeron que hiciera fue ir a los servicios de chicos y grabar la palabra Satán *en la puerta con un transportador de dibujo. Está clarísimo.*

Christy. *Christy no es una persona real. Es la heroína de ficción de mi libro favorito, que se titula* Christy, *de Catherine Marshall. Christy es una chica que, a finales de siglo, se va a Smokey Mountains para dar clases, porque se cree capaz de mejorar la situación que vive el lugar, y todos los chicos macizos de la escuela se enamoran de ella, y ella descubre a Dios y las fiebres tifoideas y cosas así. El problema es que no puedo decirle a nadie, y menos a Lilly, que éste es mi libro favorito, porque es un poco sensiblero y religioso, y además en él no salen naves espaciales ni asesinos en serie.*

La agente de policía que un dia vi *poniendo una multa a un camionero por pitar a una mujer que cruzaba la calle (ella llevaba una falda más bien corta). La agente le dijo al camionero que se encontraba en una zona en la que no estaba permitido tocar la bocina y, cuando él empezó a quejarse, ella le puso otra multa por llevar la contraria a un representante de la ley.*

Lilly Moscovitz. *Lilly Moscovitz en realidad no es una mujer, todavía, pero es alguien a quien admiro mucho. Es muy, muy inteligente pero, a diferencia de las personas muy inteligentes, no alardea de ello todo el tiempo ni me restriega por la cara el hecho de ser mucho más inteligente que yo. Bueno, o no lo hace muy a menudo. A Lilly siempre se le ocurren cosas divertidas para hacer juntas, como ir a Barnes & Noble y filmarme a escondidas preguntándole a la doctora Laura, que aquel día firmaba libros, cómo era posible que, siendo tan lista y culta, se hubiera divorciado, y emitir luego la grabación en su programa de televisión (el de Lilly), incluyendo el momento en el que nos echaron y nos prohibieron volver a entrar en el Union Square Barnes & Noble. Lilly es mi mejor amiga y siempre se lo contaré todo, salvo que soy una princesa, porque no creo que llegara a entenderlo.*

Helen Thermopolis. *Helen Thermopolis, además de ser mi madre, es una brillante artista que recientemente ha salido en la revista* Art in America *como una de las pintoras más importantes del nuevo milenio. Su cuadro titulado* Mujer esperando la cuenta en el Grand Union *ganó un premio nacional muy importante y se vendió por 140 000 dólares, de los que mi madre sólo obtuvo una pequeña parte, ya que el 15% fue destinado a su galería y la mitad de lo que sobraba correspondía a impuestos, lo cual es un fastidio, la*

verdad. Sin embargo, pese a ser una artista de tanto renombre, mi madre siempre tiene tiempo para mí. Y también la respeto porque tiene unos principios muy sólidos: dice que nunca impondría sus creencias a los demás y que agradecería que los demás hicieran lo propio con ella.

¿Puedes creer que Grandmère rompiera esto? Estoy segura de que éste es el tipo de trabajo que podría poner de rodillas a todo un país.



Sábado, 11 de octubre, 9.30 h de la mañana

Yo tenía razón: Lilly cree que el motivo por el que hoy no participaré en el rodaje es que me opongo al boicot a los Ho.

Le he dicho que no es cierto, que tengo que pasar el día con mi abuela. Pero ¿lo adivinas? No me ha creído. ¡Por una vez que digo la verdad, va ella y no me cree!

Lilly dice que si realmente quisiera librarme de pasar el día con Grandmère, podría hacerlo, pero que como soy tan dependiente, no sé decir «no» a nadie, lo cual ni siquiera tiene lógica, puesto que es evidente que *a ella* le estoy diciendo «no». Sin embargo, cuando se lo he hecho notar a Lilly, ella se ha puesto todavía más furiosa. No puedo decir no a mi abuela, porque tiene como sesenta y cinco años y se morirá pronto, si es que en el mundo aún hay justicia.

«Además, no conoces a mi abuela —he insistido—. Nadie le dice "no" a mi abuela.»

Y entonces Lilly me ha soltado: «No, no conozco a tu abuela, ¿verdad, Mia? ¿No te parece curioso, teniendo en cuenta que tú conoces a todos *mis* abuelos [los Moscovitz me invitan todos los años a la cena de la Pascua judía] y yo todavía no he conocido a ninguno de los *tuyos?*».

Bueno, por supuesto la causa de *eso* es que los padres de mi madre son granjeros genuinos que viven en un lugar llamado Versailles, en Indiana, aunque ellos lo pronuncian «Versales». A los padres de mi madre les da «miedo» venir a Nueva York porque dicen que aquí hay muchos *tranjerus* —se refieren a los extranjeros—, y todo lo que no es autóctono, es decir, estadounidense al ciento por ciento los asusta, una de las razones por las que mamá se fue de casa a los dieciocho años y sólo ha vuelto dos veces, siempre conmigo. Te diré que Versailles es una ciudad muy, muy pequeña. Es tan pequeña que en la puerta del banco hay un letrero que dice: «SI EL

BANCO ESTÁ CERRADO, PASE EL DINERO POR DEBAJO DE LA PUERTA. GRACIAS». Ahora tampoco miento. Hice una foto al cartel y la traje para enseñársela a todo el mundo, porque sabía que nadie me creería. La tenemos puesta en la puerta de la nevera.

En fin. El caso es que el abuelo y la abuela Thermopolis no salen mucho de Indiana.

Y la razón por la que nunca le he presentado a Grandmère Renaldo a Lilly es que Grandmère Renaldo odia a los niños. Y no puedo presentársela porque entonces Lilly descubriría que soy la princesa de Genovia, y puedes apostar a que *eso* se convertiría en la historia de nunca acabar. Probablemente querría entrevistarme o algo así para su programa. Y sólo me faltaba eso: mi nombre y mi imagen bombardeando el canal Manhattan Public Access.

Le estaba explicando todo esto a Lilly —que tenía que quedar con mi abuela, no que soy una princesa, por supuesto— y mientras hablaba, oía su respiración en el teléfono, esa especie de jadeos que suelta cuando está muy enfadada, y al final me ha espetado: «Vale, pues entonces ven más tarde y ayúdame a editar el material», y ha colgado.

¡Uf!

Bueno, al menos Michael no le ha contado lo del pintalabios y las medias. *Eso* sí que la habría sacado de sus casillas. Entonces sí que no hubiera creído que he quedado con mi abuela. Vamos, imposible.

Todo esto ha pasado alrededor de las nueve y media, mientras me preparaba para ir a ver a Grandmère. Ayer, Grandmère me dijo que hoy no me maquillara ni me pusiera medias. Dijo que podía ponerme lo que quisiera. Así que me he puesto un mono. Sé que odia los monos, pero, ¡ah!, dijo lo que yo quisiera, ji, ji, ji.

¡Vaya! Tengo que dejarte. Lars acaba de aparcar enfrente del Plaza. Ya hemos llegado.



Sábado, 11 de octubre

Nunca podré volver a la escuela. Nunca podré volver a ir a *ningún* sitio. Nunca más saldré de este apartamento, jamás de los jamases.

No vas a creer lo que me ha hecho. Ni siquiera *yo* puedo creer lo que me ha hecho. No puedo creer que mi padre *le permita* hacerme esto.

Pero me las pagará. Pagará por esto, y pagará CON CRECES. En cuanto llegué a casa (justo después de que mi madre dijera: «¡Vaya, Rosemary! ¿Dónde tienes el bebé?», refiriéndose al peinado de Mia Farrow en la película de Polansky *Rosemary's Baby,* lo que supongo que era una broma por mi nueva imagen, pero una broma sin NINGUNA gracia), fui directa a él y le solté: «Me las pagarás. Te juro que me las pagarás».

¿Quién dice que tengo miedo a la confrontación?

Él intentó escabullirse: «¿A qué te refieres? Mia, a mí me parece que estás muy guapa. No hagas caso a tu madre, ¡qué sabrá ella! A mí me gusta tu peinado. Es tan... corto».

¡Uy! Pues no entiendo por qué... Quizá porque su madre nos recibió a Lars y a mí en el vestíbulo inmediatamente después de dejar el coche en manos de los muchachos del hotel para que lo aparcaran, y señaló en el acto a la puerta. Volvió a hacerlo y dijo: «*On y va*», que significa: «Vamos».

«Vamos ¿adonde?», pregunté, inocente (eso fue esta mañana, acuérdate, cuando aún eras inocente).

«*Chez Paolo*», contestó Grandmère. *Chez Paolo* significa «a casa de Paolo», por lo que imaginé que íbamos a visitar a uno de sus amigos, quizá para almorzar con él, y la perspectiva de hacer «trabajo de campo» me pareció genial. Por un momento

pensé que al fin y al cabo era probable que las lecciones de princesa no fueran tan horribles.

Pero cuando llegamos al lugar en cuestión, vi que Chez Paolo no era en absoluto una casa. Al principio no acertaba a adivinar qué era. Parecía un hospital, pequeño y extravagante de la elegancia que rebosaba, con cristales cromados y arbolitos de estilo japonés por todas partes. Entramos y un montón de jóvenes que correteaban de un lado a otro, todos vestidos de negro, parecieron emocionarse al ver a mi abuela y nos acompañaron a una salita llena de sillones y revistas. Entonces supuse que Grandmère tenía previsto someterme a algún tipo de cirugía plástica, y como yo más bien estoy en contra de la cirugía plástica —excepto en casos como el de Leola Mae, que necesitaba unos labios nuevos—, pensé que así al menos me la quitaría de encima un rato.

¡No podía estar más equivocada! Paolo no es médico. ¡Dudo incluso de que haya estudiado en la universidad! ¡Paolo es *estilista*! Peor aún: ¡«estiliza» a los *demás!* En serio. Coge a gente anticuada y desaliñada, como yo, y la estiliza... *¡para ganarse la vida!* ¡Y Grandmère quería dejarme en sus manos! ¡¡¡A MÍ!!! Como si no fuera suficiente desgracia ser plana, ¿encima tiene que decírselo a un tipo llamado *Paolo?*

Además, ¿qué clase de nombre es *Paolo?* ¡Por el amor de Dios! ¡Esto es América! ¡¡¡TE LLAMAS PAUL!!!

Eso es lo que quería gritarle. Pero, obviamente, no pude hacerlo. La verdad es que Paolo no tenía la culpa de que mi abuela me hubiera arrastrado allí. Y, tal y como él me hizo saber, me había hecho un hueco en su increíblemente apretada agenda sólo porque Grandmère le había dicho que se trataba de una emergencia.

¡Jesús, qué vergüenza! Soy una emergencia estilística.

El caso es que estaba muy cabreada con Grandmère pero no podía ponerme a gritar allí, delante de Paolo. Ella también lo sabía. Se quedó apoltronada en el sillón de terciopelo, acariciando a Rommel, que se había sentado en su regazo con las patas cruzadas —incluso a su perro le ha enseñado a sentarse como una dama, y eso que es macho—, bebiendo a sorbos un Sidecar que había hecho prepararle a alguien y leyendo el *W.*

Mientras tanto, Paolo sujetaba mechones de mi pelo, con una mueca de desagrado, y dijo, en tono triste: «Esto, fuera. *Todo* esto tiene que ir fuera».

Y se fue. Todo. Bueno, casi todo. Todavía conservo el flequillo y otra especie de fleco detrás.

¿Te había dicho que ya no tengo el pelo del color del agua de fregar? No. Ahora lo tengo rubio añejo.

Y Paolo no se detuvo ahí, no. ¡Qué va! Ahora también tengo uñas. En serio. Por primera vez en mi vida, tengo uñas. Son artificiales, claro está, pero tengo uñas. Y, al parecer, las seguiré teniendo durante bastante tiempo: he intentado arrancarme una y DUELE. ¿Qué tipo de pegamento secreto reservado para astronautas habrá utilizado esa manicura?

Supongo que te preguntarás por qué, si no quiero que me corten el pelo ni me pongan uñas falsas sobre las mías, pequeñas y redondas, les permití hacérmelo.

Yo también me lo pregunto. Sé que tengo miedo a la confrontación, así que no iba a tirar la limonada y gritar: «¡Basta ya! ¡Dejad de manosearme ahora mismo!». ¡Es que me dieron una limonada! ¿Te imaginas? En la International House of Hair, en la Sexta Avenida, donde solemos ir mamá y yo, no dan limonadas, aunque sólo cobran 9,99 dólares por cortar y secar.

Y, cuando tienes alrededor un montón de gente moderna diciéndote lo bien que te quedaría *esto* y cómo *aquello* resaltaría tus mejillas, resulta bastante difícil recordar que eres feminista y ecologista, y que no crees en el uso del maquillaje ni en productos químicos que podrían resultar perjudiciales para la Tierra. O sea, que no quería herir sus sentimientos, ni montar una escenita, ni nada por el estilo.

No paraba de decirme que ella estaba haciendo todo eso porque me quiere. Me refiero a mi abuela. Sé que es muy probable que no lo estuviera haciendo por esa razón —no creo que Grandmère me quiera mucho más de lo que yo la quiero a ella —, pero, aun así, seguí repitiéndomelo.

Me lo dije al salir de Chez Paolo e ir a Bergdorf Goddman, donde Grandmère me compró cuatro pares de zapatos que costaron casi tanto como la operación para extraer el calcetín de los intestinos de *Fat Louie.* Me lo dije después de que me comprara un montón de ropa que nunca me pondré. Insistí en que jamás me la pondría, pero ella se limitó a hacerme un gesto desdeñoso con la mano, como diciendo: «Sigue, sigue... Todo lo que explicas es muy divertido».

En fin, preferí no llevarle la contraria. No me dejaron un solo centímetro del cuerpo sin apretar, cortar, limar, pintar, descamar, secar o hidratar. Incluso tengo uñas.

Sin embargo, no estoy contenta. No estoy nada contenta. Grandmère lo está. Grandmère está entusiasmada con mi nuevo aspecto. Porque ya no me parezco en nada a Mia Thermopolis. Mia Thermopolis nunca había tenido uñas. Mia

Thermopolis nunca había llevado mechas rubias. Mia Thermopolis nunca se había maquillado ni había llevado zapatos Gucci, ni faldas Chanel, ni sujetadores Christian Dior, que, por cierto, no fabrica la talla 75, que es la mía. Ya no sé ni quién soy ahora. Lo único que sé es que ya no soy Mia Thermopolis.

Me está convirtiendo en otra persona.

Por eso, me quedé de pie delante de mi padre, como un bastoncillo para los oídos humano con mi nuevo peinado, y se lo solté: «Primero, me obliga a hacer deberes. Luego los rompe en mil pedazos. Luego me da lecciones para sentarme correctamente. Luego me lleva a que me tiñan el pelo y me lo corten a hachazos; hace que alguien me pegue tablas de surf diminutas en las uñas; me compra zapatos que cuestan más que la intervención quirúrgica de un animal, y ropa que me hace parecerme a Vicky, la hija del capitán en aquella serie de los setenta, *Vacaciones en el mar.* Pues bien, papá. Lo siento, pero yo no soy Vicky y nunca lo seré, por mucho que Grandmère se empeñe en disfrazarme como ella. No voy a sacar buenas notas en la escuela. No voy a ser superencantadora con todo el mundo todo el rato. No voy a tener romances a bordo. Esa es Vicky. ¡No soy yo!»

Mi madre salió de su dormitorio acabando de retocarse para su cita cuando grité todo esto. Llevaba un conjunto nuevo que consistía en una falda de estilo español, de diferentes colores, y una blusa con cuello de barca. La melena le cubría los hombros.

Estaba guapísima. De hecho, mi padre fue directo al mueble bar en cuanto la vio.

«Mia —dijo mi madre, ajustándose un pendiente—, nadie te pide que seas Vicky, la hija del capitán.»

«¡Grandmère sí!»

«Tu abuela sólo intenta prepararte, Mia.»

«¿Prepararme para qué? Sabes que no puedo ir a la escuela con esta pinta», grité.

Mamá me miró, desconcertada. «¿Por qué no?»

¡Dios mío! ¿Por qué yo?

«¡Porque —contesté, armándome de paciencia— no quiero que nadie se entere de que soy la princesa de Genovia!»

Mamá agitó la cabeza. «Mia, cielo, de todos modos, algún día se enterarán.»

No entiendo por qué. Veamos, ya he pensado en eso y lo tengo solucionado: sólo

seré princesa en Genovia, y como las probabilidades de que alguno de mis compañeros de escuela vayan a Genovia son nulas, aquí nadie se enterará nunca, así que estoy a salvo de que me etiqueten de bicho raro, como le ha pasado a Tina Hakim Baba. Bueno, al menos no el tipo de bicho raro que llega a la escuela en limusina todos los días, acompañada por un chófer y seguida de varios guardaespaldas.

«Vale — replicó mi madre, después de argumentarle todo esto—. ¿Y si se publica en la prensa?»

«¿Por que iba a publicarse en la prensa?»

Mamá miró a papá. Papá desvió la mirada y tomó un sorbo de su bebida.

Y no creerás lo que hizo a continuación. Dejó el vaso sobre la mesa, se llevó la mano a un bolsillo de los pantalones, sacó su cartera de marca Prada, la abrió y preguntó: «¿Cuánto?».

Me quedé atónita. Y mi madre también.

«Phillipe», exclamó ella, pero papá continuó mirándome.

«Lo digo en serio, Helen —repuso él—. Por lo visto, el compromiso que acordamos no está llevándonos a ninguna parte. La única solución en estos casos es el dinero contante y sonante. ¿Y bien? ¿Cuánto tengo que pagarte, Mia, para que permitas que tu abuela te convierta en una princesa?»

«¿Es eso lo que está haciendo? —grité, subiendo aún más el tono de voz—. Pues bien, si se trata de eso, lo está haciendo fatal. Nunca he visto a una princesa con el pelo tan corto, o con los pies tan grandes como los míos, ¡y para colmo, plana!»

Papá consultó su reloj. Supongo que tenía algún compromiso. Apuesto a que se trataba de otra «entrevista» con aquella locutora del *ABC News.*

«Considera como un trabajo —añadió— este aprendizaje de cómo llegar a ser una princesa. Te pagaré un sueldo. ¿Cuánto quieres cobrar?»

Empecé a replicarle, chillando cada vez con mayor fuerza, que tenía que preservar mi integridad personal y que me negaba a vender mi alma por el bien ajeno y otras cosas. Cosas que rescaté de antiguos recuerdos de mi madre. Creo que ella se sintió identificada con mis argumentos, pues se escabulló furtivamente con la excusa de que debía acabar de arreglarse para su cita con el señor G. Mi padre le lanzó una mirada asesina —se le da casi tan bien como a Grandmère—, suspiró y dijo: «Mia, donaré cien dólares diarios, en tu nombre, a... ¿quién era? Ah, ya, Greenpeace, para

que puedan salvar todas las ballenas que quieran, si complaces a mi madre dejándola que te enseñe a ser una princesa».

Bueno.

Eso ya es muy diferente. Otra cosa sería que me pagara por dejarme teñir el pelo. Pero... ¿donar cien dólares diarios a Greenpeace? ¡Eso suman 365000 dólares al año! ¡En mi nombre! Así Greenpeace tendrá que contratarme cuando me gradúe. ¡Por entonces prácticamente habré donado un millón de dólares!

Espera, quizá sólo sean 36500. ¡¿Dónde habré metido la calculadora?!



Sábado, más tarde

No sé quién se cree que es Lilly Moscovitz, pero sí tengo claro quién no es: mi amiga. No me parece que nadie que se considere mi amiga deba comportarse de un modo tan miserable como lo ha hecho Lilly conmigo esta noche. No doy crédito. ¡Y todo por mi *pelo*!

Supongo que podría comprender que Lilly estuviera furiosa conmigo por algo importante, como faltar a la grabación del capítulo dedicado a los Ho. Sé que soy la principal operadora de cámara de *Lilly lo cuenta tal y como es.* También me encargo de las funciones de refuerzo. Cuando yo no estoy, Shameeka, además del suyo, tiene que hacer también mi trabajo, y Shameeka ya es productora ejecutiva y encargada de buscar localizaciones.

Así que supongo que intuía que Lilly estaba un poco resentida por mi ausencia en la grabación de hoy. Para ella, el *Ho-Gate* —así es como lo llama— es la historia más importante que se ha traído entre manos hasta ahora. A mí me parece bastante estúpido, la verdad. Al fin y al cabo, ¿a quién le importan cinco centavos? Pero Lilly lo veía en plan: «Vamos a acabar con la espiral ascendente de racismo desenfrenado que ha tenido lugar en los *delis* de los cinco distritos». Ya sabes, el de los Ho no es el único; los *delis* son esos locales donde, además de vender embutido y refrescos, también hacen bocadillos al gusto.

En fin. Yo sólo sé que he ido al apartamento de los Moscovitz esta noche, y Lilly, al ver mi nuevo peinado, ha soltado: «¡Oh, Dios mío! ¿Qué te ha pasado?». Como si hubiera llegado con la cara congelada y la nariz se me hubiera puesto negra y se me hubiera caído un trozo, igual que esos que escalan el Everest.

Bueno, sabía que la gente se iba a quedar de piedra cuando me viera con el nuevo corte de pelo. Me lo ha lavado antes de ir y me he quitado la espuma y la gomina. También me he quitado el maquillaje con que Paolo me había embadurnado y me he

puesto el mono y las deportivas (la fórmula cuadrática apenas se aprecia ya). Estaba segura de que, salvo por el pelo, tenía un aspecto bastante normal. De hecho, en cierto modo creía que incluso tenía un aspecto casi aceptable..., para mí, claro está.

Sin embargo, creo que Lilly no opinaba lo mismo.

He intentado disimular y restarle importancia, aunque tampoco tiene tanta, todo sea dicho. No era como si me hubieran implantado silicona en el pecho o algo parecido.

«Ya —he dicho, quitándome el abrigo—. Es que mi abuela me hizo ir a ver a un tipo, Paolo, que...»

Pero Lilly no me ha dejado acabar. Estaba paralizada y me ha espetado: «Tu pelo tiene el mismo color que el de Lana Weinberger».

«Sí —he admitido—. Ya lo sé.»

«¿Y qué llevas en los *dedos"?* ¿Son uñas postizas? ¡Lana también las lleva! —Me miraba con los ojos desorbitados—. ¡Oh, por Dios, Mia! ¡Te estás convirtiendo en Lana Weinberger!»

La verdad, eso me ha dolido. Primero, *no* me estoy convirtiendo en Lana Weinberger. Segundo, aunque lo estuviera haciendo, Lilly es de las que no paran de decir lo estúpida que es la gente por no darse cuenta de que la apariencia externa no tiene la menor importancia, que lo que importa es lo que se lleva en el interior.

De pie, en el recibidor de los Moscovitz —todo de mármol negro, por cierto—, con *Pavlov* saltando a mi alrededor y encaramándose a mis piernas porque, al parecer, se alegraba mucho de verme, he intentado explicarle: «No he sido yo. Ha sido mi abuela. Ella me obligó...».

«¿Qué quieres decir con que te obligó? —Lilly tenía una expresión iracunda en el rostro. La misma que luce cada año cuando nuestro profesor de educación física nos dice que tenemos que correr alrededor del estanque de Central Park para la Prueba Presidencial de Aptitud Física. A Lilly no le gusta correr en ninguna parte, pero aún menos alrededor del estanque de Central Park (es enorme)—. ¿Pero tú qué eres? —ha querido saber—. ¿Pasiva total? ¿Muda o algo parecido? ¿Incapaz de pronunciar la palabra «no»? Mia, ya sabes que tenemos que desarrollar tu asertividad. Pareces tener serios problemas con tu abuela. Me refiero a que a mí no te cuesta nada decirme «no». Hoy me hubiera ido muy bien tu ayuda en la grabación del capítulo de los Ho, pero me has dejado tirada. Sin embargo, te ha resultado bien fácil dejar que tu abuela te cortara el pelo y te lo tiñera de amarillo...»

Vale, me había pasado todo el día oyendo que estoy horrible..., al menos, hasta que Paolo me ha cogido y me ha convertido en la doble de Lana Weinberger, y ahora además tenía que oír que también tengo trastornada la personalidad.

No podía más, y he estallado: «Lilly, *cállate*».

Es la primera vez que mando callar a Lilly. Nunca antes lo había hecho. Nunca. En realidad, creo que nunca había mandado callar a nadie. Sencillamente, es algo que no hago. No sé qué me ha pasado, de verdad. Quizá han sido las uñas. También es la primera vez que tengo uñas. No sé, me hacen sentir extraña. Pero... ¿por qué Lilly tiene que decirme *siempre* lo que debo hacer?

Por desgracia, justo en el instante que le decía a Lilly que se callara, ha aparecido Michael, con un cuenco de cereales vacío y sin camisa.

«¡Vaya!», ha exclamado, retrocediendo un paso. No estoy segura de si ha dicho «vaya» y ha retrocedido un paso por mis palabras o por mi pinta.

«¿QUÉ? —ha preguntado Lilly—. ¿*Qué* acabas de decirme?»

Me ha mirado más furiosa que *nunca.*

Quería rectificar, pero no lo he hecho, porque sabía que ella estaba en lo cierto: tengo problemas de asertividad.

Así que, en lugar de rectificar, he dicho: «Estoy cansada de que no pares de humillarme. Mi madre y mi padre y mi abuela y mis profesores se pasan el día diciéndome lo que tengo que hacer. No necesito que mis amigos también decidan por mí».

«¡Vaya!», ha repetido Michael. Esta vez sé que lo ha hecho por mis palabras.

«¿Qué —ha preguntado Lilly, con los ojos entornados— *problema* tienes?»

Y yo le he espetado: «¿Sabes qué? Que no soy yo quien tiene un problema, sino tú. Al parecer, tienes un problema serio conmigo. Bueno, pues ¿sabes qué? Voy a resolvértelo. Me voy. En realidad no me apetecía un rábano ayudarte en la estúpida historia del *Ho-Gate.* Los Ho son buenas personas. No han hecho nada malo. No sé por qué tienes que fastidiarlos así. Y... —he proseguido, mientras abría la puerta— mi pelo *no* es amarillo».

Y me he ido. Y también he cerrado de un portazo, creo. Mientras esperaba el ascensor, he pensado que quizá Lilly saldría y se disculparía.

Pero no lo ha hecho.

He venido directamente a casa, me he bañado y me he metido en la cama con el mando a distancia y con *Fat Louie,* el único ser vivo a quien le gusto en estos momentos. Creía que Lilly llamaría para disculparse, pero de momento no lo ha hecho.

Pues yo no pienso pedirle perdón hasta que ella lo haga.

Y ¿sabes qué? Hace un minuto me he mirado al espejo y mi peinado no está tan mal.



Pasada la medianoche, domingo, 12 de octubre

Todavía no ha llamado.



Domingo, 12 de octubre

¡Oh, Dios mío! ¡Estoy tan avergonzada! Ojalá pudiera desaparecer. No vas a creer lo que acaba de ocurrir.

He salido de mi habitación para desayunar... ¡y me he encontrado a mamá y al señor Gianini sentados a la mesa comiendo panqueques!

¡¡¡Y el señor Gianini iba en camiseta y calzoncillos!!! ¡¡¡Y mamá iba en bata!!! Al verme, se han atragantado con el zumo de naranja, y luego mamá ha dicho: «Mia, ¿qué haces aquí? Creía que habías pasado la noche en casa de Lilly».

Ojalá lo hubiera hecho. Ojalá anoche hubiera optado por ser asertiva. Habría podido quedarme en casa de los Moscovitz y no haber visto nunca al señor Gianini en calzoncillos. Podría haber llevado una vida satisfactoria y feliz sin haber visto *eso* jamás.

Por no hablar de que él también me ha visto a mí con el pijama rojo de franela.

¿Cómo voy a volver a asistir a las sesiones de repaso?

Esto es horrible. Ojalá pudiera llamar a Lilly, pero me parece que estamos enfadadas.



Domingo, más tarde

Ah, muy bien. Según mamá, que vino hace un rato a mi habitación, el señor Gianini ha pasado la noche en el futón porque un tren descarriló en la línea que habitualmente toma para regresar a su apartamento en Brooklyn, y el servicio iba a quedar interrumpido durante horas, por lo que ella le ofreció quedarse en casa.

Si Lilly todavía fuera mi amiga, es muy probable que dijera que mi madre me ha mentido para compensar el hecho de haber traumatizado mi percepción de ella como un ser estrictamente maternal y, por consiguiente, asexuado. Eso es lo que Lilly dice siempre que la madre de alguien lleva a un hombre a casa a pasar la noche y miente al respecto.

Sin embargo, yo prefiero creer a mamá. La única forma de aprobar álgebra es creer la mentira de mamá, porque ya no podría volver a sentarme y concentrarme en los polinomios sabiendo que el tipo que tengo enfrente no sólo ha metido su lengua en la boca de mi madre sino que además seguramente la ha visto desnuda.

¿Por qué siguen ocurriéndome estas desgracias? Creo que ya va siendo hora de que me suceda algo bueno, para variar un poco.

Después de venir mamá y mentirme, me vestí y fui a la cocina para prepararme el desayuno. No me quedaba más remedio, ya que mamá no iba a llevármelo a mi habitación, tal y como le pedí. En realidad, lo que ella replicó fue: «¿Pero quién te crees que eres? ¿La princesa de Genovia?».

Lo que supongo que a ella le parece tronchantemente divertido, aunque no tiene la menor gracia.

Cuando salí de mi habitación, el señor Gianini ya se había vestido. Intentaba bromear con lo ocurrido, claro que supongo que era lo único que se podía hacer con

lo ocurrido.

Al principio, no me apetecía nada seguirle la broma. Pero entonces el señor Gianini empezó a fabular sobre el aspecto que tendrían ciertas personas del Albert Einstein en pijama. Como la directora Gupta. El señor G. cree que la directora Gupta seguramente duerme con una camiseta de fútbol y con los pantalones de chándal de su marido. Yo aposté a que la señorita Hill lleva un salto de cama de esos tan horteras, con plumas y demás. Pero el señor G. dijo que, en su opinión, a la señorita Hill le va más la franela que las plumas. Me pregunto cómo lo sabrá. ¿Habrá salido también con la señorita Hill? Para un tipo de lo más aburrido con tantos bolígrafos en el bolsillo de la camisa, la verdad es que tiene bastante éxito.

Después de desayunar, mamá y el señor Gianini intentaron convencerme para que los acompañara a Central Park, con argumentos como que hacía un día muy bonito, pero les dije que tenía muchos deberes, lo cual tampoco era una mentira tan grande. Tengo deberes —el señor Gianini debería saberlo—, pero no tantos. Sencillamente, no quería ir por ahí con una pareja.

Es como cuando Shameeka empezó a salir con Aaron Ben-Simon en séptimo, y quería que fuéramos con ellos al cine, y eso porque su padre no la dejaba salir sola con un chico (ni siquiera con un tipo del todo inofensivo como Aaron Ben-Simon, cuyo cuello era igual de grueso que mi brazo). Pero cuando íbamos con ellos, ella pasaba bastante de nosotras; claro que supongo que se trataba de eso. Durante las dos semanas que salieron, era imposible hablar con Shameeka, porque sólo hablaba de Aaron.

No es que mi madre sólo hable del señor Gianini; ella no es así. Pero tenía el presentimiento de que si iba a Central Park, los vería besarse. No es que haya nada malo en besarse, como lo hacen los que salen en la televisión. Sin embargo, cuando se trata de tu madre y tu profesor de álgebra...

Ya sabes a lo que me refiero, ¿verdad?

RAZONES POR LAS QUE DEBERÍA RECONCILIARME CON LILLY

Hemos sido amigas íntimas desde la guardería.

Una de las dos tiene que actuar con madurez y dar el primer paso.

Me hace reír.

¿Con quién más puedo almorzar?

La echo de menos.

RAZONES POR LAS QUE NO DEBERÍA RECONCILIARME CON LILLY

Siempre me dice lo que tengo que hacer.

Cree que lo sabe todo.

Fue Lilly quien empezó, así que es ella quien debe disculparse.

Nunca lograré «autorrealizarme» si siempre me retracto de mis convicciones.

¿Y si me disculpo y ella SIGUE sin hablarme?



Domingo, aún más tarde

Sólo había encendido el ordenador para buscar información de Afganistán en Internet (tengo que redactar un informe sobre algún acontecimiento de actualidad para la asignatura de civilizaciones del mundo) cuando vi que alguien intentaba ponerse en contacto conmigo. Casi nunca recibo este tipo de mensajes simultáneos, así que me emocioné mucho.

Pero entonces vi quién lo remitía: CracKing.

¿Michael Moscovitz? ¿Qué querría *ese*?

Esto es lo que me ha escrito:

CracKing: Eh, Thermopolis. ¿Qué te pasó anoche? Daba la impresión de que te habías vuelto loca, o algo así.

(¿Yo? ¡¿Loca?!)

FtLouie: Para tu información, no me he vuelto loca. Simplemente me he cansado de que tu hermana siempre me diga lo que tengo que hacer. Nada de tu incumbencia.

CracKing: ¿Qué es lo que te irrita tanto? Pues claro que es de mi incumbencia: tengo que convivir con ella, ¿no?

FtLouie: ¿Por qué? ¿habla de mí?

Cracking: ¡Ya lo creo!

(No puedo creer que haya hablado de mí, aunque seguro que no ha dicho nada bueno.)

FtLouie: ¿Qué ha dicho?
CracKing: Tenía entendido que no era de mi incumbencia...

(Me alegro en el alma de no tener un hermano.)

FtLouie: Y no lo es. ¿Qué ha dicho de mí?

CracKing: Que no sabe qué te pasa últimamente, pero que desde que llegó tu padre, has estado comportándote como una cabeza hueca.

FtLouie: ¿Yo? ¿Una cabeza hueca? ¿Y ella? es ella la que siempre me critica. ¡¡¡Estoy más que harta!!! Si quiere ser mi amiga, ¿por qué no me acepta como soy?

CracKing: No hace falta que grites.

FtLouie: ¡¡¡No estoy gritando!!!

Cracking: Estás utilizando demasiada puntuación y, en la red, eso equivale a gritar. Además, ella no es la única que critica. Dice que no la apoyarás en el boicot al Ho's Deli.

FtLouie: Vale, tiene razón. No lo haré. Me parece una idea estúpida. ¿a ti no?

CracKing: Sí. Por cierto, ¿te sigue yendo mal en álgebra?

(Eso fue un golpe bajo.)

FtLouie: Sí, pero teniendo en cuenta que el señor G. ha pasado la noche en casa, es probable que consiga aprobar con un cinco pelado. ¿Por qué?

CracKing: ¿Cómo? ¿El señor G. ha dormido en tu casa? ¿De verdad? ¿Y qué tal?

(¿Por qué se lo había dicho? Por la mañana lo sabría toda la escuela. ¡Quizá despedirían al señor G.! No sé si a los profesores se les permite dormir con las madres de los alumnos. ¿Por qué se lo había contado a Michael?)

FtLouie: Bastante horrible. Pero cuando se puso a bromear sobre el asunto, la situación mejoró considerablemente. No sé. Es probable que me vuelva aún más loca, pero mi madre está tan contenta... es difícil.

CracKing: La verdad es que podría ser mucho peor. Imagina que tu madre saliera con el señor Stuart.

(El señor Stuart imparte la asignatura de salud. Se considera un regalo divino para las mujeres. Yo todavía no le he tenido como profesor, porque hasta la secundaria no se estudia esa asignatura, pero incluso yo sé que es mejor no acercarse a la mesa del señor Stuart, porque, si lo haces, él alargará la mano y te frotará los hombros como si te diera un masaje, pero todo el mundo dice que sólo intenta descubrir si llevas sujetador o no.

Si mi madre saliera algún día con el señor Stuart, emigraría a Pernambuco.)

FtLouie: Ja, ja, ja. ¿Por qué te interesa saber si me va mal en álgebra?

CracKing: Oh, porque ya he acabado el número de *Crackhead* de este mes y he pensado que, si quieres, puedo echarte una mano en la hora de G y T, si quieres.

(¿Michael Moscovitz ofreciéndose a hacer algo por mí? No daba crédito. Estuve a punto de caerme de la silla.)

FTLOUIE: ¡VAYA! ¡SERÍA GENIAL! ¡GRACIAS!

CRACKING: DE NADA. ALLÍ TE ESPERO, THERMOPOLIS.

Y desconectó.

¿Puedes creerlo? ¿No es un detalle precioso? Me pregunto a qué se deberá.

Debería pelearme con Lilly más a menudo.



Domingo, más tarde aún

Justo cuando pensaba que las cosas empezaban a mejorar ligeramente, llamó mi padre; quería avisarme de que enviaba a Lars a recogerme para que él, Grandmère y yo cenáramos juntos en el Plaza.

Obsérvese que la invitación no incluía a mamá.

Pero supongo que no pasa nada, porque de todos modos mamá tampoco hubiera querido ir. De hecho, cuando le dije que yo sí iría, ella pareció alegrarse mucho.

«Oh, muy bien —exclamó—. Yo me quedaré en casa, pediré comida tailandesa y veré *Sesenta minutos.*»

Ha estado muy alegre desde que regresó del Central Park. Según me explicó, ella y el señor G. dieron un paseo en uno de esos carruajes tan horteras. Me quedé estupefacta. Los conductores de esos carros no se preocupan lo más mínimo de los caballos. Cada dos por tres los caballos que tiran de esos viejos carros se desploman deshidratados. Hace mucho tiempo que prometí no subir jamás a un carro de esos. Al menos, no hasta que empiecen a conceder a los caballos ciertos derechos, y estaba segura de que mamá opinaba lo mismo que yo.

El amor tiene efectos extraños sobre las personas.

En esta ocasión, el Plaza no estuvo mal del todo. Supongo que me estoy acostumbrando a él. El portero ya sabe quién soy —bueno, como mínimo sabe quién es Lars—, así que ya no me montan una escenita cada vez que me presento allí. Grandmère y papá estaban así como de mal humor. No sé por qué, aunque imagino que ellos no cobran por pasar tiempo juntos, como, más o menos, yo hago.

La cena fue aburridísima. Grandmère se pasó todo el tiempo explicándome qué tenedor se utiliza con qué y por qué. Nos trajeron una infinidad de platos, la mayoría

de carne, aunque uno era de pescado, así que ese sí me lo comí, además del postre, una torre de chocolate enorme y magistral. Grandmère intentó hacerme entender que cuando represente a Genovia en las funciones de Estado tendré que comer todo lo que me pongan delante o, de lo contrario, insultaré a mis anfitriones y probablemente causaré un incidente de calibre internacional. Yo le dije que ordenaría al personal a mi cargo que avisara con antelación a los anfitriones de que no como carne y que, por consiguiente, no me la sirvieran.

Grandmère se puso furiosa. Supongo que no se le ha ocurrido pensar que yo haya podido ver en la televisión la película sobre la princesa Diana. Lo sé todo con respecto a cómo librarse de ciertos platos en las comidas oficiales y también cómo vomitar después (aunque yo eso no lo haría nunca).

Papá se pasó toda la cena haciéndome preguntas extrañas sobre mamá, como por ejemplo si me incomodaba su relación con el señor Gianini y si quería que él hablara con ella del tema. Me parece que intentaba sonsacarme si yo creo que la relación entre ellos va en serio (entre el señor G. y mamá, claro está).

Bueno, sé que debe de ir bastante en serio, dado que él se queda a dormir en casa. Mi madre sólo deja dormir en casa a tipos que le gustan de verdad. Hasta ahora, en los últimos catorce años, sólo tres tipos han pasado la noche en casa, incluido el señor G.: Wolfgang, que resultó ser gay, Tim, que resultó ser republicano, y ahora mi profesor de álgebra. En realidad, no son muchos: toca a uno por cada cuatro años.

O algo parecido.

Pero, obviamente, no pude decirle a mi padre que el señor G. había pasado la noche en casa, porque sé que hubiera sufrido una embolia. Es un chovinista —todos los veranos lleva novias a Miragnac, ¡a veces una diferente cada dos semanas!—, pero espera que mamá permanezca casta y pura como la nieve recién caída.

Si Lilly todavía me dirigiera la palabra, sé que diría que los hombres son unos hipócritas.

Una parte de mí quería hablarle a papá del señor G., para que así dejara de comportarse de forma tan presuntuosa. Pero no me apetecía proporcionar a mi abuela más argumentos contra mamá —Grandmère dice que mi madre es «ligera»—, así que preferí disimular, como si no supiera nada al respecto.

Grandmère insistió en que mañana trabajaríamos mi vocabulario. Según ella, mi francés es abominable, y mi inglés, todavía peor. Me amenazó con lavarme la boca con jabón si volvía a oírme decir «pues vale».

Le contesté: «Pues vale, Grandmère», y ella me lanzó una mirada asesina y furibunda, aunque mi intención no era hacerme la listilla ni la impertinente. Es que no me di cuenta.

Hasta hoy, he conseguido 200 dólares para Greenpeace. Probablemente pasaré a la historia como la chica que salvó a las ballenas.

Al llegar a casa, vi *dos* envases vacíos de comida tailandesa en el cubo de la basura. Y también *dos* juegos de palillos chinos y *dos* botellas de Heineken en el cubo de basura para reciclar. Le pregunté a mamá si había invitado al señor G. a cenar —¡Dios mío! ¡Pero si ya habían pasado todo el día juntos!— y ella respondió: «Oh, no, cielo. Es que tenía un hambre de lobo».

Con esa ya van dos mentiras en un día. Su historia con el señor G. debe de ir muy en serio.

Lilly todavía no ha llamado. Estoy empezando a pensar que quizá soy *yo* quien debería llamarla. ¿Pero qué le voy a decir? *Yo* no he hecho nada. Bueno, ya sé que le dije que se callara, pero fue porque ella me había dicho que me estaba convirtiendo en Lana Weinberger. Tenía todo el derecho del mundo a decirle que se callara.

¿O no? Quizá nadie tiene derecho a decirle a nadie que se calle. Quizá sea así como estallan las guerras, porque alguien le dice a otra persona que se calle y luego ninguna de las dos pide perdón.

Si la cosa sigue como ahora, ¿con quién demonios almorzaré mañana?



Lunes, 13 de octubre, clase de álgebra

Cuando Lars aparcó frente al edificio donde vive Lilly para recogerla y acompañarla a la escuela, el portero nos dijo que ya se había ido. ¡Será rencorosa!

Éste está siendo nuestro enfado más largo.

Al entrar a la escuela, lo primero que alguien hizo fue plantarme una solicitud panfletaria en la cara.

«¡Boicot al Ho's Deli!

»¡Firma abajo y pronúnciate contra el racismo!»

Le dije que no pensaba firmar, y Boris, que era quien la sostenía, me dijo que era una ingrata, que en el país del que él procedía, el Gobierno había sofocado durante muchos años las voces que se alzaban en protesta, y que yo debería sentirme afortunada de vivir en un lugar donde podía firmar a favor de una causa justa sin vivir con el temor de que la policía secreta fuera a perseguirme después.

Le dije a Boris que en Estados Unidos nadie se mete los jerséis por dentro del pantalón.

Algo que decir a favor de Lilly: actúa deprisa. Todo el instituto está empapelado con carteles del boicot al Ho's Deli.

Otra cosa que decir de Lilly: cuando se enfada, sigue enfadada. No me dirige la palabra.

Ojalá el señor G. me dejara en paz. Al fin y al cabo, ¿a quién le importan los integrados?

Operaciones con números reales: negativos u opuestos. En una línea numérica, los números situados en lados opuestos al cero pero equidistantes del mismo se llaman *negativos* u *opuestos.*

Qué hacer durante la clase de álgebra

¡Qué hacer durante la clase de álgebra! Las posibilidades son infinitas: uno puede dibujar, y bostezar, y jugar al ajedrez a escondidas.

Uno puede dormitar, y soñar, y sentirse confuso.

Uno puede canturrear, y repiquetear, y parecer meditabundo.

Uno puede contemplar el minutero y tararear el cancionero. Yo ya lo he intentado todo para pasar el tiempo.

¡¡¡PERO NADA SURTE EFECTO!!!



Lunes, más tarde, clase de francés

Aunque Lilly y yo no hubiéramos estado enfadadas, no habría podido sentarme con ella para almorzar. Se ha convertido en la reina de la causa *célebre.* Todo el mundo se arremolinaba en torno a la mesa donde ella, Shameeka, Ling Su y yo normalmente nos comemos los pastelillos de frutas del Big Wong. Boris Pelkowski ocupaba *mi* silla.

Lilly debe de estar en una nube. Siempre había anhelado sentirse adorada por un genio musical.

Y yo allí, de pie, corno una idiota de remate, con la estúpida bandeja de estúpida ensalada, el único plato vegetariano del día, porque se les habían acabado la salsa para acompañar la barra de cereales y las judías, me preguntaba: «¿Al lado de quién voy a sentarme?». En la cafetería del instituto sólo hay diez mesas, porque hacemos turnos rotativos de almuerzo: está la mesa donde me siento con Lilly, la de los deportistas, la de las animadoras, la de los alumnos ricos, la del *hip-hop,* la de los «drogatas», la de los actores terroríficos, la del Club de las Matrículas de Honor, la de los alumnos extranjeros en programas de intercambio, y la mesa en la que Tina Hakim Baba se sienta todos los días con su guardaespaldas.

No podía sentarme con los deportistas ni con las animadoras, porque no soy ni una cosa ni la otra. No podía sentarme a la mesa de los alumnos ricos porque no tengo teléfono móvil ni corredor de bolsa. Tampoco me va el *hip-hop* ni las drogas, no participé en la última función teatral, y con mi suspenso en álgebra las posibilidades de acceder a la Sociedad Nacional de Honor son más bien nulas, y no entiendo nada de lo que dicen los estudiantes extranjeros porque no son franceses.

Miré a Tina Hakim Baba. Tenía una ensalada enfrente, como yo. Sólo que Tina come ensalada porque tiene problemas de peso, no por ser vegetariana. Estaba leyendo una novela romántica; en la cubierta del libro aparecía la fotografía de un

adolescente abrazando a una adolescente. La adolescente tenía una larga melena rubia y unos pechos desproporcionadamente grandes en comparación con la finura de sus muslos. Tenía exactamente el aspecto que mi abuela quiere que yo tenga.

Me acerqué a su mesa y deposité la bandeja frente a la de Tina Hakim Baba.

«¿Puedo sentarme aquí?», pregunté.

Tina levantó la mirada. Tenía el rostro desencajado por la sorpresa. Me miró y luego miró a su guardaespaldas. Era un hombre alto y de tez morena, y vestía un traje negro. Llevaba puestas las gafas de sol, pese a estar en un local cerrado. Si se pelearan, creo que Lars le vencería.

Cuando Tina miró a su guardaespaldas, él me miró —o eso creo, no era fácil saberlo con esas gafas oscuras— y asintió.

Tina esbozó una amplia sonrisa. «Por favor —dijo, cerrando el libro y posándolo en la mesa—. Siéntate conmigo.»

Lo hice. La sonrisa de Tina me hacía sentir un poco mal, como si hiciera mucho tiempo que tuviera que haberle pedido permiso para sentarme con ella. Pero yo antes la consideraba un bicho raro porque llegaba a la escuela con limusina y guardaespaldas.

Ahora ya no me parece tan rara.

Tina y yo almorzamos la ensalada y comentamos la pésima calidad de la comida del instituto. Me habló de su dieta. Su madre la había incitado a hacerla. Quiere perder nueve kilos de aquí al Baile de la Diversidad Cultural. Pero el Baile de la Diversidad Cultural es el próximo sábado, así que no sé cómo lo va a conseguir. Le pregunté a Tina si ya tenía acompañante para el Baile de la Diversidad Cultural y ella soltó una risilla nerviosa y contestó que sí. Acudirá con un tipo de la Trinity, otra escuela privada de Manhattan. El tipo en cuestión se llama Dave Farouq El-Abar.

¡Increíble! ¡No es justo! Incluso a Tina Hakim Baba, cuyo padre no le permite recorrer a pie las dos manzanas que separan la escuela de su casa, alguien le ha pedido una cita.

Bueno, ella sí tiene pechos; supongo que este debe de ser el motivo.

Tina es bastante guapa. Cuando se dirigió a la cola para pedir otro refresco *light* —el guardaespaldas fue con ella; ¡Dios! Si Lars empezara a convertirse en mi sombra, me suicidaría—, leí la contracubierta de su libro. La novela se titulaba *Creo que me llamo Amanda,* y trataba sobre una chica que había despertado de un estado de coma

y no recordaba quién era. Un chico de lo más mono la visita en el hospital y le dice que se llama Amanda y que él es su novio. Ella se pasa el resto del libro intentando averiguar si él miente o no.

¡Será tonta! Si un chico mono te dice que es tu novio, ¿por qué no te lo crees y punto? Algunas chicas no saben apreciar su suerte.

Mientras leía la contracubierta, de repente una sombra se cernió sobre ella. Levanté la mirada y vi a Lana Weinberger de pie, a mi lado. El equipo debía de haber competido por la mañana, porque llevaba el uniforme de las animadoras, que consistía en una minifalda plisada verde y blanca y una camiseta blanca muy ceñida, con una «A» gigante en la parte frontal. Sospecho que se mete los pompones dentro del sujetador cuando no los utiliza. Si no, no entiendo cómo le sobresalen tanto los pechos.

«Bonito peinado, Amelia —dijo, con su repelente voz—. ¿De qué se supone que vas? ¿De punky? ¿De camionera?»

Miré detrás de ella. Josh Richter y algunos de sus estúpidos compañeros de equipo también estaban allí. No nos prestaban demasiada atención; hablaban de una fiesta a la que habían asistido el fin de semana. Todavía decían estar «hechos polvo» por haber bebido tanta cerveza.

Me pregunté si su entrenador estaría al corriente.

«Por cierto, ¿cómo llamas a este color? —se interesó Lana, tocándome la cabeza—. ¿Amarillo pus?»

Cuando Tina Hakim Baba y su guardaespaldas regresaron, Lana seguía atormentándome. Además del refresco *light,* Tina había comprado un cono de helado de vainilla y cacahuetes que me ofreció al llegar a mi lado. Me pareció un detalle muy amable, teniendo en cuenta que hasta el momento yo apenas le había dirigido la palabra.

Pero Lana no apreció la amabilidad del gesto. Por el contrario, preguntó, haciéndose la inocente: «Vaya, Tina, ¿has comprado aquí ese helado para Amelia? ¿Es que tu padre te ha dado hoy cien dólares extra para que te compres una amiga?».

Un halo de dolor empañó los ojos oscuros de Tina. El guardaespaldas se percató de ello y abrió la boca.

Entonces sucedió algo extraño. Yo estaba allí, sentada, mirando las lágrimas que manaban de los ojos de Tina Hakim Baba, y de repente me sorprendí estrujando el helado con todas mis fuerzas contra la camiseta de Lana.

Lana agachó la mirada y vio el helado de vainilla, la cobertura de chocolate y los cacahuetes pegados en su pecho. Josh Richter y los otros «cachas» dejaron de hablar y miraron también al pecho de Lana. El nivel de ruido en la cafetería descendió hasta límites desconocidos hasta el momento. Todo el mundo miraba el cono de helado pegado al pecho de Lana. El silencio era tal que incluso podía oír a Boris respirar a través de los hierros de su corrector dental.

Entonces Lana empezó a gritar: «Eres... eres... —Supongo que no encontraba un calificativo suficientemente malo para describirme—. Eres... eres... ¡Mira lo que has hecho! ¡MIRA LO QUE LE HAS HECHO A MI CAMISETA!».

Me puse en pie y cogí mi bandeja. «Venga, Tina —dije—. Vámonos a un sitio más tranquilo.»

Tina, con sus grandes ojos marrones clavados en el cono que sobresalía del mismísimo centro de la «A» en el pecho de Lana, agarró su bandeja y me siguió. El guardaespaldas siguió a Tina. Juraría que se estaba riendo.

Al pasar junto a la mesa donde Lilly y yo solíamos sentarnos, vi que Lilly me miraba boquiabierta. Era evidente que había presenciado toda la escena.

Bueno, imagino que ahora tendrá que modificar su diagnóstico: *no* soy «inasertiva». No cuando no quiero serlo.

No estoy segura, pero al irme con Tina y su guardaespaldas me pareció oír algunos aplausos procedentes de la mesa de los impresentables.

Creo que la autorrealización está a la vuelta de la esquina.



Lunes, más tarde

¡Oh, Dios mío! Tengo un problema grave. ¡Nunca me había pasado nada parecido!

¡Estoy en el despacho de la directora!

Es cierto. ¡Me han llamado al despacho de la directora por haber apuñalado a Lana Weinberger con un cono de helado de vainilla!

Debería haber sabido que me delataría. Es una llorica.

Estoy un poco asustada. Hasta ahora no había transgredido ninguna norma en la escuela. Siempre he sido muy buena chica. Cuando la jefa de estudios fue al aula de G y T con la nota de color rosa, en ningún momento pensé que podría ser para mí. Estaba sentada con Michael Moscovitz, descubriendo gracias a él que no sé restar bien. Él dice que mi mayor problema es que no anoto los números con claridad, y también que mis apuntes son caóticos (es cierto, los garabateo en la libreta que en ese momento tenga más a mano). Dice que debería tomar todos los apuntes de álgebra en la misma libreta.

Además, dice que, al parecer, tengo problemas de concentración.

Sin embargo, la razón por la que no podía concentrarme es que ¡nunca antes me había sentado tan cerca de un chico! Bueno, ya sé que sólo era Michael Moscovitz y que le veo muy a menudo, y que nunca me gustará porque yo soy una novata y él un veterano, y porque soy la mejor amiga de su hermana y todo eso..., o, al menos, lo era.

Pero, aun así, es un chico, un chico *mono,* aunque sea el hermano de Lilly. Me resultaba muy difícil prestar atención al proceso de la resta mientras percibía el agradable olor a chico limpio que desprendía su cuerpo. Además, de vez en cuando, posaba su mano sobre la mía para guiar el lápiz y me decía: «No, *así*, Mia».

Obviamente, también me costaba concentrarme porque tenía la impresión de que Lilly no dejaba de mirarnos. Por supuesto, no era así. Ahora que está enfrascada en la lucha contra las fuerzas malignas del racismo en nuestro vecindario, no tiene tiempo para «personitas» como yo. Estaba sentada a una mesa grande con todos sus acólitos, tramando el siguiente movimiento de la Ofensiva Ho. Incluso dejó salir a Boris del armario del material para que la ayudara.

¿Hace falta decir que él no dejó de manosearla? No logro entender cómo puede soportar tener ese brazo pequeño y esmirriado que sólo sabe aporrear el violín en el respaldo de su silla. Y *sigue* sin sacarse el jersey de los pantalones.

Así que no tenía razón alguna para preocuparme porque alguien nos mirara. Claro que Michael no tenía apoyado un brazo en el respaldo de *mi* silla. Aunque en una ocasión su rodilla rozó la mía debajo de la mesa. La belleza de la situación me arrobaba.

Entonces la estúpida nota llegó con mi nombre.

Me pregunto si van a expulsarme. Quizá si me expulsaran, podría ir a otra escuela, donde nadie sabría que mi pelo antes era de otro color y que estas uñas son postizas. Y eso sería bastante agradable.

A PARTIR DE AHORA:

Recapacitaré antes de actuar.

Intentaré ser condescendiente, al margen de las provocaciones ajenas para comportarme de forma contraria.

Diré siempre la verdad, salvo en los casos en que al hacerlo pudiera herir los sentimientos de otra persona.

Me mantendré lo más lejos posible de Lana Weinberger.

Vaya. La directora Gupta está preparada para recibirme.



Lunes por la noche

Pues bien. No sé qué voy a hacer ahora. Estoy castigada durante una semana, *y* tengo que asistir a clases de repaso con el señor G., *y además* me esperan las lecciones de princesa con Grandmère.

No he llegado a casa hasta las nueve. Esto *no puede* continuar así.

Mi padre está furioso. Dice que va a denunciar a la escuela. Dice que nadie puede castigar a su hija por defender a los débiles. Le dije que sí, que la directora Gupta sí puede. Puede hacer lo que quiera. Es la directora.

En realidad, no la culpo. Bueno, tampoco le dije que lo sentía ni nada por el estilo. La directora Gupta es una señora muy amable, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Admití mi autoría de los hechos y ella me dijo que tendría que disculparme con Lana y pagar el lavado de su camiseta. Le respondí que pagaría por el lavado de su camiseta, pero que no tenía intención de disculparme. La directora Gupta me miró por encima de sus lentes bifocales y exclamó: «¿Cómo dices, Mia?».

Le repetí que no tenía intención de disculparme. Sentía el corazón desbocado. No quería molestar a nadie, especialmente a la directora Gupta, que impone mucho respeto cuando quiere. Intenté imaginarla con los pantalones del chándal de su marido, pero no lo logré. Aun así me asustaba.

Sin embargo, no me disculparé ante Lana. No lo haré.

Para mi sorpresa, la directora Gupta no parecía tan enfadada como preocupada. Supongo que ese es el aspecto que deben tener los educadores. Ya sabes, preocupados por uno. Dijo: «Mia, tengo que confesar que cuando Lana vino a quejarse, me quedé muy sorprendida. Generalmente es a Lilly Moscovitz a quien tengo que llamar al despacho, pero no esperaba que algún día tuviera que llamarte a

ti. Al menos, no por una causa disciplinar; en todo caso por razones académicas. Comprendo que no te vaya bien en álgebra, pero tengo entendido que nunca antes habías causado problemas de tipo disciplinar. Creo necesario preguntarte, Mia, si va todo bien».

La miré fijamente unos instantes.

¿Va todo bien? ¿Va todo bien?

Hum, espera un momento, déjame pensar... Mi madre sale con mi profesor de álgebra, una asignatura que he suspendido, por cierto; mi mejor amiga me odia; tengo catorce años y todavía nadie me ha pedido una cita; soy plana; y, ¡vaya!, acabo de enterarme de que soy la princesa de Genovia.

«Sí, claro —le dije a la directora Gupta—. Todo va bien.»

«¿Estás segura, Mia? Porque no puedo dejar de preguntarme si esto no se ha debido a algún problema que puedas tener... ¿quizá en casa?»

¿Pero quién se cree que soy? ¿Lana *Llorica*berger? ¡Como si de verdad yo fuera a sentarme ahí y explicarle mis problemas! Sí, directora Gupta. En primer lugar y entre muchas otras cosas, mi abuela está en la ciudad, y mi padre me paga 100 dólares diarios por asistir a sus lecciones de cómo ser una princesa. ¡Ah! Y este fin de semana, me encontré al señor Gianini en la cocina de casa, y sólo llevaba puestos unos calzoncillos. ¿Desea saber, algo más?

«Mia —dijo la directora Gupta—. Quiero que sepas que eres una persona muy especial. Posees muchas cualidades maravillosas. No hay ninguna razón por la que debas sentirte amenazada por Lana Weinberger. Ninguna en absoluto.»

Vaya, muy bien. Tiene razón, directora Gupta, ella es sólo la chica más guapa y popular de la clase, y sale con el chico más atractivo y popular de la escuela. No hay ninguna razón por la que sentirme amenazada por ella. Sobre todo teniendo en cuenta que ella aprovecha cualquier ocasión para ridiculizarme e intenta humillarme en público. ¿Amenazada? *¿Yo?* ¡Qué va!

«¿Sabes, Mia? —prosiguió la directora Gupta—. Estoy segura de que, si llegaras a conocerla mejor, descubrirías que es una chica encantadora. Una chica como tú.»

Sí. Como yo.

Estaba tan enfadada que, en nuestra lección de vocabulario, se lo expliqué todo a Grandmère. Ella se mostró sorprendentemente compasiva.

«Cuando yo tenía tu edad —dijo Grandmère—, en mi escuela había una chica como Lana. Se llamaba Geneviève. Se sentaba detrás de mí en la clase de geografía. Geneviève introducía mi trenza en su tintero, para que, al ponerme de pie, se me manchara el vestido de tinta. Sin embargo, el profesor nunca creyó que Geneviève lo hiciera a propósito.»

«¿De verdad? —Estaba impresionada. Esa tal Geneviève realmente tenía agallas. No conozco a nadie que se atreva a importunar a mi abuela—. ¿Y qué hiciste?»

Grandmère soltó una risilla maliciosa. «Oh, nada.»

Es imposible que no le hiciera *nada* a Geneviève, y más riéndose de ese modo. Pero aunque no me cansé de insistir, Grandmère se negó a explicarme qué hizo para vengarse de ella. Estoy empezando a considerar la posibilidad de que la asesinara.

¿Qué? Es una posibilidad.

Pero creo que no tenía que haberle insistido tanto, porque para hacerme callar ¡me puso un examen! ¡En serio!

Fue muy difícil. Lo reproduzco aquí, ya que obtuve un 98. Grandmère dice que he avanzado mucho desde que empezamos.

Examen de Grandmère

En un restaurante, ¿qué debemos hacer con la servilleta cuando nos retiramos para empolvamos la nariz?

En un restaurante de cuatro estrellas, se la entregaremos al camarero que se acercará a toda prisa para retirarnos la silla. En uno corriente, en el que ningún camarero se acercará a toda prisa para ayudarnos, la dejaremos en la silla.

¿En qué circunstancias es aceptable pintarnos los labios en público?

En ninguna.

¿Cuáles son las características del capitalismo?

Propiedad privada de los recursos de producción y distribución, y el intercambio de bienes basado en las operaciones del mercado.

¿Cuál es la respuesta adecuada que debemos dar a un hombre que se nos declara?

Gracias. Es usted muy amable.

¿Qué consideró Marx que estaba en contradicción con el capitalismo?

El valor final de un producto está determinado básicamente por la cantidad de esfuerzo invertido en su producción. Al negar a los obreros el valor de lo que han producido, los capitalistas están socavando su propio sistema económico.

Los zapatos blancos son inaceptables...

En los funerales, después del Día del Trabajador, antes del día conmemorativo de la memoria de los soldados muertos en campaña, y allí donde haya caballos.

Define la oligarquía.

Un grupo reducido que ejerce el control, generalmente con fines corruptos.

Describe un Sidecar.

1/3 de zumo de limón, 1/3 de Cointreau y 1/3 de brandy bien agitado con hielo. Se cuela antes de servir.

La única pregunta que fallé fue la referente a la respuesta que se le debe dar a un hombre cuando se declara. Resulta que no se deben dar las gracias.

Claro que es evidente que eso nunca me sucederá a mí, aunque Grandmère dice que algún día podría llevarme una sorpresa.

¡Ojalá!



Martes, 14 de octubre, sala de alumnos

Esta mañana Lilly tampoco estaba. No es que esperara encontrármela allí, pero de todos modos hice parar a Lars en su casa, sólo por si ella había decidido que volviéramos a ser amigas. No sé... Ella podía haber visto lo asertiva que me mostré con Lana y haber pensado que se equivocó al criticarme con tanta dureza.

Pero creo que no ha sido así.

Lo divertido es que justo cuando Lars aparcaba en la puerta del instituto, el chófer de Tina Hakim Baba también lo hacía. Nos sonreímos y entramos juntas a escuela, seguidas por su guardaespaldas. Tina dijo que quería darme las gracias por lo que había hecho ayer. Dijo que se lo había explicado a sus padres, y que me invitaban a cenar el viernes por la noche.

«Y, si quieres —añadió Tina, muy tímida—, podrías quedarte a dormir. Si quieres, claro.»

Le contesté: «Vale». Lo dije sobre todo porque me daba pena, ya que no tiene más amigos, porque todo el mundo la considera un bicho raro, por lo del guardaespaldas y eso. También lo dije porque había oído que en su casa tiene una fuente, igual que Donald Trump, y quería comprobar si era verdad.

Y, en cierto modo, me gusta. Es agradable conmigo.

Resulta agradable que alguien sea agradable contigo.

TENGO QUE:

Dejar de esperar que suene el teléfono (Lilly NO va a llamar, ni tampoco Josh Richter).

Hacer más amigos.

Desarrollar la seguridad en mí misma.

Dejar de morderme las uñas postizas.

Empezar a compórtame de un modo más:

responsable,

adulto,

maduro.

Ser más feliz.

Lograr la autorrealización.

Comprar:

- bolsas de basura,

- compresas,

- suavizante,

- atún,

- ¡¡¡papel higiénico!!!



Más martes, clase de álgebra

¡Oh, Dios mío! No puedo creerlo, pero tiene que ser cierto, si Shameeka lo dice.

Lilly tiene acompañante para el Baile de la Diversidad Cultural del próximo fin de semana.

Lilly tiene una cita. Hasta *Lilly* tiene una cita. Creía que Lilly aterraba a todos los chicos de la escuela.

Pero, por lo visto, a uno no: Boris Pelkowski.

¡¡¡AAAJJJJJJ!!!



Más martes, clase de inglés

Ningún chico me pedirá jamás que salga con él. Jamás. TODO EL MUNDO ha quedado para ir al Baile de la Diversidad Cultural: Shameeka, Lilly, Ling Su, Tina Hakim Baba. Soy la única que no va a ir. La ÚNICA.

¿Por qué tuve que nacer con tan mala estrella? ¿Por qué tuve que sufrir la maldición de ser tan rarita? ¿Por qué? ¡¿POR QUÉ?!

Daría cualquier cosa por ser, en lugar de una princesa de 1,79 m plana, una persona normal de 1,70 m con pechos.

CUALQUIER COSA.

Sátira: emplea el humor de forma sistemática con la intención de persuadir.

Ironía: contraria a las expectativas.

Parodia: imitación aproximada que exagera rasgos ridículos u objetables.



Más martes, clase de francés

Hoy, en el aula de G y T, mientras me enseñaba a llevarme números, Michael Moscovitz me halagó por mi actitud en lo que él llama el *Incidente Weinberger.* Me sorprendió que se hubiera enterado. Dijo que era la comidilla de toda la escuela, cómo yo había «diezmado» a Lana en presencia de Josh, y me preguntó: «Tu taquilla está al lado de la de Josh, ¿verdad?».

Le dije que sí.

Y él añadió: «Debe de resultarte incómodo». Pero yo le respondí que no, puesto que Lana últimamente parecía evitar esa zona y que Josh no me dirige la palabra, si no es para decirme: «¿Me dejas pasar?».

Le pregunté si Lilly seguía diciendo cosas malas de mí y él, sorprendido, contestó: «Ella nunca ha dicho cosas malas de ti. Es sólo que no entiende por qué te descargaste con ella de aquel modo».

Le respondí: «Michael, ¡ella siempre me humilla! Ya no lo soportaba más. Tengo suficientes problemas como para que encima mis amigos no me ayuden».

Él se echó a reír. «¿Qué tipo de problemas tienes *tú*?»

¡Como si fuera demasiado cría o algo así para tener problemas!

¡Uf, le canté las cuarenta! No podía explicarle al detalle que era la princesa de Genovia ni que no tenía pechos, pero le recordé que he suspendido álgebra, que estoy castigada una semana y que recientemente me había encontrado al señor Gianini en calzoncillos desayunando con mi madre.

Él concluyó que sí, que suponía que después de todo sí tenía algunos problemas.

Durante todo el rato que Michael y yo estuvimos hablando, vi que Lilly nos lanzaba miradas furtivas y reprobatorias desde detrás de la pizarra blanca donde escribía eslóganes del *Ho-Gate* con un rotulador mágico negro de punta gruesa. De lo cual deduzco que, por estar enfadada con ella, no tengo permiso para ser amiga de su hermano.

O quizá sólo esté dolida porque su boicot del Ho's Deli está provocando un revuelo considerable en la escuela. En primer lugar, los alumnos asiáticos han empezado a comprarlo todo de forma exclusiva en la tienda de los Ho. Y ¿por qué no? Gracias a la campaña de Lilly, ahora todos saben que les descontarán cinco centavos del precio. El otro problema es que no hay ningún otro *deli* cerca al que se pueda llegar caminando. Esto ha generado escisiones graves en las filas de los partidarios de la protesta. Los que no fuman quieren proseguir con el boicot, pero los fumadores proponen enviar una carta de amonestación muy severa a los Ho y olvidar el asunto. Y dado que los alumnos más populares de la escuela fuman, se oponen en redondo al boicot y siguen yendo al Ho's Deli, como lo habían antes, para comprar sus Camel Lights.

Cuando no puedes tener a los alumnos populares de tu lado, debes asumir que la causa está perdida: sin el apoyo de simpatizantes de prestigio, ninguna causa tiene futuro. De hecho, ¿qué sería de todos esos niños hambrientos si Sally Struthers no aprovechara su fama como antigua actriz de telecomedia para respaldar organizaciones de caridad?

El caso es que entonces Michael me hizo una pregunta extraña: «Así, ¿no van a dejarte salir de casa?».

Le miré, divertida. «¿Te refieres al castigo? Sí, claro que sí. Mi madre está de mi lado, aunque mi padre quiere denunciar a la escuela.»

Y Michael dijo: «Ah, vale. Verás, es que me interesaba saberlo porque, si no haces nada el sábado, he pensado que quizá podríamos...».

Pero en ese instante la señorita Hill entró y nos hizo rellenar un cuestionario para el doctorado que está cursando sobre violencia juvenil urbana, aunque Lilly protestó aduciendo que nosotros no estábamos en disposición de responder, ya que el único acto de violencia juvenil que habíamos presenciado en la vida son las «reyertas» que se producen en las rebajas de vaqueros ajustados en el Gap de Madison Avenue.

Entonces sonó la campana y salí corriendo, tan deprisa como pude. Sabía lo que Michael estaba a punto de pedirme. Sabía que iba a proponerme quedar para repasar las divisiones largas, que, en mi caso, dice que son toda una tragedia humana. La verdad, creo que no lo hubiera soportado. ¿Mates? ¿El fin de semana? ¿Después de

haberles dedicado casi todas las horas del día y de la semana?

No, gracias.

Pero tampoco quería ser grosera con él, así que me fui sin darle tiempo a acabar la frase. ¿Habré hecho mal?

La verdad, para una chica es difícil soportar tanta crítica, aunque sólo sea con relación a las matemáticas.

ma	*mon*	*mes*
ta	*ton*	*tes*
sa	*son*	*ses*
notre	*notre*	*nos*
votre	*votre*	*vos*
leur	*leur*	*leurs*

DEBERES

Algebra: p. 121, 1-57, sólo los impares.

Lengua: ¿¿¿??? Preguntar a Shameeka.

Civilizaciones del mundo: preguntas al final de la lección 9.

G y T: nada.

Francés: *pour demain, une vignette culturelle.*

Biología: nada.



Martes por la noche

Grandmère dice que Tina Hakim Baba suena con diferencia a mejor amiga que Lilly Moscovitz, pero creo que sólo lo dice porque los padres de Lilly son psicoanalistas y resulta que el padre de Tina es un jeque árabe y su madre es pariente del rey de Suecia, lo que los hace más apropiados para relacionarse con la heredera al trono de Genovia.

Los Hakim Baba son además muy ricos, según mi abuela. Poseen una infinidad de pozos petrolíferos. Grandmère me ha dicho que cuando vaya a cenar con ellos el viernes, les lleve un regalo y me ponga los mocasines Gucci. Le pregunté a Grandmère qué tipo de regalo debo llevar y ella respondió que el almuerzo. Ella misma lo encargará en Balducci y hará que se lo envíen el sábado por la mañana.

Es muy duro ser una princesa.

¡Acabo de recordarlo! Hoy Tina llevaba un libro diferente a la hora del almuerzo. La cubierta era muy parecida a la del otro, pero en esta ocasión la heroína era morena. Se titulaba *Mi amor secreto,* y narraba la historia de una chica de condición humilde que se enamora de un chico rico que no le hace ni caso. Entonces el tío de la chica rapta al chico y pide un rescate, y ella tiene que curarle las heridas y ayudarle a escapar y todo eso, y, como es lógico, se enamora perdidamente de ella. Tina dice que está a punto de acabarlo y que al final la chica consigue vivir con los acaudalados padres del chico, después de que su tío sea encarcelado y ya no pueda mantenerla.

¿Por qué *a mí* nunca me pasan estas cosas?



Miércoles, 15 de octubre, sala de alumnos

Esta mañana Lilly tampoco estaba. Lars sugirió que es preferible que vayamos directamente a la escuela en lugar de parar en su casa, como siempre. Supongo que tiene razón.

La llegada a la escuela ha sido muy extraña. Todos los que normalmente haraganean fuera antes de empezar las clases, fumando y sentados sobre Joe, el león de piedra, se arremolinaban hoy en grupos, mirando algo. Supuse que habían vuelto a acusar de blanqueo de dinero a algún padre. A veces los padres son muy egoístas: antes de hacer algo ilegal, deberían reflexionar sobre cómo se sentirían sus hijos si descubrieran su delito.

Si yo fuera Chelsea Clinton, me cambiaría el nombre y me fugaría a Islandia.

Pasé de largo para demostrar que no tenía intención de participar en la comidilla. Varios alumnos me miraron fijamente. Supongo que Michael tiene razón: toda la escuela sabe que he apuñalado a Lana con un cono de helado. O era eso, o mi pelo había vuelto a dispararse en la dirección equivocada. Pero me miré en el espejo del servicio de chicas y no vi nada raro en mi pelo.

Aun así, un grupito de chicas salieron de los lavabos riéndose como histéricas cuando yo entré.

A veces desearía vivir en una isla desierta. De verdad. Con nadie más en kilómetros a la redonda. Sólo yo, el océano, la arena y un cocotero.

Y quizá también una televisión de 37 pulgadas y de alta definición, con conexión vía satélite, y una PlayStation con el juego Bandicoot, por si me aburro.

PEQUEÑAS CERTEZAS

La pregunta formulada con mayor frecuencia en el Albert Einstein es: «¿Tienes un chicle?».

A las abejas y a los toros les atrae el color rojo.

En mi aula de alumnos, a veces tardan hasta media hora en atenderme.

Echo en falta que Lilly y yo seamos amigas íntimas.



Miércoles, más tarde, antes de la clase de álgebra

Ha pasado algo muy extraño. Josh Richter se ha acercado a su taquilla para coger el libro de trigonometría y me ha dicho: «¿Qué tal?», mientras yo sacaba la libreta de álgebra.

Juro por Dios que no me lo invento.

Me he quedado de piedra; he estado a punto de dejar caer la mochila. No tengo ni idea de lo que le he respondido. Creo que he dicho algo así como «bien». *Confió* en haberle dicho «bien».

¿Por qué me ha hablado Josh Richter?

Debe de haberse tratado de otra disfunción sináptica, como la que sufrió en el Bigelows.

Luego Josh ha cerrado la taquilla de un portazo, *ha agachado la cabeza para mirarme a la cara* —es muy alto— y ha dicho: «Hasta luego».

Y se ha ido.

He tardado cinco minutos en dejar de hiperventilar.

Sus ojos son tan azules que duele mirarlos.



Miércoles, despacho de la directora Gupta

Se acabó.

Estoy muerta.

Cierto, así es.

Ahora ya sé lo que todo el mundo miraba fuera de la escuela. Ya sé por qué susurraban y se reían. Ya sé por qué aquellas chicas salieron corriendo de los servicios. Y ya sé por qué Josh Richter me habló.

Mi foto aparece en la cubierta del *Post.*

Sí, exacto. El *New York Post.* Leído a diario por millones de neoyorquinos.

Sí, estoy muerta.

Bueno, en realidad la foto es muy buena. Supongo que alguien me la hizo al salir del Plaza el domingo por la noche, después de cenar con Grandmère y papá. Inmortaliza el momento en que bajaba las escaleras, al salir de la puerta giratoria. Luzco una media sonrisa, aunque no miro a la cámara. No recuerdo haber visto a nadie haciendo fotos, pero alguien debió de hacerla.

Sobreimpresionadas en la foto, figuran las palabras «Princesa Amelia», y más abajo, con letras más pequeñas, «Nueva York tiene su propia realeza».

Genial. Sencillamente genial.

El señor Gianini fue quien lo descubrió. Dijo que lo vio en un kiosco de camino al metro y llamó a mi madre. Sin embargo, mamá estaba en la ducha y no oyó el teléfono. El señor G. dejó un mensaje, pero mamá nunca consulta los mensajes por la

mañana, porque todos los que la conocen saben que no es madrugadora, así que nadie llama antes del mediodía. Cuando el señor G. volvió a llamar, ella ya se había ido al estudio, donde nunca contesta al teléfono porque pinta con los auriculares puestos para escuchar a Howard Stern.

Así que al señor G. no le quedó más remedio que llamar a papá al Plaza, lo que, bien mirado, fue toda una osadía por su parte. Según el señor G., papá soltó un improperio y le dijo al señor G. que hasta que él llegara a la escuela, yo debería permanecer en el despacho de la directora, donde estaría «a salvo».

Es evidente que mi padre no conoce a la directora Gupta.

En realidad, no debería decir eso. Ella tampoco se ha portado tan mal conmigo. Me ha enseñado el periódico y ha dicho, en un tono más bien sarcástico pero amable: «Tendrías que haberme comentado esto, Mia, cuando el otro día te pregunté si todo iba bien en tu casa».

Me he sonrojado. «Bueno —he dicho—, estaba segura de que nadie iba a creerme.»

«Es que —ha comentado la directora Gupta— es un poco increíble, la verdad.»

Eso mismo explicaba el texto de la página 2 del *Post:* «UN CUENTO DE HADAS SE HACE REALIDAD PARA UNA JOVEN Y AFORTUNADA NEOYORQUINA». Con estas palabras lo describió la periodista, Carol Fernández. Como si me hubiera tocado la lotería o algo así. Como si tuviera que *alegrarme* de ello.

La señorita Carol Fernández hablaba de mi madre con todo lujo de detalles como «la pintora vanguardista de pelo negro Helen Thermopolis», y de mi padre como «el apuesto príncipe Phillipe de Genovia», quien «ha superado con éxito un cáncer incipiente de testículo». Vaya, muchas gracias, Carol Fernández, por hacer que todo Nueva York sepa que papá sólo tiene un «lo-que-tú-sabes».

Después seguía describiéndome como «la belleza escultural fruto del tempestuoso romance universitario de Helen y Phillipe».

¡¿CÓMO?! CAROL FERNÁNDEZ, ¡¿TE HAS FUMADO ALGO RARO O QUÉ?!

NO soy una belleza escultural. Vale, soy alta. Soy más o menos alta. Pero no soy una belleza. Quiero que me den un poco de lo que sea que Carol Fernández se ha fumado, si cree que *yo* soy guapa.

No me extraña que todo el mundo se riera de mí. Esto es *muy* embarazoso, de verdad.

Oh, aquí llega papá. ¡Dios mío! Parece furioso...



Más miércoles, clase de lengua

No es justo.

Es total y rematadamente injusto.

El padre de cualquier otra persona la hubiera dejado volver a casa. El padre de cualquier otra persona, si la fotografía de su hijo saliera publicada en la portada del *Post,* diría: «Quizá deberías dejar de ir a la escuela unos días, hasta que los ánimos se calmen».

El padre de cualquier otra persona propondría: «Quizá deberías cambiar de escuela. ¿Qué te parece Iowa? ¿Te gustaría estudiar en Iowa?».

Pero no, claro. *Mi* padre no. Porque *él es* un príncipe y dice que los miembros de la familia real de Genovia no «se van a casa» cuando se desencadena una crisis. No, se quedan donde están y la resuelven a puñetazos.

A puñetazos. Creo que papá tiene algo en común con Carol Fernández: LOS DOS fuman cosas raras.

Mi padre me recordó que, de hecho, me están pagando por esto. Ja! ¡Cien míseros pavos! Cien míseros pavos diarios por ser ridiculizada y humillada públicamente.

Más vale que las crías de foca se sientan agradecidas; es todo cuanto tengo que decir.

Y aquí estoy, en la clase de lengua, con todo el mundo susurrando a mi alrededor y señalándome como si yo fuera la víctima de una abducción alienígena o algo parecido, y mi padre espera que siga sentada aquí y se lo consienta, porque soy una princesa y eso es lo que las princesas hacen.

¡Pero es que mis compañeros son *crueles*! He intentado explicárselo a mi padre. Le dije: «Papá, no lo entiendes. Se ríen de mí».

Y él se limitó a responder: «Lo siento, cielo, pero tendrás que mantenerte firme. Sabías que esto sucedería tarde o temprano. Confiaba en que no ocurriera tan pronto, pero probablemente sea mejor zanjar el tema cuanto antes...».

¿Qué? ¿Cómo? Yo *no* sabía que esto sucedería tarde o temprano. Creía que sería capaz de mantener en secreto lo de la princesa. Mi bonito plan de sólo ser princesa en Genovia se ha desmoronado. También tengo que ser princesa aquí, en Manhattan, y créeme, no es moco de pavo.

Estaba tan enfadada con papá por haberme obligado a volver a la escuela, que le acusé de haberle soplado información sobre mí a Carol Fernández.

Se sintió muy ofendido. «*¿Yo?* No conozco a ninguna Carol Fernández», exclamó, mirando con gesto divertido al señor Gianini, que nos escuchaba, consternado, de pie, con las manos en los bolsillos.

«*¿Qué?* —dijo el señor G., pasando en un instante de la consternación a la sorpresa—. ¿Yo? ¡Pero si hasta esta mañana no *sabía* ni que Genovia existía!»

«¡Vamos, papá! —le reproché—. No culpes al señor G. Él no tiene nada que ver con esto.»

Mi padre no parecía muy convencido. «Muy bien, pues *alguien* tuvo que explicarle la historia a la prensa...», dijo, con el mismo tono malicioso. Era evidente que creía que el señor G. lo había hecho. Pero no podía haber sido el señor Gianini. Carol Fernández escribió en su artículo sobre cosas que era imposible que supiera el señor G., porque *ni siquiera mamá* las sabe, como por ejemplo que en Miragnac hay una pista de aterrizaje privada. Yo nunca se lo he dicho.

Pero cuando le comenté eso a papá, él miró al señor G. con aire receloso. «Muy bien —volvió a decir—, voy a llamar a esa tal Carol Fernández para preguntarle quién ha sido su fuente de información.»

Y, mientras papá lo hacía, yo me quedé «pegada» a Lars. No es broma. Al igual que Tina Hakim Baba, ahora yo también tengo un guardaespaldas que me sigue por los pasillos entre clase y clase. Como si ya no fuera el hazmerreír de todo el mundo.

Ahora tengo un escolta armado.

Intenté evitarlo como pude. Le dije a mi padre: «Papá, sé cuidarme yo solita, de verdad», pero él se mostró del todo inflexible y contestó que aunque Genovia es un

país pequeño, también es muy opulento, y que él no puede correr el riesgo de que me rapten y pidan un rescate, como el chico de *Mi amor secreto,* sólo que mi padre no dijo esto último porque no ha leído *Mi amor secreto.*

Le dije: «Papá, nadie va a raptarme. Esto es el *instituto»,* pero no cedió. Le preguntó a la directora Gupta si tenía algún reparo al respecto y ella respondió: «Por supuesto que no, Alteza».

¡Alteza! ¡La directora Gupta llamó a mi padre «Alteza»! Si la situación no hubiera sido tan seria y solemne, hubiera mojado los pantalones de la risa.

El único aspecto positivo de todo esto es que la directora Gupta me redimió del castigo para el resto de la semana, aduciendo que aparecer fotografiada en el *Post* es de por sí suficiente castigo.

Sin embargo, la verdadera razón de que lo hiciera es que está totalmente embelesada con mi padre. Se comportó con ella como todo un Jean-Luc Picard, llamándola «*madame* directora» y disculpándose por la agitación ocasionada. Flirteaba con ella de tal modo que yo casi esperaba que en cualquier momento le besara la mano. La directora Gupta lleva casada un millón de años, y tiene un lunar negro enorme junto a la nariz. ¡Pero cayó en sus redes! ¡Tragó el anzuelo con deleite!

Me pregunto si Tina Hakim Baba querrá volver a sentarse conmigo para almorzar. Bueno, si es así, al menos nuestros guardaespaldas estarán entretenidos: podrán comparar sus tácticas de defensa civil.



Más miércoles, clase de francés

Empiezo a creer que mi foto tendría que salir publicada en la portada del *Post* más a menudo.

De repente, soy de lo más popular.

Entré en la cafetería (le dije a Lars que se mantuviera a cinco pasos de mí en todo momento, porque hasta entonces no hacía más que pisarme la suela de las botas militares), y, de entre todos los presentes, fue Lana Weinberger quien se acercó a mí mientras yo hacía cola con una bandeja y me dijo: «Hola, Mia. ¿Por qué no te sientas con nosotras?».

Prometo que digo la verdad. Esa hipócrita miserable quiere ser mi amiga ahora que soy princesa.

Tina estaba justo detrás de mí en la cola (bueno, Lars estaba detrás de mí; Tina, detrás de Lars, y el guardaespaldas de Tina, detrás de ella). Pero ¿invitó Lana a Tina a sentarse con ella? Por supuesto que no. El *New York Post* no había calificado a Tina de «belleza escultural». Las chicas bajas y rechonchas —aunque sean hijas de un jeque árabe— no son suficientemente «buenas» para sentarse junto a *Lana.* De ninguna manera. Sólo las princesas de Genovia, de pura sangre, son suficientemente buenas para sentarse junto a *Lana.*

Estuve a punto de tirarle la bandeja por encima.

«No, gracias, Lana —respondí—. Ya tengo alguien con quien sentarme.»

Tendrías que haber visto la cara de Lana. La última vez que vi esa expresión de estupefacción, tenía un cono de helado pegado al pecho.

Más tarde, ya sentadas a la mesa, Tina sólo mordisqueaba su ensalada. No había

pronunciado ni una palabra con relación al tema de la princesa. Sin embargo, mientras tanto, el resto de los presentes en la cafetería —incluidos los impresentables, que nunca se dan cuenta de nada— tenían la mirada clavada en nuestra mesa. La verdad, resultaba bastante incómodo. Sabía que los ojos de Lilly me estaban taladrando. Todavía no me había dicho nada, pero tenía que haberse enterado ya. En realidad, a Lilly no se le escapa casi nada.

En fin, el caso es que después de un rato ya no pude soportarlo más. Dejé en el plato el tenedor con el bocado de arroz y frijoles que estaba a punto de comerme y dije: «Mira, Tina. Si no quieres volver a sentarte conmigo, lo entenderé».

Los grandes ojos de Tina se anegaron en lágrimas. De verdad. Ella agitó la cabeza y su larga trenza negra osciló. «¿Qué quieres decir? —preguntó—. ¿Ya no te caigo bien, Mia?»

Ahora era yo quien estaba atónita. «¿Qué? Pues claro que me caes bien, pero pensaba que quizá yo ya no te caía bien a ti. Me refiero a que... todo el mundo nos está mirando. Comprendería que no quisieras volver a sentarte conmigo.»

Tina sonrió con un ademán triste. «A mí me mira siempre todo el mundo —dijo—. Por Wahim, ya sabes.»

Wahim es su guardaespaldas. Wahim y Lars estaban sentados a nuestro lado, discutiendo sobre qué pistola tenía mayor potencia de fuego, la Magnum 357 de Wahim o la Glock 9 milímetros de Lars. Era un tema algo inquietante, la verdad, pero los dos parecían entusiasmados. Esperaba que en cualquier momento se liaran a tiros.

«Ya ves —prosiguió Tina—, estoy acostumbrada a que todo el mundo me considere rara. Eres tú quien me da pena, Mia. Podrías estar sentada con cualquier otro, cualquiera de los que están en esta cafetería, y aun así sigues aquí. No quiero que te sientas obligada a ser amable conmigo sólo porque nadie más lo es.»

Me puse furiosa. No con Tina, sino con todos los demás del Albert Einstein. Tina Hakim es muy, muy agradable, y nadie lo sabe porque nadie le dirige nunca la palabra, porque no está delgada y porque es más bien reservada y lleva un guardaespaldas pegado a los talones. Mientras los demás se preocupan por cosas como que un *deli* cobre cinco centavos de más a algunos clientes por los aros de *gingco biloba*, en nuestra escuela hay seres humanos inmersos en la desdicha más absoluta porque nadie les da ni los buenos días ni les pregunta: «¿Cómo te ha ido el fin de semana?».

Entonces me sentí culpable, porque sólo una semana antes yo estaba entre esos

desconsiderados. Siempre había pensado que Tina Hakim Baba era un bicho raro. La única razón por la que no quería que nadie descubriera que soy una princesa era el miedo a que luego me trataran del mismo modo que a Tina Hakim Baba. Y, ahora que conozco a Tina, he descubierto cuan equivocada estaba al pensar mal de ella.

Por eso le dije a Tina que era la única persona con quien quería sentarme. Le dije que creía que debíamos permanecer unidas y no sólo por la razón más obvia (Wahim y Lars). Le dije que debíamos permanecer unidas porque el resto de alumnos de nuestra estúpida escuela están LOCOS de remate.

Tina parecía mucho más alegre y empezó a explicarme el argumento del nuevo libro que estaba leyendo. Éste se titula *El único amor verdadero* y trata de una chica que se enamora de un chico que sufre un cáncer terminal. Le dije a Tina que me parecía una lectura bastante desagradable, pero ella me explicó que casi había llegado al final y que el chico se recupera del cáncer terminal. Bueno, supongo que entonces no está tan mal.

Mientras vaciábamos la bandeja, vi que Lilly me miraba. Aquella no era precisamente la mirada propia de alguien con intenciones de disculparse, por lo que no me sorprendió demasiado que más tarde, después de entrar en el aula de G y T, Lilly se sentara y volviera a clavar sus ojos en mí. Boris intentaba hablar con ella de todas las maneras posibles, pero era evidente que ella no le escuchaba. Al final él tiró la toalla, cogió su violín y se dirigió al armario del material, su hábitat natural.

Mientras tanto, así es como transcurrió mi sesión de tutoría con Michael:

Yo: Hola, Michael. He resuelto todos los problemas que me pusiste, pero sigo sin comprender por qué no pudiste consultar los horarios de los trenes para saber a qué hora llegaría a Fargo, en North Dakota, un tren que viaja a 108 kilómetros por hora si sale de Salt Lake City a las 7 de la mañana.

Michael: Con que princesa de Genovia, ¿eh? ¿Pensabas compartir ese pequeño detalle con los demás algún día o teníamos que adivinarlo?

Yo: Confiaba en que nadie lo descubriera.

Michael: ¿Has leído el artículo del *Post,* Thermopolis?

Yo: Ni hablar. No voy a leer esa basura. No sé quién se cree que es esa Carol Fernández, pero...

(Entonces Lilly entró en escena, como si no pudiera soportar quedarse al margen.)

Lilly: Así que no sabes que el príncipe de Genovia, es decir, tu padre, posee un

patrimonio que, incluyendo la propiedad inmobiliaria y la colección de arte del palacio, se estima en más de trescientos millones de dólares.

(Bueno, parecía bastante evidente que Lilly sí había leído el artículo del *Post.)*

Yo: Eh...

¿CÓMO? ¿Trescientos millones de dólares? ¡¿Y a mi me paga cien míseros dólares diarios?!

Lilly: Me pregunto qué porción de esa fortuna fue amasada a costa del sudor de la clase obrera.

Michael: Teniendo en cuenta que los habitantes de Genovia nunca han pagado impuestos por sus ingresos ni sus propiedades, yo diría que la porción es cero. ¿Pero qué demonios te pasa, Lil?

Lilly: Bueno, si tú quieres tolerar los excesos de la monarquía, lo respeto, Michael. Pero resulta que a mí me parece asqueroso, con el estado actual de la economía, que alguien posea una fortuna de trescientos millones de dólares..., ¡sobre todo alguien que no ha trabajado ni un solo día en su vida para conseguirla!

Michael: Disculpa, Lilly, pero a mi entender el padre de Mia hace mucho por su país. El compromiso histórico de su padre, después de que el ejército de Mussolini invadiera el país en 1939, de ejercer los derechos de soberanía según los intereses políticos y económicos de su vecina Francia, a cambio de protección militar y naval en caso de estallar la guerra podría haber atado de pies y manos a un político menos íntegro, pero el padre de Mia se ha esforzado por encauzar el acuerdo en otra dirección. Y sus esfuerzos han dado como resultado la nación con el mayor índice de alfabetización de Europa, uno de los mejores índices de nivel educativo, y los índices de mortalidad infantil, inflación y desempleo más bajos del hemisferio occidental.

(No podía desviar la mirada de Michael después de oír aquello. ¡*Vaya!* ¿Por qué no me enseña Grandmère este tipo de cosas en nuestras lecciones de princesa? Me refiero a que esa información me resultaría muy útil. No necesito saber en qué dirección debo ladear el cuenco de la sopa. Necesito saber cómo defenderme de los virulentos detractores de la monarquía, como mi ex mejor amiga, Lilly.)

Lilly: [A Michael.] Cállate. [A mí.] Veo que ya te han inculcado su propaganda populista como a una chica buena.

Yo: ¿Yo? Es Michael el que...

Michael: Vamos, Lilly. Estás celosa.

Lilly: ¡No estoy celosa!

Michael: Sí, sí lo estás. Estás celosa porque Mia se cortó el pelo sin consultarte. Estás celosa porque tú dejaste de hablarle y ella se ha hecho otra amiga. Y estás celosa por todo el tiempo que Mia ha guardado en secreto su condición y no te lo ha explicado.

Lilly: Michael, ¡CÁLLATE!

Boris: [Asomándose por la puerta del armario del material.] ¿Lilly? ¿Has dicho algo?

Lilly: ¡NO HABLABA CONTIGO, BORIS!

Boris: Lo siento. [Y vuelve a introducirse en el armario.]

Lilly: [Realmente furiosa.] Vaya, Michael, qué deprisa te has puesto del lado de Mia. Me pregunto si se te ha ocurrido pensar que tu argumento, aunque ostensiblemente basado en la lógica, podría tener raíces menos intelectuales que libidinosas.

Michael: [Sonrojándose por alguna razón.] Vale. ¿Y tu persecución de los Ho? ¿Arraiga en un razonamiento intelectual? ¿O es más un ejemplo de vanidad convertida en frenesí?

Lilly: Eso es un argumento circular.

Michael: No lo es. Es empírico.

(¡Vaya! ¡Michael y Lilly son tan inteligentes! Grandmère tiene razón: necesito mejorar mi vocabulario.)

Michael: [A mí.] Entonces, este tipo [señalando a Lars] ¿tendrá que seguirte a todas partes a partir de ahora?

Yo: Sí.

Michael: ¿De verdad? *¿A todas partes?*

Yo: A todas partes excepto a los servicios de chicas. Entonces espera fuera.

Michael: ¿Y si tienes una cita con un chico, como en el Baile de la Diversidad Cultural el próximo fin de semana?

Yo: Bueno, en realidad todavía no tengo ese problema, ya que nadie me ha pedido

que le acompañe.

Boris: [Asomando por la puerta del armario.] Perdonad, pero es que acabo de derramar un bote de pegamento con el codo y cuesta mucho respirar aquí dentro. ¿Os importa si salgo?

Todos los presentes en el aula de G y T: ¡¡¡SÍ!!!

Señorita Hill: [Asomando por la puerta.] ¿Qué es todo este jaleo? Apenas logramos oír nuestros pensamientos en la sala de profesores. Boris, ¿qué haces en el armario del material? Sal ahora mismo. Y los demás, ¡volved al trabajo!

Tengo que leer con calma el artículo del *Post.* ¡¿Trescientos millones de dólares?! ¡Eso es casi tanto como lo que la estrella de la televisión Oprah Winfrey ganó el año pasado!

Y si somos ricos, ¿por qué razón el televisor de mi habitación es en blanco y negro?

Nota para mí: busca en el diccionario la definición de *empírico y libidinoso.*



Miércoles por la noche

¡No me extraña que papá se enfadara tanto con el artículo de Carol Fernández! Cuando Lars y yo salimos del Albert Einstein después de la sesión de repaso, había periodistas por todas partes. Y no es broma. Como si yo fuera una asesina o una celebridad o algo así.

Según el señor Gianini, que nos acompañó, los periodistas habían ido llegando a lo largo del día. Había furgonetas de los canales New York One, Fox News, CNN, Entertainment Tonight..., a gusto del consumidor. Han intentado entrevistar a todos los alumnos del Albert Einstein, preguntándoles si me conocen (por una vez, ser impopular tiene ventajas; no creo que encontraran a nadie capaz de recordar quién soy..., al menos, no con mi nuevo peinado, que ya no es triangular). El señor G. dice que la directora Gupta al final tuvo que llamar a la policía, porque el Albert Einstein es una propiedad privada y los periodistas la estaban allanando sin derecho, dejando colillas por las escaleras, bloqueando la acera, apoyándose en Joe y todo eso.

Lo cual, bien pensado, es exactamente lo que todos los alumnos populares hacen al salir de clase, y la directora Gupta nunca llama a la policía por ellos..., claro que supongo que sus padres pagan a la escuela por su formación.

Tengo que decir que ahora ya creo saber cómo debió de sentirse la princesa Diana. Me refiero a que cuando Lars, el señor G. y yo salimos, los periodistas empezaron a agolparse a nuestro alrededor, gritándonos, micrófono en mano —y en el aire—, cosas del tipo: «Amelia, ¡una sonrisa, por favor!» y «Amelia, ¿qué se siente despertando una mañana como hija de madre soltera y acostándote el mismo día como princesa real, dueña de una fortuna de más de trescientos millones de dólares?».

Me asusté bastante. Aunque hubiera querido hacerlo, no podría haber respondido a sus preguntas, porque no sabía a qué micrófono dirigirme. Además, todos aquellos

flashes destellando frente a mi cara me cegaban.

Entonces Lars entró en acción. Tendrías que haberlo visto. En primer lugar, me indicó que no dijera nada. Luego me rodeó con un brazo y le ordenó al señor G. que me rodeara por el otro lado. Y luego, no sé cómo, agachamos la cabeza y nos introdujimos entre aquella muchedumbre de cámaras y micrófonos y entre las personas que los sostenían, y lo siguiente que supe fue que Lars me empujaba hacia el asiento posterior del coche de mi padre y que entraba detrás de mí.

¡Impresionante! Supongo que el adiestramiento en el Ejército israelí salía a relucir. (Había oído a Lars explicándole a Wahim que fue allí donde aprendió a utilizar un Uzi. En realidad, resulta que Wahim y Lars tienen amigos comunes. Supongo que todos los guardaespaldas estudian en la misma escuela de formación en el desierto del Gobi.)

En fin. El caso es que en cuanto Lars cerró la puerta trasera, dijo: «Arranca», y el tipo que estaba al volante pisó el pedal del acelerador. No le reconocí, pero en el asiento del copiloto estaba mi padre. Y mientras nos alejábamos, con los frenos chirriando, los flashes destellando, los periodistas saltando sobre el parabrisas para obtener el mejor plano, mi padre soltó de improviso y con un tono de voz relajado: «Bueno, Mia. ¿Cómo te ha ido el día?».

¡Dios mío!

Preferí hacer como si no le hubiera oído y me volví para decirle adiós con la mano al señor G. ¡Pero al señor G. se lo había tragado una marea de micrófonos! Aunque no les diría nada, seguro. Los apartaba con gestos e intentaba caminar hacia la boca del metro para coger la línea E de vuelta a casa.

Sentí lástima por el pobre señor Gianini. Es muy probable que haya metido su lengua en la boca de mi madre, pero es un tipo muy agradable y no se merece semejante acoso de los medios de comunicación.

Eso le dije a papá, y también que deberíamos haberle acompañado a casa, pero por toda respuesta él se ajustó el cinturón de seguridad, enfurruñado. Luego exclamó: «Odio estas situaciones. Siempre acaban asfixiándome».

Le pregunté a qué instituto iría a partir de ahora.

Mi padre me miró como si me hubiera vuelto loca. «¡Dijiste que querías quedarte en el Albert Einstein!», casi gritó.

Yo le contesté que bueno, sí, pero que eso era antes de que Carol Fernández se fuera del pico conmigo.

Mi padre quiso saber qué era «irse del pico», y le expliqué que alguien se va del pico cuando revela tu orientación sexual a un canal de televisión, un periódico u otro ámbito público. Sólo que en este caso, en lugar de mi orientación sexual, se había revelado mi condición real.

Entonces papá dijo que no podía cambiar de instituto sólo porque alguien se hubiera ido del pico y hubiera proclamado que soy una princesa. Dijo que tengo que quedarme en el Albert Einstein y que Lars vendrá conmigo a clase y me protegerá de los periodistas.

Le pregunté quién conduciría y señaló al nuevo tipo, Hans.

El nuevo tipo asintió, mirándome por el espejo retrovisor y dijo: «Hola».

Y yo pregunté: «¿Lars me va a acompañar a todas partes?» ¿Y si sólo quisiera dar un paseo hasta la casa de Lilly? Bueno, si Lilly y yo todavía fuéramos amigas, lo cual ahora está claro que no va a volver a ocurrir.

Y mi padre contestó: «Sí, Lars irá contigo».

Así que, básicamente, no voy a volver a ir sola a ningún sitio.

Esto me puso furiosa. Sentada en el asiento trasero, la luz roja de un semáforo me iluminaba la cara. «Vale, muy bien. No quiero seguir siendo una princesa. Puedes quedarte con los cien dólares diarios y enviar a Grandmère de vuelta a Francia. Abandono.»

Mi padre respondió, con voz cansina: «No puedes abandonar, Mia. El artículo de hoy ha cerrado el trato. Mañana tu rostro aparecerá en todos los periódicos de Estados Unidos, y quizá también en los del resto del mundo. Todos sabrán que eres la princesa Amelia de Genovia. No puedes abandonar, no puedes dejar de ser quien eres».

Supongo que no fue algo muy propio de una princesa, pero lloré hasta llegar al Plaza. Lars me ofreció su pañuelo, un detalle que me pareció muy bonito.



Más miércoles

Mi madre cree que la persona que proporcionó la información a Carol Fernández es Grandmère.

Pero yo no puedo creer que Grandmère sea capaz de hacer algo así..., me refiero a vender al *Post* la exclusiva de mi rango, sobre todo teniendo en cuenta lo atrasada que voy con las lecciones de princesa. ¿Sabes? Es ya casi seguro que a partir de ahora voy a tener que empezar a comportarme como una princesa —quiero decir, como una princesa de verdad—, pero Grandmère todavía no ha entrado en la materia más importante, como por ejemplo el modo de discutir, empleando argumentos fundados, con detractores de la monarquía como Lilly. De momento, Grandmère sólo me ha enseñado a sentarme, vestirme, utilizar el tenedor de pescado, dirigirme a miembros inferiores del personal de la casa real, decir «muy agradecida» y «no, gracias» en siete idiomas, preparar un Sidecar y varias teorías marxistas.

¿De qué va a servirme ESO?

Sin embargo, mamá está segura. Nada le hará cambiar de opinión. Papá se enfadó mucho con ella, pero ni siquiera eso la hizo dudar. Dice que Grandmère es quien proporcionó la información a Carol Fernández y que todo cuanto tiene que hacer mi padre es preguntarle para descubrir la verdad.

Mi padre preguntó..., pero no a Grandmère, sino a mi madre. Le preguntó si alguna vez se había molestado en considerar que podría haber sido su novio quien se había ido de la lengua con Carol Fernández.

Creo que en ese mismo instante se arrepintió de haberlo dicho, porque a mamá se le pusieron esos ojos que sólo se le ponen cuando está realmente furiosa; insisto, *realmente* furiosa, como cuando le hablé de aquel tipo que nos enseñó «ya-sabes-qué» a Lilly y a mí un día en el Washington Square Park mientras filmábamos unas tomas

para su programa. En aquella ocasión, entornó los ojos más y más hasta convertirlos en dos ranuras muy finas, y lo siguiente que hizo fue ponerse el abrigo y salir a dar patadas a algún semáforo.

Sin embargo, cuando papá dijo eso sobre el señor Gianini, mamá no se puso el abrigo. Entornó los ojos, frunció los labios, apretándolos hasta dejarlos fuera de la vista, y espetó: «Fuera... de aquí», con una voz que recordaba un poco al espíritu maligno de la película *Terror en Amityville.*

Pero papá no se fue, aunque técnicamente el apartamento es propiedad de mi madre (gracias a Dios, Carol Fernández no publicó la dirección en el periódico; y también gracias a Dios que mi madre se empeña en creer que Jesse Helms está instigando a la CÍA para que investigue a artistas sociopolíticos como ella y les retire de inmediato las becas de la NEA, pues por ese motivo decidió que nuestro número de teléfono no figurara en las guías. Ningún periodista ha descubierto el apartamento, así que al menos podemos seguir pidiendo comida china a domicilio sin temor a que el *Extra* publique cuánto le gusta a la princesa Amelia el *moo shu* vegetal).

En lugar de marcharse, mi padre dijo: «Helen, sinceramente, creo que tus diferencias con mi madre te están cegando y te impiden ver la realidad».

«¿La realidad? —gritó mamá—. La realidad, Phillipe, es que tu madre es...»

Llegados a ese punto, decidí que era preferible retirarme a mi habitación. Me puse los auriculares para no tener que escuchar su discusión. Es un truco que aprendí de los chicos que salen en esos telefilmes que tratan de padres que se divorcian. Mi compacto favorito en estos momentos es el último de Britney Spears. Una vez soñé que era Britney y que daba un concierto en el auditorio del Albert Einstein; llevaba un vestido rosa corto y Josh Richter me piropeaba justo antes de salir al escenario.

¿No te parece ridículo? Lo más gracioso es que mientras que a Lilly no podría explicarle este sueño sin que ella se pusiera freudiana y me dijera que el vestido rosa es un símbolo fálico y que ser Britney significa que me falta autoestima o algo así, sí podría contárselo a Tina Hakim Baba y sé que ella se interesaría mucho y me preguntaría si Josh llevaba pantalones de cuero.

Creo que no lo había dicho hasta ahora, pero resulta muy difícil escribir con las uñas postizas.

Cuanto más lo pienso, tanto más me pregunto si fue Grandmère quien filtró la información a Carol Fernández. De hecho, hoy he llegado llorando a la lección de princesa y Grandmère no ha mostrado ni una pizca de compasión. Me ha

preguntado: «¿Y todas estas lágrimas son por...?». Y cuando se lo he explicado, se ha limitado a arquear las cejas maquilladas —se las depila y se las pinta cada día, lo cual me parece bastante ilógico, la verdad, pero en fin— y ha soltado: «*C'est la vie*», una expresión francesa que significa: «Así es la vida».

Aunque yo no creo que en la vida haya muchas chicas que aparezcan en la portada del *Post,* a menos que les toque la lotería o mantengan relaciones sexuales con el presidente del país o algo así. Lo único que yo he hecho ha sido nacer.

A mí no me parece en absoluto que esto «sea la vida». En realidad, lo que me parece es que esto es un fastidio. Eso es lo que me parece.

Entonces Grandmère ha empezado a explicarme que se había pasado el día recibiendo llamadas de representantes de distintos medios de comunicación y que todos querían entrevistarme, como Leeza Gibbons y Barbara Walters, por ejemplo, y me ha dicho que tendría que ofrecer una conferencia de prensa, y que ella ya había hablado con el personal del Plaza al respecto, y que ellos reservarían una sala con tarima y una jarra de agua fría y macetas con palmeras y todo eso.

¡No daba crédito! Le he dicho: «¡Grandmère! ¡No quiero hablar con Barbara Walters! ¡Por Dios! ¡Como si me apeteciera que todo el mundo esté al corriente de mi vida!».

Y Grandmère ha contestado, toda remilgada: «Muy bien, si no intentas complacer a los medios de comunicación, intentarán obtener información por otros cauces, lo que significa que seguirán acosándote a la salida de la escuela y que rondarán la casa de tus amigos, la tienda donde habitualmente compras y el videoclub donde alquilas esas películas que tanto te gustan».

Grandmère no cree en el vídeo. Dice que si Dios hubiera querido que viéramos películas en casa, no habría inventado los tráileres de los estrenos inminentes.

Luego Grandmère ha querido saber dónde estaba mi sentido del deber cívico. Ha dicho que si saliera en *Dateline,* ello fomentaría en gran medida el turismo en Genovia.

Quiero hacer lo mejor para Genovia. De veras. Pero también tengo que hacer lo mejor para Mia Thermopolis, y salir en *Dateline* no sería nada bueno para mí.

Sin embargo, Grandmère está entusiasmada con la posibilidad de promover Genovia. Así que he empezado a preguntarme si quizá, sólo quizá, mamá tenía razón. Quizá fue Grandmère quien habló con Carol Fernández.

Pero ¿es capaz Grandmère de hacer algo semejante?

Bueno, sí.

Acabo de quitarme los auriculares. Siguen discutiendo.

Parece que va a ser una noche muy larga.



Jueves, 16 de octubre, sala de alumnos

Pues sí, esta mañana mi cara aparecía publicada en las portadas del *Daily News* y el *New York Newsday*, y también en la sección de sociedad de *The New York Times.* Utilizaron la fotografía de la escuela, algo que no alegró demasiado a mamá, la verdad, porque significa que o bien alguno de los miembros de la familia a quienes ella ha enviado una copia de la foto —lo cual no dice mucho a favor de Grandmère—, o bien alguien del Albert Einstein la ha filtrado —lo cual no dice mucho a favor del señor Gianini—. Yo estoy un poco disgustada porque esa fotografía me la hicieron antes de que Paolo me cortara el pelo y en ella me parezco a esas chicas que siempre salen en la televisión explicando que fueron captadas por una secta o que han huido de un marido que abusaba de ellas o algo así.

Cuando Hans aparcó a la entrada de la escuela, había allí más periodistas que nunca. Supongo que todos los informativos matinales necesitaban una noticia en directo. Generalmente retransmiten el accidente de un camión que transportaba pollos en Palisades Parkway o a algún tarado que mantiene a su esposa y a sus hijos encerrados en Queens como rehenes. Pero hoy me ha tocado a mí.

En cierto modo, esperaba que esto sucediera y hoy he ido un poco más preparada que ayer. Así que, transgrediendo flagrantemente los dictados de mi abuela referentes a la ropa, hoy me he puesto las botas militares, con cordones nuevos (por si tenía que pegar una patada a alguien que se me acercara demasiado con un micrófono en la mano), y también todas las chapas que tengo de Greenpeace y las de las consignas contra el comercio de pieles, con lo que mi fama, cuanto menos, tendrá alguna utilidad.

Y se repitió la escena del día anterior. Lars me agarró de un brazo y juntos nos apresuramos a cruzar el mar de cámaras de televisión y micrófonos para alcanzar la escuela. Mientras corríamos, los periodistas me gritaban cosas como: «Amelia, ¿seguirás el ejemplo de la princesa Diana y te convertirás en la reina de los corazones

del pueblo?», «Amelia, ¿quién te gusta más, Leonardo di Caprio o el príncipe Guillermo?» y «Amelia, ¿qué opinas de la industria de la carne?».

Estuvieron a punto de hacerme caer en sus redes con esta última pregunta. Empecé a volverme, pero Lars me arrastró al vestíbulo del instituto.

ESTO ES LO QUE NECESITO HACER

Pensar en cómo volverle a caer bien a Lilly.

Dejar de ser tan endeble.

Dejar de mentir
y/o

idear mentiras mejores.

Dejar de ser tan dramática.

Empezar a ser más:

independiente,

segura,

madura.

Dejar de pensar en Josh Richter.

Dejar de pensar en Michael Moscovitz.

Sacar mejores notas.

Lograr autorrealizarme.



Jueves, clase de álgebra

Hoy, en la clase de álgebra, el señor Gianini se ha esforzado al máximo por enseñarnos el plano cartesiano, pero nadie le prestaba atención debido a la cantidad de furgonetas de medios de comunicación que había fuera. Todos no hacían más que levantarse, asomarse por la ventana y gritar a los periodistas: «¡Vosotros matasteis a Lady Di! ¡Devolvednos a Lady Di!».

El señor Gianini intentaba una y otra vez mantener el orden en el aula, pero era imposible. Lilly se consumía porque todo el mundo se unía contra los periodistas, pero nadie había querido manifestarse frente al Ho's Deli y entonar su eslogan, que era: «Nos oponemos al flagrante racismo de los Ho».

Bueno, es un poco más difícil de decir que «¡Vosotros matasteis a Lady Di! ¡Devolvednos a Lady Di!»; quizá era por eso. El eslogan de Lilly tenía demasiadas palabras largas.

Al señor Gianini no le quedó más remedio que darnos una charla sobre si los medios de comunicación eran los verdaderos culpables de la muerte de la princesa Diana, o si el conductor del coche en el que ella iba estaba un poco ebrio. Alguien intentó decir que el conductor no estaba borracho, sino que había sido envenenado y que seguramente todo era un complot del servicio secreto británico, pero el señor Gianini nos pidió por favor que regresáramos a la realidad.

Entonces Lana Weinberger me preguntó desde cuándo sé que soy una princesa. No podía creer que se estuviera dirigiendo a mí sin ser impertinente, y le respondí que no sabía, que desde hacía un par de semanas o así, y Lana dijo que si ella se enterara de repente de que es una princesa se iría directa a Disneyworld, y yo le dije que no, que no era una buena idea porque se perdería los ensayos de las animadoras, y ella dijo que no entendía por qué no me iba yo a Disneyworld, puesto que no participo en ninguna actividad extraescolar, y Lilly se puso a hablar de la

«Disneyficación» de Estados Unidos y de que Walt Disney en realidad era un fascista, y entonces todo el mundo empezó a preguntarse si era verdad que su cuerpo está crionizado bajo el castillo de Anaheim, y el señor Gianini suplicó: «Por favor, ¿podemos volver al plano cartesiano?».

Bien pensado, probablemente sea un plano más seguro que el plano en que vivimos, pues en él no hay periodistas.

El sistema cartesiano de coordinadas divide el plano en cuatro planos denominados *cuadrantes.*



Jueves, aula de G y T

He almorzado con Tina Hakim Baba, Lars y Wahim, y Tina me ha explicado que en Arabia Saudí, de donde es natural su padre, las chicas tienen que llevar un chador, una especie de sábana enorme que las cubre de la cabeza a los pies, con una ranura para los ojos. Se supone que sirve para protegerlas de la mirada lujuriosa de los hombres, pero Tina dice que sus primas llevan vaqueros de Gap debajo del chador, y que cuando no hay adultos cerca, se lo quitan y salen con chicos, como hacemos nosotras.

Bueno, como *haríamos* nosotras si gustáramos a los chicos.

Lo retiro. Había olvidado que Tina tiene un chico con quien salir, su acompañante para el Baile de la Diversidad Cultural, Dave Farouq El-Abar.

¡Dios! Pero ¿qué tengo yo de malo? ¿Por qué no gusto a los chicos?

Tina seguía hablándome del chador cuando de repente Lana Weinberger depositó su bandeja junto a las nuestras.

En serio: *Lana Weinberger.*

Obviamente, yo creí que su intención era pasarnos la factura de la limpieza en seco de su camiseta o rociar nuestras ensaladas con salsa tabasco o algo así. Sin embargo, nos preguntó, con tono jovial: «No os importa que me siente con vosotras, ¿verdad?».

Y entonces vi que alguien depositaba una bandeja junto a la mía. En ella había dos hamburguesas de queso dobles, un paquete grande de patatas fritas, dos batidos de chocolate, un cuenco con chili, una bolsa de Doritos, una ensalada con aliño francés, un paquete de Yodels, una manzana y un vaso grande de Coca-Cola. Levanté la mirada para ver quién demonios era capaz de ingerir semejante cantidad de grasas saturadas y vi a Josh Richter arrastrando una silla hacia mi mesa.

En serio: *Josh Richter.*

Me dijo: «Hola», se sentó y empezó a comer.

Miré a Tina, Tina me miró a mí, y luego las dos miramos a nuestros guardaespaldas. Pero ellos estaban demasiado entretenidos discutiendo si las pelotas de goma realmente podían herir a los manifestantes, o era preferible emplear sólo mangueras de agua a presión.

Tina y yo volvimos a mirar a Lana y a Josh.

Las personas muy atractivas, como Lana y Josh, nunca van solas a ningún sitio. Llevan siempre una especie de séquito que las sigue a donde vayan. El séquito de Lana consiste en un puñado de chicas, muchas de las cuales son, como ella, animadoras veteranas del equipo titular. Todas son guapísimas, tienen el pelo largo y pechos y todo eso, como Lana.

El séquito de Josh consiste en un puñado de chicos veteranos que forman parte del equipo titular. Todos son muy altos y apuestos y comen cantidades desmesuradas de productos cárnicos, como Josh.

El séquito de Josh puso sus bandejas al lado de la de Josh. El séquito de Lana puso sus bandejas al lado de la de Lana. Y así, en poco rato, nuestra mesa, que hasta el momento había estado ocupada sólo por dos mocosas y sus guardaespaldas, fue agraciada con la presencia de la flor y nata del Albert Einstein..., y quizá incluso de todo Manhattan.

Miré a Lilly y vi que sus ojos destellaban y se agrandaban como siempre que ve algo que, en su opinión, sería un material fantástico para su programa.

«Y bien —dijo Lana, entusiasmada, mientras picoteaba en su ensalada (sin aderezo y con sólo un vaso de agua al lado)—, ¿qué vas a hacer este fin de semana, Mia? ¿Vas a ir al Baile de la Diversidad Cultural?»

Esa era la primera vez que me llamaba Mia en lugar de Amelia.

«Hum —respondí, brillante—. Déjame pensar...»

«Porque los padres de Josh estarán fuera este fin de semana y estamos pensando en montar algo el sábado por la noche, después del baile. Deberías venir.»

«Hum —repetí—. Bueno, no sé...»

«Debería venir, sin duda —insistió Lana, pinchando un tomate *baby* con el tenedor

—. ¿No te parece, Josh?»

Josh comía chili usando los Doritos a modo de cuchara. «Claro —contestó, con la boca llena—. Debería venir.»

«Será *fenomenal* —prosiguió Lana—. La casa de Josh es *total.* Tiene seis habitaciones, está en Park Avenue y en el dormitorio principal hay un jacuzzi. ¿Verdad que hay un jacuzzi, Josh?»

Josh respondió: «Sí, hay...».

Pierce, uno de los miembros del séquito de Josh, un remero de un metro noventa, le interrumpió. «Eh, Richter, ¿te acuerdas de la última fiesta? ¿Cuando Bonham-Allen se desmayó en el jacuzzi? ¡Fue *tope guay*!

Lana soltó una risilla cursi. «¡Oh, Dios! Se tragó la botella entera de Bailey's. ¿Te acuerdas, Josh? Se lo bebió casi todo, la muy cerda, y luego no paraba de vomitar.»

«Menuda *trallada*», confirmó Pierce.

«Tuvieron que hacerle un lavado de estómago —explicó Lana, dirigiéndose a Tina y a mí—. Los enfermeros dijeron que si Josh no los hubiera llamado a tiempo, ella habría muerto.»

Todos nos volvimos hacia Josh, y él dijo, con modestia: «No moló nada».

Lana dejó de reírse. «No», dijo, muy solemne, después de que Josh confesara que había sido desagradable.

No sabía qué esperaban que yo dijera al respecto, así que me limité a decir: «Vaya».

«Entonces —añadió Lana, introduciéndose un trozo de lechuga en la boca y sorbiendo un trago de agua—, ¿piensas venir o no?»

«Lo siento —respondí—. No puedo.»

Muchas de las amigas de Lana, que habían estado cuchicheando, dejaron de hablar y me miraron. Sin embargo, los amigos de Josh siguieron comiendo.

«¿No *puedes?*», preguntó Lana, con una expresión de asombro e incredulidad en el rostro.

«No —repetí—. No puedo.»

«¿Qué quieres decir con que *no puedes?*»

Sentí tentaciones de mentir. Podría haber dicho algo como: «Lana, no puedo ir porque tengo que cenar con el primer ministro de Islandia». Podría haber dicho: «No puedo ir porque tengo que botar un yate de cruceros». Se me podían haber ocurrido una infinidad de excusas, pero por primera vez, por primera vez en toda mi estúpida vida, dije la verdad.

«No puedo ir —confesé— porque mi madre no me dejaría ir a una fiesta así.»

¡Oh, Dios mío! ¿Qué había dicho? ¿Por qué, por qué, por qué? Tendría que haber mentido. Sin duda, tendría que haber mentido. Porque ¿qué parecía, habiendo dicho algo así? ¡Un bicho raro! Peor que eso, ¡una imbécil! ¡Una idiota supina!

No sé qué me llevó a decir la verdad. Ni siquiera era la *verdadera* verdad. Quiero decir que... era *una* verdad, pero no era *la verdadera* razón por la que decía no. Era cierto que mi madre no me daría permiso para ir a una fiesta en el apartamento de un chico con sus padres fuera de la ciudad. Incluso con guardaespaldas. Pero el verdadero motivo, por supuesto, es que no sabría cómo *comportarme* en una fiesta como esa. He oído hablar de ese tipo de fiestas. Suelen haber *habitaciones enteras* reservadas para que la gente se dé el lote. Me refiero a besos franceses «avanzados». Quizá incluso MÁS que besos franceses. Quizá incluso se tocan «por encima de la cintura». Quizá incluso también «por debajo de la cintura». No estoy segura, porque no he ido nunca a una fiesta así. Ninguno de mis amigos es suficientemente popular para ser invitado.

Además, todo el mundo bebe. Pero yo no bebo y no tengo a nadie con quien darme el lote. Así que ¿qué *haría* yo allí?

Lana me miró, luego miró a sus amigas y se echaron a reír. En voz alta. Quiero decir MUY alta.

Bueno, supongo que no puedo culparla.

«Oh, Dios mío —dijo Lana, cuando volvió a recuperar el aliento después de que las carcajadas le impidieran hablar—. Debes de estar de broma.»

En ese instante supe que Lana acababa de descubrir algo nuevo con lo que torturarme. No me preocupaba tanto por mí como por Tina Hakim Baba, que había intentado pasar inadvertida durante mucho tiempo. De repente, por mi culpa, había sido introducida a la sala de tortura de las chicas populares.

«Oh, Dios mío —repitió Lana—. ¿Me tomas el pelo?»

«Hum —musité—. No.»

«Bueno, se supone que no tienes que decirle la verdad», dijo Lana, recuperando su tono de voz repelente.

No tenía ni idea de a qué se refería.

«A tu madre. *Nadie* le dice la *verdad* a su madre. Dile que vas a pasar la noche en casa de una amiga.»

Oh. Se refería a mentir. A mi madre. Era evidente que Lana no conocía a mi madre. *Nadie* miente a mi madre. Es imposible. Y menos con algo así. Imposible.

Por lo que le respondí: «Mira, no es que no os agradezca que me invitéis y eso, pero es que no creo que pueda ir. Además, nunca bebo...».

Vale, *eso* fue otro gran error.

Lana me miró como si nunca hubiera visto *Cinco en familia* y dijo: «¿Que no *bebes?*».

Me quedé mirándola. La verdad es que en Miragnac sí bebo. Bebemos vino con la cena todas las noches. Eso es lo que se hace en Francia, aunque no se bebe por *diversión.* Se bebe para acompañar la comida. Al parecer, ensalza el sabor *del foie gras.* Eso no lo sé a ciencia cierta, ya que no como *foie gras,* pero por experiencia propia puedo decirte que al queso de cabra le va mejor el vino que la Pepsi.

Aunque yo jamás me tragaría una botella entera, ni siquiera por una apuesta. Ni siquiera por Josh Richter.

Así que me encogí de hombros y dije: «No. Intento ser respetuosa con mi cuerpo y no ingerir demasiadas toxinas».

Lana soltó una carcajada al oír aquello, pero, enfrente de ella —a mi lado—, Josh Richter se tragó el bocado de hamburguesa que masticaba y comentó: «Yo respeto eso».

Lana se quedó boquiabierta. Y, siento decirlo, yo también. ¿Josh Richter respetaba algo que *yo* había dicho? ¿En serio?

Pero sí, él parecía muy serio. Más que serio. Tenía el mismo aspecto que aquel día en Bigelows, como si pudiera mirar en mi interior con sus ojos de color azul eléctrico... Como si ya hubiera visto mi alma...

Supongo que Lana no se dio cuenta de que su novio miraba en mi alma, porque

exclamó: «Por Dios, Josh. ¡Pero si tú bebes más que nadie en toda la escuela!».

Josh se volvió, la miró con sus ojos hipnóticos y dijo, sin sonreír: «Bueno, pues entonces quizá debería dejar de hacerlo».

Lana se echó a reír y soltó: «¡Ah, sí! ¡Y qué más!».

Josh tampoco se rió de eso. Sólo siguió mirándola.

Fue entonces cuando empecé a sentir un cosquilleo nervioso. Josh seguía mirándola. Me alegré de que no fuera *a mí* a quien mirara de aquel modo; esos ojos azules no tienen nada de divertido.

Me puse en pie de un salto y cogí mi bandeja. Tina, al verme, hizo lo mismo.

«Bueno —dije—. Adiós.»

Y nos largamos.

A punto de dejar caer las bandejas, Tina preguntó: «¿De qué iba todo eso?», y yo le respondí que no lo sabía, aunque una cosa tengo clara: por primera vez, me alegro de no ser Lana Weinberger.



Más jueves, clase de francés

Cuando, después de almorzar, me dirigí a mi taquilla para coger los libros de francés, Josh estaba allí, como apoyado contra su taquilla —cerrada—, mirando a un lado y a otro. Al verme, se irguió y dijo: «Hola».

Y sonrió. Una amplia sonrisa que dejaba ver su dentadura blanca. Su dentadura blanca y perfectamente alineada. Tuve que desviar la mirada, por la perfección y la blancura cegadora de sus dientes.

Le contesté: «Hola». Me resultaba muy embarazoso porque acababa de verle más o menos peleándose con Lana. Supuse que estaba esperándola y que luego se meterían mano y se darían besos franceses, así que intenté cambiar los libros lo más deprisa posible y salir pitando para no verlo.

Sin embargo, Josh empezó a *hablarme.* Dijo: «Estoy totalmente de acuerdo con lo que dijiste en la cafetería. Ya sabes, lo de respetar tu cuerpo y eso. Creo que es una actitud, ya sabes, bastante genial».

Noté que empezaba a ruborizarme. En realidad, me ardía la cara. Me concentré en no dejar caer nada mientras guardaba algunos libros en la taquilla y sacaba otros. Es una lástima que ahora lleve el pelo tan corto, porque eso me impidió ocultar la cara para que no viera lo roja que me estaba poniendo. «Ah», musité; un comentario de lo más inteligente.

«Entonces —continuó Josh—, ¿vas a ir al baile con alguien?»

Se me cayó el libro de álgebra y rebotó por el pasillo. Me agaché para recogerlo.

«Hum», dije, como respuesta a su pregunta.

Estaba en el suelo a cuatro patas, recogiendo hojas con apuntes que se habían

desprendido del libro de álgebra, cuando topé con unas rodillas cubiertas de franela. Y entonces, junto a mi cara, apareció la de Josh.

«Toma», dijo, alargándome mi lápiz favorito, el que tiene una borla de plumas en un extremo.

«Gracias», contesté. Y entonces cometí el error de mirarle a los ojos, a sus ojos excesivamente azules.

«No —musité, mareada, porque así es como me hacían sentir sus ojos: mareada—. No voy con nadie al baile.»

En ese instante sonó la campana.

Josh dijo: «Bueno, hasta luego». Y se fue.

Todavía estoy conmocionada.

Josh Richter *me ha hablado. Me ha hablado* de verdad. Y *en dos ocasiones.*

Por primera vez en un mes, no me importa en absoluto suspender álgebra. No me importa que mi madre salga con uno de mis profesores. No me importa ser la heredera al trono de Genovia. Ni siquiera me importa que mi mejor amiga y yo no nos hablemos.

Creo que podría *gustarle* a Josh Richter.

DEBERES

Algebra: ¿¿¿??? ¡¡¡No me acuerdo!!!

Lengua: ¿¿¿??? Preguntar a Shameeka.

Civilizaciones del mundo: ¿¿¿??? Preguntar a Lilly. **Olvídalo.** No puedo preguntarle a Lilly. No me habla.

G y T: Nada.

Francés: ¿¿¿???

Biología: ¿¿¿???

Dios, la mera posibilidad de gustarle a un chico me ha hecho perder por completo la cabeza. Me doy asco.



Jueves por la noche

Grandmère dice: «Pues claro que le gustas a ese chico. ¿Qué podría disgustarle de ti? Te estás volviendo muy atractiva, gracias al trabajo artesanal de Paolo y a mi tutelaje».

Vaya, Grandmère. Gracias. Como si fuera imposible que yo pueda gustarle a algún chico *por mí misma,* y no porque de repente sea una princesa con un corte de pelo de doscientos dólares.

Creo que en cierto modo la odio.

De veras. Sé que no está bien odiar a la gente, pero en cierto modo yo odio a mi abuela. Al menos, no la soporto. Es que..., además de ser increíblemente vanidosa y egocéntrica, también es mala con los demás.

Como esta noche, por ejemplo:

Grandmère decidió que la lección de hoy la dedicaríamos a salir a cenar fuera del hotel para enseñarme a tratar con la prensa. El problema es que fuera no había demasiados periodistas, sólo alguno muy joven del *Tiger Beat* o algo parecido. Creo que los periodistas de verdad se habían ido a su casa a cenar. (Además, para la prensa no es divertido estar al acecho cuando uno está dispuesto a recibirla. Así es como se divierten de verdad, o como mínimo esa es la conclusión a la que he llegado.)

Bueno. El caso es que me alegré mucho de la escasa presencia de periodistas, porque ¿a quién le gusta tenerlos alrededor, gritándote preguntas y disparándote el flash en la cara? Créeme, luego veo manchitas de color violeta por todas partes.

Pero cuando me disponía a entrar en el coche en el que Hans había venido a recogernos, Grandmère dijo: «Espera un momento» y volvió al hotel. Pensé que

quizá había olvidado la diadema o algo así, pero al cabo de uno o dos minutos regresó sin ningún cambio perceptible.

Pero entonces, al aparcar frente a la puerta del restaurante, el Four Seasons, ¡la entrada estaba atestada de periodistas! Al principio creí que habría alguien importante en el interior, como Shaquille O'Neal o Madonna, pero todos empezaron a hacerme fotos y a gritarme: «Princesa Amelia, ¿qué se siente al crecer en una familia monoparental y de repente descubrir que el ex de su madre posee trescientos millones de dólares» y «Princesa, ¿qué tipo de deportivas utiliza?».

En aquel instante olvidé por completo mi miedo a la confrontación. Me puse furiosa, me volví a Grandmère, todavía en el coche, y le pregunté: «¿Cómo sabían que íbamos a venir aquí?».

Grandmère se limitó a escudriñar en su bolso buscando el tabaco. «¿Dónde habré metido el mechero?», suspiró.

«Los has llamado tú, ¿verdad? —Estaba tan rabiosa, que apenas lograba ver con claridad—. Los has llamado y les has dicho que veníamos aquí.»

«No seas ridícula —respondió Grandmère—. No he tenido tiempo de llamar a toda esa gente.»

«No tenías que llamarlos a todos. Sólo tenías que llamar a uno y los demás le seguirían. Grandmère, *¿por qué?»*

Grandmère encendió un cigarrillo. No soporto que fume en el coche. «Esta es una parte importante de ser miembro de la realeza, Amelia —dijo entre calada y calada —. Debes aprender a tratar con la prensa. ¿Por qué te alteras tanto?»

«Fuiste tú quien se lo explicó todo a Carol Fernández», la acusé, con un tono calmado.

«Por supuesto que fui yo», reconoció Grandmère, encogiéndose de hombros como queriendo decir: *«¿Y qué?»*

«Abuela —grité—. ¿Cómo has podido?»

Ella pareció muy ofendida y dijo: «No me llames abuela».

«En serio —grité—. ¡Papá cree que fue el señor Gianini quien lo hizo! Él y mamá se pelearon durante horas por eso. ¡Ella estaba segura de que habías sido tú, pero él no la creyó!

Grandmère expulsó el humo por la nariz. «Phillipe —comentó— siempre ha sido increíblemente ingenuo.»

«Muy bien —dije—. Se lo explicaré. Le explicaré la verdad.»

Grandmère hizo un gesto con la mano, como queriendo decir: «Pues vale».

«En serio —insistí—. Pienso explicárselo. Y se va a poner furioso contigo, Grandmère.»

«No, no lo hará. Necesita práctica. El artículo del *Post* sólo ha sido el comienzo. Pronto aparecerás en la portada de *Vogue,* y entonces...»

«¡Grandmère! —grité—. ¡NO QUIERO SALIR EN LA PORTADA DE VOGUE! ¿NO PUEDES ENTENDERLO? ¡SÓLO QUIERO ACABAR MIS ESTUDIOS!»

Grandmère pareció un poco asombrada. «Está bien, querida. Está bien. No es necesario que *grites.*»

No sé en qué medida aquello surtió efecto, pero después de cenar ya no quedaba ni un sólo periodista, por lo que supuse que me había oído.

Al llegar a casa, el señor Gianini estaba allí, OTRA VEZ. Fui a mi habitación para llamar a mi padre y le dije: «Papá, fue Grandmère y no el señor Gianini quien se lo sopló todo a Carol Fernández», y él contestó: «Lo sé», en un tono de voz miserable.

«¿Lo *sabes?* —No daba crédito—. ¿Lo *sabes* y no has dicho nada?»

Él arguyó: «Mia, la relación entre tu abuela y yo es muy complicada».

Se refiere a que la teme. Supongo que no puedo culparle, teniendo en cuenta de que ella le encerraba en la mazmorra y eso.

«Vale —le dije—, pues entonces creo que al menos podrías disculparte con mamá por lo que dijiste del señor Gianini.»

Y él respondió, con el mismo tono de aflicción: «Lo sé».

Por lo que yo insistí: «¿Y bien? ¿Piensas hacerlo?».

Y él contestó: «Mia...», aunque ahora sonaba exasperado. Llegué a la conclusión de que ya había hecho demasiadas buenas acciones por un día y colgué.

Después, me senté con el señor Gianini y él me ayudó a hacer los deberes. El hecho de que Josh Richter me hablara me había dejado tan atónita que apenas presté

atención a Michael, mientras intentaba ayudarme en la hora de G y T.

Creo que empiezo a comprender por qué a mamá le gusta el señor G. Está bien para pasar el rato, ya sabes, para sentarse frente al televisor, por ejemplo. No monopoliza el mando a distancia, como hacían algunos de los anteriores novios de mamá. Ni tampoco parecen interesarle los deportes.

Una media hora antes de acostarme, papá llamó y me dijo que quería hablar con mamá. Ella se fue al dormitorio para hablar desde allí y cuando salió, tenía un aire de satisfacción y una sonrisa del tipo «ya-te-lo-dije».

Ojalá pudiera decirle a Lilly que Josh Richter me ha hablado hoy.



Viernes, 17 de octubre, clase de lengua

¡¡¡OH, DIOS MIO!!!

¡¡ JOSH Y LANA HAN ROTO!!!

En serio. Lo sabe toda la escuela. Josh rompió con ella anoche, antes del entrenamiento. Habían ido a cenar al Hard Rock Café, ¡¡¡y él le pidió que le devolviera su sortija académica!!! ¡Lana se sintió completamente humillada debajo de ese sujetador puntiagudo que Gaultier diseñó para Madonna!

No le desearía eso ni a mi peor enemigo.

Esta mañana Lana no merodeaba por la taquilla de Josh, como de costumbre. Luego la vi en clase de álgebra, con los ojos rojos e hinchados, y con el pelo sin peinar —y probablemente también sin lavar— con unas medias desgastadas que le hacían bolsas en las rodillas. ¡¡Jamás imaginé que algún día vería a Lana Weinberger con una pinta tan desastrosa!!! Antes de comenzar la clase, llamó a Bergdorf por el teléfono móvil para devolver el vestido que pensaba llevar al Baile de la Diversidad Cultural, aunque ya le había quitado la etiqueta. Luego se pasó la clase tachando con un rotulador negro la frase «Sra. de Josh Richter» en la cubierta de todos sus libros.

Era deprimente. Apenas atiné a resolver los integrados de tan distraída que estaba.

OJALÁ FUERA:

Lo contrario a plana y utilizara una 95.

Buena en matemáticas.

Miembro de una banda de rock mundialmente famosa.

Amiga de Lilly Moscovitz.

La nueva novia de Josh Richter.



Más viernes

No vas a creer lo que acaba de sucederme. Estaba sacando el libro de álgebra de mi taquilla y Josh Richter cogía unos apuntes de trigonometría de la suya, cuando dijo, con la mayor naturalidad del mundo: «Eh, Mia, ¿con quién irás al baile mañana?».

Huelga decir que el mero hecho de que me dirigiera la palabra casi hizo que me desmayara. Pero el hecho de que hubiera dicho algo que sonaba como un posible preludio a una cita..., bueno, estuve a punto de vomitar. En serio. Me sentí muy mareada, aunque en el buen sentido.

Creo.

No sé cómo, pero al final logré balbucear: «Eh, no, con nadie», y él contestó, te prometo que no bromeo: «Bueno, ¿por qué no vamos juntos?».

¡¡¡¡¡OH, DIOS MÍO!!!!!! ¡¡¡¡¡JOSH RICHTER ME PEDÍA UNA CITA!!!!!!

Estaba tan conmocionada que me quedé muda durante unos minutos. Creía que estaba a punto de hiperventilar, como cuando vi aquel reportaje que explicaba cómo las vacas se convierten en hamburguesas. Lo único que podía hacer era seguir allí, de pie, mirándole. (¡¡¡Es tan alto!!!)

Y entonces ocurrió algo divertido. Una diminuta parte de mi cerebro —la única que no estaba completamente aturdida por lo que acababa de oír—, pensó: «Sólo te está pidiendo que salgas con él porque eres la princesa de Genovia».

En serio. Eso fue lo que pensé por un segundo.

Pero luego, la otra parte de mi cerebro, mucho más grande, pensó: «¡¿Y QUÉ?!».

O sea, es probable que sólo me haya pedido que le acompañe al baile porque me respeta como ser humano y quiere conocerme mejor; pero quizá, sólo quizá, yo le guste un poco, o algo parecido.

Es una posibilidad.

Así que la parte de mi cerebro que racionalizaba todo esto, me hizo responder, con aire indiferente: «Ah, vale. Estaría bien».

Entonces Josh empezó a decir que pasaría a recogerme y que podríamos cenar juntos antes de ir al baile y cosas por el estilo. Pero apenas le oí. En mi cabeza resonaba una voz que repetía una y otra vez: «Josh Richter acaba de pedirte una cita. Josh Richter acaba de pedirte una cita. ¡¡JOSH RICHTER ACABA DE PEDIRTE UNA CITA!!!».

Creía que me había muerto y estaba en el cielo, porque había sucedido. Por fin había sucedido: Josh Richter finalmente había mirado en mi alma. Había mirado en mi alma y había visto mi auténtica esencia, la que habita detrás del pecho plano. Y ENTONCES ME PIDIÓ UNA CITA.

En ese momento sonó la campana, Josh se fue y yo me quedé allí, impávida, hasta que Lars me tocó un brazo.

No sé qué problema tiene Lars. Yo sólo *sé* que no es mi secretaria personal.

Sin embargo, gracias al cielo que estaba allí, porque de lo contrario no hubiera sabido que Josh pensaba pasar a recogerme al día siguiente a las siete. Voy a tener que aprender a no quedarme bloqueada la próxima vez que me pida una cita porque, si no, nunca me enteraré de la hora y lo demás.

COSAS QUE HACER (CREO, PORQUE ESTA

ES MI PRIMERA CITA Y NO SÉ EXACTAMENTE

QUÉ SE HACE EN ESTOS CASOS)

Comprarme un vestido.

Ir a la peluquería.

Ir a que me arreglen las uñas (dejar de morderme las postizas).



Viernes, aula de G y T

La verdad, no sé quién se cree que es Lilly Moscovitz. Primero deja de hablarme. Luego, cuando finalmente se digna dirigirme la palabra, lo hace sólo para criticarme. ¿Qué derecho tiene a aguarme el Baile de la Diversidad Cultural? Pero si *ella* va a ir con Boris Pelkowski. *¡Boris Pelkowski!* Vale, es probable que sea un genio musical, ¡pero sigue siendo *Boris Pelkowski*!

Lilly me dijo: «Bueno, al menos yo sé que Boris no me ha pedido que le acompañe por despecho».

¿Cómo? Josh Richter *no* me ha pedido una cita por despecho. Él y Lana habían roto dieciséis horas antes de que él me la pidiera.

Y Lilly añadió: «Además, Boris no consume *drogas*».

Pese a ser tan inteligente, resulta que Lilly se traga los rumores y las insinuaciones como el que más. Le pregunté si alguna vez había *visto* a Josh consumir drogas y ella me miró con una expresión sarcástica.

Bien pensado, no existen *pruebas* de que Josh consuma drogas. Sí es cierto que sale con gente que consume drogas, pero también Tina Hakim Baba sale con una princesa, y eso no la convierte en princesa.

Sin embargo, a Lilly no le gustó ese razonamiento, y soltó: «Estás sobrerracionalizando. Siempre que sobrerracionalizas, Mia, sé que estás preocupada».

No estoy preocupada. Voy a asistir al baile más importante del semestre con el chico más mono y sensible de toda la escuela, y nada de lo que los demás hagan o digan me hará sentir mal al respecto.

Bueno, la verdad es que esto me hace sentir extraña, ver a Lana tan triste y a Josh como si no le importara en absoluto. Hoy, en el almuerzo, él y su séquito se sentaron con Tina y conmigo, y Lana y su séquito se sentaron con las demás animadoras. ¡Es todo tan raro! Además, ni Josh ni ninguno de sus amigos nos dirigieron la palabra a mí y a Tina. Sólo hablaron entre sí, lo cual no preocupó a Tina pero en cierto modo sí me preocupó a mí. Sobre todo teniendo en cuenta que Lana hacía verdaderos esfuerzos por no mirar hacia nuestra mesa.

Tina no dijo nada malo de Josh cuando le expliqué el notición. Sólo se emocionó mucho y propuso que por la noche, en su casa, nos probáramos diferentes vestidos y experimentáramos con nuestro pelo para estar fantásticas en el baile de mañana por la noche. Bueno, yo no tengo suficiente pelo para experimentar pero podremos experimentar con el suyo. En realidad, Tina está casi más emocionada que yo. Es una amiga mucho más solidaria que Lilly, que preguntó, sarcástica, al enterarse: «¿Y adonde piensa llevarte a cenar? ¿Al Harley-Davidson Café?».

«No —le contesté, igualmente sarcástica—. Al Tavern on the Green.»

Lilly soltó: «Vaya, qué original».

Supongo que el superartista de Boris la llevará a algún restaurante del Village.

Entonces Michael, que había estado muy callado (para ser él) durante la clase, miró a Lars y preguntó: «Tú también irás, ¿verdad?».

Y Lars respondió: «Oh, sí». Y los dos se miraron de ese modo tan irritante en que a veces se miran los hombres, como si compartieran un secreto bien guardado. ¿Sabes que en sexto curso a las chicas nos llevan a un aula para ver un vídeo sobre el periodo y eso? Pues apuesto cualquier cosa a que después les pasan un vídeo a los chicos para que aprendan a mirarse de esa forma tan irritante.

O quizá dibujos animados o algo así.

Pero, ahora que lo pienso, Josh en cierto modo estaba humillando a Lana. Quiero decir que probablemente no tendría que haberle pedido una cita a otra chica tan poco tiempo después de romper con ella (o como mínimo, no la misma cita que tenía prevista con ella). ¿Sabes a qué me refiero? No sé, todo esto me hace sentir un poco mal.

Pero no tanto como para no ir.

A PARTIR DE AHORA:

Seré más amable con todo el mundo, incluida Lana Weinberger.

No volveré a morderme las uñas nunca jamás, ni siquiera las postizas.

Escribiré en este diario todos los días y seré honesta.

Dejaré de ver las reposiciones de *Los vigilantes de la playa* y aprovecharé el tiempo libre en algo más inteligente, como estudiar álgebra, aprender a conservar el medio ambiente o algo así.



Viernes por la noche

Hoy la lección de Grandmère ha sido abreviada porque voy a pasar la noche en casa de Tina. Grandmère parece haber pasado por alto los gritos que le solté ayer por lo de los periodistas y se ha dedicado a preguntarme qué me pondré mañana por la noche, como era de esperar. Llamó a Chanel y acordó una visita para ir a comprar algo mañana. Tendrá que ser rápida y costará una fortuna, pero dice que no le importa. Será mi primer acto formal como representante de Genovia, y tengo que estar «radiante» (son sus palabras, no las mías).

Le recordé que sólo se trataba de una fiesta escolar, no la inauguración de un baile oficial ni nada por el estilo, y que ni siquiera era un acto de gala sino una estúpida fiesta para celebrar la diversidad de los diferentes grupos étnicos y culturales que estudian en el instituto Albert Einstein. Pero aun así, Grandmère se entusiasmó con el evento y siguió preocupándose porque no nos daría tiempo de teñir unos zapatos del mismo color que el vestido.

Hay un montón de cosas propias de las chicas que desconocía, como que los zapatos tienen que estar en consonancia con el vestido. No sabía que eso fuera tan importante.

Pero Tina Hakim Baba seguro que lo sabe. Tendrías que ver su habitación. Debe de tener todas las revistas femeninas que se han publicado en la historia. Están todas ordenadas en las estanterías que recubren las paredes de la habitación, que, por cierto, es enorme y rosa, muy parecida al resto del apartamento —todo el ático del edificio—. Aprietas el botón de la «A» en el ascensor y al poco se abren las puertas en el recibidor de mármol de los Hakim Baba, que sí tiene una fuente de verdad, aunque resulta que no se debe echar dinero en ella.

Y luego están todas esas habitaciones, una detrás de otra. Tienen una doncella, una cocinera, una institutriz y un chófer, y todos viven en el apartamento. Así que ya

puedes imaginar cuántas habitaciones tiene, contando además con que Tina tiene tres hermanas pequeñas y un hermanito aún bebé, cada uno con su propia habitación.

En la de Tina hay un televisor de 37 pulgadas y una Play-Station. Ahora me doy cuenta de que mi vida ha sido casi monástica en comparación con la de Tina.

En fin. El caso es que Tina es muy diferente en casa que en la escuela. En casa es muy jovial y extravertida. Sus padres también son muy agradables. El señor Hakim Baba es muy divertido. El año pasado sufrió un infarto y no puede comer casi nada, aparte de verduras y arroz. Tiene que perder nueve kilos más. Cada dos por tres me pellizcaba el brazo y me preguntaba: «¿Cómo lo haces para estar tan delgada?». Le hablé de mi estricto vegetarianismo y él dijo: «Vaya» y se estremecía como si sintiera escalofríos. El cocinero de los Hakim Baba tiene órdenes de preparar únicamente platos vegetarianos, lo cual a mí me fue de perilla. Cenamos cuscús y *goulash* de verduras. Todo estaba delicioso.

La señora Hakim Baba es muy guapa, pero su belleza es diferente de la de mi madre. La señora Hakim Baba es inglesa y muy rubia. Creo que la vida en Estados Unidos la aburre bastante, sin trabajar y eso. La señora Hakim Baba era modelo pero abandonó la profesión al casarse. Ahora ya no frecuenta la gente interesante que conocía cuando era modelo. Una vez se alojó en el mismo hotel que el príncipe Carlos y la princesa Diana. Dice que durmieron en habitaciones separadas, ¡y eso que estaban de luna de miel!

No me extraña que la cosa no funcionara entre ellos.

La señora Hakim Baba es igual de alta que yo, o sea, que le saca casi trece centímetros al señor Hakim Baba, aunque no creo que a él le importe.

Las hermanas y el hermano de Tina son una monada. Después de curiosear en las revistas de moda buscando peinados, los probamos con las hermanas de Tina. Quedaron muy graciosas.

Luego le pusimos a su hermano horquillas en forma de mariposa y le hicimos la manicura al estilo francés, como yo; él se emocionó mucho y se puso el disfraz de Batman y se puso a correr y a gritar por todo el apartamento. A mí me pareció entrañable, pero el señor y la señora Hakim Baba no opinaron lo mismo, y le dijeron a la institutriz que acostara a Bobby Hakim Baba justo después de cenar.

Entonces Tina me enseñó el vestido que piensa ponerse mañana, de Nicole Miller. Es precioso, como si estuviera hecho con espuma de mar. Tina Hakim Baba tiene más aspecto de princesa del que yo tendré jamás.

Y llegó la hora de *Lilly lo cuenta tal y como es,* que se emite los viernes a las nueve de la noche. El episodio de hoy era el dedicado al injusto racismo del Ho's Deli. Se había filmado antes de que Lilly suspendiera el boicot debido a la falta de interés y de apoyo. Me pareció una contundente muestra de periodismo televisivo de actualidad, y lo afirmo sin afán de alardear, ya que no participé en su elaboración. Si *Lilly lo cuenta tal y como es* entrara en los índices de audiencia, estoy segura de que estaría a la par que *60 minutos.*

El episodio concluía con un parlamento de Lilly, que debió de filmar ella misma la noche anterior en su habitación con un trípode. Se sentó en la cama y dijo que el racismo es una poderosa fuerza del mal que todos tenemos que combatir con un esfuerzo consciente. Dijo que aunque el hecho de pagar cinco centavos más por una bolsa de aros de *gingco biloba* pueda parecemos una nimiedad, las víctimas del auténtico racismo, como armenios, ruandeses, ugandeses y bosnianos, constatarían que cinco centavos constituyen sólo el primer paso en el camino hacia el genocidio. Lilly prosiguió diciendo que su osada protesta contra los Ho ha permitido que hoy haya un poco más de justicia en el terreno de la igualdad de derechos.

Me pilló por sorpresa, pero creo que empecé a añorarla cuando se puso a agitar los pies, enfundados en unas zapatillas enormes con forma de garras de oso como tributo a Norman. Tina es una amiga divertida y eso, pero conozco a Lilly desde que íbamos a la guardería. Y eso es algo bastante difícil de olvidar.

Nos quedamos despiertas hasta muy tarde leyendo las novelas de amor de la adolescencia de Tina. Te prometo que en ninguna de ellas salía un chico que rompiera con su cursi novia y empezara a salir con la heroína de inmediato. Generalmente esperaba un tiempo prudencial: dejaba pasar el verano o, como mínimo, un fin de semana, antes de pedirle una cita. Las únicas en que un chico empezaba a salir con la heroína de inmediato, resultaron ser aquellas en que el chico utilizaba a la chica para vengarse o algo así.

Pero entonces Tina dijo que aunque le encanta leer ese tipo de libros, nunca los utiliza como guía para la vida real, porque ¿cuántas veces en la vida sufre amnesia una persona? ¿Y cuándo unos terroristas europeos monísimos secuestran a una rehén y la encierran en los servicios de chicas? Y, en caso de que lo hicieran, ¿te pasaría justo el día en que llevas tu peor ropa interior, es decir, las bragas con agujeros y elásticos cedidos, y un sujetador desconjuntado, en lugar de una camisola y unos pantis de seda rosa, como la heroína de ese libro en particular?

Tiene razón.

Tina va a apagar la luz, porque está cansada. Yo estoy contenta. Ha sido un día muy largo.



Sábado, 18 de octubre

Al llegar a casa, lo primero que hice fue comprobar que Josh no había llamado para cancelar la cita.

No lo había hecho.

El señor Gianini estaba en casa (por supuesto). Esta vez llevaba pantalones, gracias a Dios. Cuando me oyó preguntar a mamá si un chico llamado Josh había llamado, dijo: «No te referirás a Josh Richter, ¿verdad?».

Me puse furiosa, porque sonó..., no sé, conmocionado o algo así.

Le contesté: «Sí, me refiero a Josh Richter. Vamos a ir juntos al Baile de la Diversidad Cultural esta noche».

El señor Gianini arqueó las cejas. «¿Y esa tal Weinberger?»

Es un fastidio que tu madre salga con uno de tus profesores. Le dije: «Han roto».

Mi madre nos miraba con curiosidad, algo nada habitual en ella, porque se pasa casi todo el tiempo en su propio mundo, y preguntó: «¿Quién es Josh Richter?».

Y yo respondí: «Sólo el chico más mono y sensible de toda la escuela».

El señor Gianini resopló y matizó: «Bueno, en cualquier caso, el más popular».

A lo que mi madre replicó, con gran sorpresa: «¿Y le ha pedido a *Mia* que vaya al baile con él?».

Obviamente, esto no fue demasiado alentador. Cuando tu propia madre sabe que es raro que el chico más mono y popular de la escuela te pida que le acompañes al baile, intuyes que tienes problemas de verdad.

«Sí», contesté, a la defensiva.

«Esto no me gusta —comentó el señor Gianini, y cuando mi madre le preguntó por qué, él respondió—: Porque conozco a Josh Richter.»

Mi madre objetó: «Oh, oh. No me gusta nada cómo suena eso», y antes de que yo pudiera decir nada en defensa de Josh, el señor Gianini dijo: «Ese chico va a cien por hora», lo cual no tiene el menor sentido.

Sobre todo porque mi madre dijo que dado que yo voy a sólo cinco por hora (¡CINCO!), tendría que preguntar a mi padre «al respecto».

¿Perdón? ¿Preguntarle qué? ¿Y yo qué soy? ¿Un coche con la correa del ventilador estropeada? ¿Qué significa eso de «ir a cinco por hora»?

«Va muy deprisa, Mia», tradujo el señor Gianini.

¿Deprisa? ¿DEPRISA? ¿Es que seguimos viviendo en los cincuenta? ¿De repente Josh Richter es un rebelde sin causa?

Mi madre añadió, mientras marcaba en el teléfono el número del Plaza para hablar con mi padre: «Todavía eres una novata; no deberías salir con veteranos».

¡Eso es injusto! ¿Por fin consigo una cita y mis padres van y se convierten en los padres modélicos? ¡Por favor!

Me quedé allí, de pie, escuchando a mi madre y mi padre ponerse de acuerdo en que soy demasiado joven para salir con un chico y que NO DEBERÍA tener una cita, ya que estoy atravesando una etapa muy confusa, por haber acabado de enterarme de que soy una princesa y todo eso. Planificaban el resto de mi vida (no tener citas hasta los dieciocho, alojarme en una residencia exclusivamente femenina en la universidad, etc.), cuando sonó el timbre del apartamento y el señor G. fue a contestar. Tras preguntar quién llamaba, una voz muy familiar respondió: «Soy Clarisse Marie Grimaldi Renaldo. ¿Quién es *usted?*».

En el otro extremo del salón, mi madre estuvo a punto de dejar caer el auricular del teléfono. Era Grandmère. ¡Grandmère había venido al apartamento!

Jamás en toda mi vida pensé que algún día le estaría agradecida a Grandmère por algo. Nunca pensé que me alegraría de verla. Pero cuando se presentó en el apartamento para acompañarme a comprar el vestido, la hubiera besado —incluso en las dos mejillas—; de verdad lo habría hecho. Porque cuando fui a recibirla a la entrada, le solté: «Grandmère, ¡no me dejan ir!».

Olvidé que era la primera vez que Grandmère venía al apartamento. Olvidé que el señor Gianini estaba allí. Sólo podía pensar en el hecho de que mis padres estaban intentando convencerme de que Josh no me convenía. Grandmère se encargaría de solucionarlo, sabía que lo haría.

¡Y vaya si lo hizo!

Grandmère irrumpió en el apartamento y lanzó al señor Gianini una mirada mezquina. «¿Es él?», preguntó instantes después, y cuando le dije que sí, aspiró por la nariz con aire despectivo y pasó por su lado como una flecha. Entonces oyó a papá por el micrófono del teléfono y le gritó: «¡Deja que me ponga!» a mamá, quien tenía el mismo aspecto que un niño sorprendido con las manos en la masa.

«¿Madre? —gritó mi padre al teléfono. Era evidente que se había quedado tan perplejo como mamá—. ¿Es usted? ¿Qué está haciendo ahí?»

La verdad, para ser alguien que afirma no dominar las nuevas tecnologías, Grandmère demostró saber utilizar a la perfección el altavoz del teléfono. Lo desconectó, arrancó el auricular de la mano de mamá y dijo: «Escúchame bien, Phillipe. Tu hija va a ir a ese baile con su admirador. He recorrido cincuenta y siete manzanas en limusina para acompañarla a comprarse un vestido, y si crees que no voy a verla bailar con él, ya puedes...».

Entonces mi abuela empleó un lenguaje bastante extraño. Sólo que como lo hizo en francés, sólo lo entendió mi padre. Mi madre y el señor Gianini seguían allí, ella con aire furioso, y él, inquieto.

Cuando mi abuela acabó de decirle a mi padre adonde se podía ir, colgó el teléfono y echó un vistazo al apartamento.

Digamos que a Grandmère nunca se le ha dado bien ocultar sus sentimientos, así que no me sorprendió que lo siguiente que dijera fuera: «*¿Aquí* es donde ha crecido la princesa de Genovia? ¿En este... *almacén?*».

Uf. Creo que si hubiera encendido un cohete bajo sus pies, no la habría conseguido poner más furiosa.

«Ahora escúchame tú a mí, Clarisse —dijo mi madre, caminando nerviosa de un lado a otro y pisando fuerte con sus Birkenstocks—. ¡No te atrevas a decirme cómo tengo que educar a mi hija! Phillipe y yo ya hemos decidido que *no* va a salir con ese chico. No puedes plantarte aquí y...»

«Amelia —dijo mi abuela—. Ve a buscar tu abrigo.»

Fui. Y cuando volví, mamá tenía el rostro encendido y el señor Gianini miraba al suelo. Pero ninguno de ellos pronunció palabra cuando Grandmère y yo salimos del apartamento.

Una vez fuera, estaba tan nerviosa que apenas lograba contenerme. «¡Grandmère! —grité—. ¿Qué les has *dicho?* ¿Qué les has dicho para convencerlos de que me dejen ir?»

Grandmère soltó una de esas risotadas aterradoras tan propias de ella y contestó: «Tengo mis recursos».

Te aseguro que en ese momento no la odiaba.



Más sábado

Bueno, pues aquí estoy. Sentada con mi nuevo vestido, mis nuevos zapatos, mis nuevas uñas, mis nuevas medias, mis nuevas piernas y axilas depiladas, mi nuevo peinado retocado, mi cara maquillada de manos de un profesional, y son las siete, y ni rastro de Josh, y me pregunto si quizá todo no ha sido más que una broma, como en la película *Carrie,* que me parece espantosa de ver pero que Michael Moscovitz alquiló una vez y nos explicó a Lilly y a mí de qué iba: el chico más popular de una escuela invita a una chica hogareña e introvertida a ir al baile sólo para que sus amigos le viertan encima sangre de cerdo. Pero el caso es que el chico no sabe que Carrie tiene poderes psíquicos y al final de la noche ella mata a toda la ciudad, incluida a la primera esposa de Steven Spielberg y a la madrastra de *Con ocho basta.*

El problema es, claro está, que yo no tengo poderes psíquicos, por lo que si Josh y sus amigos me vierten sangre de cerdo encima, no podré matarlos, a menos que llame a la guardia nacional de Genovia o algo así. Pero eso sería difícil, porque Genovia carece de fuerzas aéreas ni navales, así que ¿cómo llegarían los guardias hasta aquí? Tendrían que volar con alguna compañía comercial y los billetes de última hora son MUY CAROS. Dudo que mi padre aprobara un dispendio tan desmesurado de las reservas gubernamentales, sobre todo tratándose de una razón que él sin duda consideraría frívola.

Pero si Josh Richter me deja plantada, te prometo que mi reacción *no* será precisamente frívola. Me he DEPILADO por él, ¿vale? Y si crees que eso no duele, imagina las AXILAS, que también me he depilado con cera por él, ¿vale? Y la depilación a la cera DUELE. Duele tanto que estuve a punto de llorar, así que no me digas que no podré llamar a la guardia nacional de Genovia si me deja plantada.

Sé que mi padre cree que Josh me ha dejado plantada. Ahora mismo está sentado a la mesa de la cocina, simulando leer la *TV Guide.* Pero le he visto mirar de reojo el reloj cada dos por tres. Y a mamá también, sólo que como ella nunca lleva reloj de

pulsera, tiene que mirar con disimulo el que hay colgado en la pared, el del gato que guiña un ojo.

Lars también está aquí, aunque él no consulta el reloj. Sigue comprobando el cartucho para asegurarse de que tiene suficientes balas. Supongo que papá le ha ordenado disparar a Josh si se me acerca demasiado.

Oh, sí. Mi padre finalmente me dio permiso para salir con Josh, pero sólo con la condición de que Lars nos acompañe. No me parece tan grave, puesto que de todos modos ya contaba con que él viniera. No obstante, preferí simular haberme molestado mucho con la noticia para que no pensara que yo cedía con demasiada facilidad. Papá tiene problemas GRAVES con Grandmère. Mientras me probaba el vestido, ella me explicó que papá siempre ha tenido dificultades con el compromiso y que el motivo por el que no le hace gracia que salga con Josh es que no quiere que me abandonen, tal y como él ha hecho con una infinidad de modelos.

¡Papá! ¿Por qué no asumes tus errores y dejas en paz a los demás?

Josh no puede abandonarme: aún no hemos salido juntos.

Y si no aparece pronto..., bueno, todo lo que puedo decir es que ÉL SE LO PIERDE. Estoy más guapa que en toda mi vida. La vieja Coco Chanel se superó; mi vestido es GENIAL, de seda azul pálido, muy pálido, con el cuerpo fruncido como un acordeón (lo cual disimula muy bien mi condición de plana), y la falda recta y ceñida hasta los pies, hasta los zapatos a juego de color azul pálido, muy pálido, y tacón alto. Yo creo que parezco un canelón, pero, según las dependientas de Chanel, ésta es la tendencia del nuevo milenio. Los canelones están de moda.

El único problema es que no puedo acariciar a *Fat Louie* porque, si lo hago, me llenaré de pelos naranjas. Tendría que haber comprado uno de esos «rodillos quitapelos», pero se me ha olvidado. En fin, ahora está sentado a mi lado en el futón, compungido porque no lo acaricio. He guardado todos mis calcetines, por si se le ocurre comerse uno para castigarme o algo así.

Mi padre acaba de mirar el reloj y ha dicho: «Hum. Las siete y cuarto. No se puede decir que este chico sea precisamente puntual».

Intenté mantener la calma. «Debe de haber congestión de tráfico», dije, con el tono de voz más «principesco» que pude.

«Sí, claro —dijo papá, aunque sin parecer demasiado afligido—. Bueno, Mia. Si quieres, todavía podemos intentar ir a ver *La Bella y la Bestia.* Estoy seguro de que...»

«¡Papá! —estaba horrorizada—. NO voy a ir contigo a ver *La Bella y la Bestia* esta

noche.»

Ahora sí parecía afligido. «Pero a ti antes te gustaba mucho *La Bella y la Bestia...*»

GRACIAS A DIOS, en ese instante sonó el timbre. Era él. Mamá fue a abrir. La otra condición: antes de dejarme ir, y además de que Lars nos acompañe, mi padre y mi madre tienen que conocer a Josh (a lo mejor incluso hacen una fotocopia de su carné de identidad, aunque me parece que a papá eso todavía no se le ha ocurrido).

Voy a tener que dejar este libro aquí, porque no cabe en mi «monedero», que es como se llama el bolso plano y diminuto que llevo.

¡Oh, Dios mío! ¡Tengo las manos empapadas en sudor! Tendría que haber hecho caso a Grandmère y haberme comprado aquellos guantes de brazo largo...



Sábado por la noche, servicios de señoras Tavern on the Green

Es cierto, mentí. Al final he traído el libro conmigo. Le dije a Lars que lo llevara él. Bueno, la verdad es que cabía en la cartera que siempre lleva a todas partes. Sé que está llena de silenciadores, granadas y demás, pero sabía que podría guardar también un mísero diario.

Y tenía razón.

Así que ahora estoy en los servicios del Tavern on the Green. Los servicios de señoras no son tan bonitos como los del Plaza. Ni siquiera hay una banqueta donde sentarme dentro del lavabo, por lo que me he sentado en el inodoro —con la tapa bajada, claro está—. Desde aquí puedo ver un montón de pies rechonchos yendo de un lado a otro del servicio. En este sitio hay muchas señoras gordas. La mayoría son invitadas al banquete de bodas de una chica morena de aspecto muy italiano que necesita una buena depilación de cejas y de un chico delgado y pelirrojo llamado Fergus. Fergus me lanzó la típica mirada insinuante cuando entré en el comedor. En serio. Mi primer hombre casado, aunque sólo lo fuera desde hacía una hora y pareciera tener mi edad. ¡Este vestido es la BOMBA!

Sin embargo, la cena no está siendo tan maravillosa como había imaginado. Gracias a Grandmère, sé qué tenedor se utiliza para cada cosa y que debo ladear el cuenco de la sopa hacia delante, pero no se trata de eso.

Es Josh.

No me malinterpretes. Está guapísimo con esmoquin. Me ha dicho que es suyo. El año pasado acompañó a su novia, la anterior a Lana, a todos los bailes de debutantes de la ciudad, porque la novia que tuvo antes de Lana era pariente del tipo que había

inventado esas bolsas de plástico que sirven para meter las verduras en los supermercados. Pero las suyas, además, fueron las primeras que incorporaban la nota: «ABRIR AQUÍ», lo que permitía saber por qué extremo abrir la bolsa. Esas dos minúsculas palabras le hicieron ganar quinientos millones de dólares, según Josh.

No sé por qué me lo ha explicado. ¿Se supone que debo impresionarme por algo que hizo el padre de su ex novia? La verdad, no se está mostrando muy sensible.

No obstante, se portó muy bien con mis padres. Entró, me entregó un ramillete (rosas muy pequeñas unidas por un lazo rosa, una preciosidad; debía de haberle costado diez dólares, *como mínimo* —aunque no pude evitar pensar que probablemente las había escogido para otra chica que pensaba llevar un vestido de diferente color—), le dio la mano a papá y dijo: «Es un placer conocerle, Alteza», lo que provocó en mamá un sonoro ataque de risa. A veces puede hacerte pasar mucha vergüenza, para qué negarlo.

Entonces se volvió a mamá y preguntó: «¿Usted es la madre de Mia? ¡Cielos! Pensé que sería su hermana mayor», un comentario de lo más manido, aunque al parecer surtió efecto en mamá, porque se RUBORIZÓ al darle la mano. Me parece que no soy la única mujer Thermopolis vulnerable al hechizo de los ojos azules de Josh Richter.

Acto seguido, papá carraspeó para aclararse la garganta y empezó a hacerle a Josh una infinidad de preguntas, como qué coche llevaba (el BMW de su padre), adonde íbamos (¡uf!) y a qué hora regresaríamos (a tiempo para desayunar, respondió Josh). Pero a papá eso no le gustó y Josh rectificó: «¿A qué hora quiere que la traiga de vuelta, señor?».

¡SEÑOR! ¡Josh Richter llamaba SEÑOR a mi padre!

Papá miró a Lars y dijo: «A la una como muy tarde», lo cual me pareció bastante decente teniendo en cuenta que mi límite de llegada los fines de semana son las once. Obviamente, sabiendo que Lars iba a estar allí y que no podía pasarme nada en absoluto, en realidad era un poco ridículo que no pudiera volver tan tarde como quisiera, pero Grandmère me había dicho que una princesa tiene que estar siempre preparada para el compromiso, así que no dije nada.

Entonces papá siguió con el interrogatorio a Josh y le preguntó, entre otras cosas, a qué universidad pensaba ir el próximo otoño (todavía no lo ha decidido, pero de momento ha solicitado la Ivy Leagues) y qué tiene previsto estudiar (empresariales), y luego mamá le preguntó qué tienen de malo las carreras liberales de arte, y Josh respondió que en realidad estaba considerando títulos que le garantizaran un salario anual mínimo de ochenta mil dólares, a lo que mi madre replicó que hay cosas más importantes que el dinero, y entonces intervine yo: «Vaya, qué tarde es»; agarré a

Josh de un brazo y le empujé hacia la puerta.

Josh, Lars y yo nos dirigimos al coche del padre de Josh, y Josh abrió la puerta del copiloto para mí, pero Lars se ofreció a conducir para que nosotros pudiéramos sentarnos en el asiento trasero y conocernos mejor. Me pareció un detalle muy amable por parte de Lars, pero cuando Josh y yo nos sentamos detrás, descubrimos que no teníamos mucho que decirnos. Josh comentó: «Estás muy guapa con ese vestido» y yo le dije que me gustaba su esmoquin y le di las gracias por el ramo que me había regalado. Y ya no volvimos a cruzar palabra en veinte manzanas.

En serio. ¡Fue tan incómodo! Es verdad que no salgo con chicos muy a menudo, pero nunca tengo ese problema con los que salgo. No sé, Michael Moscovitz, por ejemplo, habla por los codos. No entendía por qué Josh no decía nada. Pensé en preguntarle a quién elegiría para pasar la eternidad si llegara el fin del mundo y tuviera que escoger entre Winona Ryder y Nicole Kidman, pero me parecía que aún no teníamos suficiente confianza...

Al final, Josh rompió el silencio preguntando si era cierto que mi madre salía con el señor Gianini. Bueno, debería haber sospechado que saldría ese tema. Quizá no tan deprisa como el de la princesa, pero ya había salido.

Así que le respondí que sí, que era cierto, y entonces Josh quiso saber más al respecto.

Sin embargo, por alguna razón no pude explicarle que había visto al señor G. en calzoncillos, sentado a la mesa de la cocina en mi apartamento. Me parecía..., no sé. No pude explicárselo. ¿No te parece gracioso? A Michael Moscovitz se lo había contado sin que él me preguntara nada y a Josh no podía explicárselo, aunque hubiera mirado en mi alma y todo eso. Extraño, ¿verdad?

Después de otras tropocientas mil manzanas de silencio, paramos frente al restaurante, y Lars entregó las llaves del coche al chico encargado de aparcarlo, y Josh y yo entramos (Lars nos había prometido que no cenaría con nosotros; se quedaría en la entrada y vigilaría a todos cuantos entraran con un aspecto sospechoso, como Arnold Schwarzenegger), y resultó que el séquito de Josh nos esperaba allí, lo cual para mí fue una sorpresa y, a decir verdad, un gran alivio. Es que me aterraba la perspectiva de estar sentada allí otra hora o más sin tener nada que decir...

Por suerte, todos los componentes del equipo titular y sus novias, las animadoras, ocupaban una mesa larga y en uno de sus extremos quedaban dos asientos libres, uno para Josh y otro para mí.

Tengo que admitir que todos se mostraron muy amables. Todas las chicas halagaron mi vestido y me preguntaron acerca del hecho de ser princesa, como por ejemplo si me había sentido muy extraña al ver mi foto publicada en el *Post*, por qué no llevo nunca corona y cosas por el estilo. Son mucho mayores que yo —algunos de ellos, veteranos— y, por consiguiente, también más maduros. Ninguno hizo el menor comentario sobre mi condición de plana ni nada por el estilo, como hubiera hecho Lana de haber estado allí.

Claro que, si Lana estuviera allí, eso significaría que yo no.

Lo que más me sorprende es que Josh haya pedido *champagne* y nadie le haya exigido el carné de identidad, que, por cierto, es totalmente falso. Ya han caído tres botellas en la mesa y Josh sigue pidiendo más, ya que su padre le ha dejado su American Express de platino para la ocasión. No lo entiendo. ¿Es que los camareros no se dan cuenta de que sólo tiene dieciocho años y que la mayoría de los demás son incluso más jóvenes?

¿Y cómo puede Josh beber tanto? ¿Y si Lars no estuviera y condujera? Josh conduciría medio piripi el BMW de su padre. ¡Será irresponsable! ¡Y eso que ya está en el último curso!

Y entonces, sin preguntarme, Josh encargó la cena: *filet mignon* para todos. Supongo que fue un detalle amable, pero yo no pienso comer carne, ni siquiera por el chico más sensible del mundo.

¡Y ni tan sólo se ha dado cuenta de que no he tocado el plato! He tenido que hartarme de ensalada y bollos de pan para no morirme de hambre.

Quizá podría escabullirme y pedirle a Lars que vaya al Emeraid Planet a comprar un rollito vegetal.

Y lo más divertido es que cuanto más *champagne* bebe Josh, más me manosea. No para de ponerme la mano en el muslo por debajo de la mesa. Al principio pensé que lo hacía por error, pero ya van cuatro veces. ¡Y la última apretó!

No creo que esté exactamente borracho, pero sin duda está mucho más afable que en el coche. Quizá sólo se sienta más desinhibido sin tener a Lars a medio metro.

Bueno, supongo que tengo que volver. Ojalá Josh me hubiera dicho que había quedado con sus amigos. Podría haber invitado a Tina Hakim Baba y a su cita..., o incluso a Lilly y a Boris. Al menos tendría a alguien divertido con quien hablar.

Bueno. Creo que aquí no hago nada.



Sábado por la noche, más tarde, servicios de chicas, Instituto Albert Einstein

¿Por qué?

¿¿Por qué??

¿¿¿Por qué???

No puedo creer que esté pasando esto. ¡No puedo creer que ME esté pasando esto!

¿POR QUÉ? ¿POR QUÉ YO? ¡¿POR QUÉ SIEMPRE TIENEN QUE PASARME A MÍ ESTAS COSAS?!

Intento recordar lo que Grandmère me dijo sobre cómo actuar bajo presión o coacción. Porque sin duda estoy bajo presión. Me esfuerzo por inspirar por la nariz y espirar por la boca, como me explicó Grandmère. Inspirar por la nariz, espirar por la boca. Inspirar por la nariz, espirar por la...

¿¿¿CÓMO HA SIDO CAPAZ DE HACERME ESTO??? ¡¡¡¿¿¿CÓMO, CÓMO, CÓMO???!!!

Le partiría la cara, ¡vaya si lo haría! Pero ¿quién se habrá creído que es? ¿Sabes lo que me ha hecho? Pues bien, voy a explicarte lo que me ha hecho.

Después de ventilarse NUEVE botellas de *champagne* —lo que equivale a casi una botella por persona, aunque yo sólo bebí un par de sorbos, por lo que alguien se bebió mi botella además de la suya—, Josh y sus amigos decidieron que había llegado el momento de ir al baile. Vaya, qué bien. A ver, déjame pensar, sólo hacía UNA HORA que el baile había comenzado, pero ese era el MOMENTO de ir.

Salimos y esperamos a que el personal del restaurante nos trajera el coche. Por un momento pensé que todo iba a ir bien, ya que mientras esperábamos, Josh me pasó un brazo por los hombros, un detalle muy bonito, porque mi vestido no tiene mangas y, aunque llevo un chal, es sólo una especie de velo transparente y brillante. Así que agradecí el contacto de su brazo, que también me servía de abrigo. Un brazo, por cierto, muy hermoso y musculado de tanto remar. El único problema es que Josh no huele bien, nada bien en comparación con Michael Moscovitz, que siempre huele a jabón. No, creo que Josh se debe de haber bañado en Drakkar Noir, que en exceso la verdad es que huele fatal. Apenas podía respirar, pero en fin. Pese a ello, creía que las cosas tampoco iban tan mal. Era verdad que no había respetado mis derechos como vegetariana, pero bueno, todo el mundo comete errores. Iríamos al baile y él volvería a mirar en mi alma con esos ojos de color azul eléctrico y todo volvería a ir bien.

¡Ja! No podía estar más equivocada.

Para empezar, el camino al instituto se hizo eterno de tanto tráfico que había. Al principio no comprendía la causa de semejante congestión. Vale, es sábado por la noche pero, aun así, no tendría que haber TANTO tráfico a las puertas del Albert Einstein, ¿no? Sólo es un baile escolar. La mayoría de los chicos de Nueva York ni siquiera tienen permiso de conducir, ¿no? Probablemente éramos los únicos que llegábamos al Albert Einstein en coche.

Y entonces comprendí a qué se debía el atasco. Había una infinidad de furgonetas de medios de comunicación aparcadas a las puertas de la escuela. Enfocaban con sus potentes focos las escaleras. Los periodistas se agolpaban por todas partes, fumando, hablando por el móvil, esperando.

Esperando... ¿qué?

Pues resulta que me esperaban a mí.

En cuanto vio aquellas luces, Lars empezó a renegar sin reparo en un idioma que no era inglés ni francés, pero el tono de voz no dejaba lugar a dudas de que estaba renegando. Me incliné hacia delante y pregunté: «¿Cómo se habrán enterado? ¿Cómo se habrán enterado? ¿Se lo habrá dicho Grandmère?».

Pero, ¿sabes?, no creo que Grandmère haya hecho algo así. De veras, y menos después de nuestra conversación. Le hablé con total franqueza. Le pegué tal bronca que estoy segura de que Grandmère NUNCA volvería a avisar a la prensa, no sin mi permiso.

Al parecer, a Josh le traían sin cuidado las luces y las cámaras y todo lo demás, puesto que dijo: «¿Qué más da? Ya deberías estar acostumbrada a todo esto».

Sin embargo, estaban todos allí y ALGUIEN los había avisado. Muy bien, si no había sido Grandmère, ¿quién lo había hecho?

Sí, claro. Deja que te diga lo acostumbrada que estoy a esto. Estoy tan acostumbrada que el mero pensamiento de salir del coche, incluso haciéndolo del brazo del chico más mono de la escuela, me provocaba arcadas y la sensación de estar a punto de vomitar la ensalada y el pan.

«Vamos —dijo Josh—. Podemos echar a correr mientras Lars aparca el coche.»

Lars se opuso rotundamente a la idea: «Me temo que no. *Tú* aparcarás el coche, y la princesa y *yo* correremos».

Pero Josh ya estaba abriendo la puerta. Me cogió de la mano y dijo: «Vamos. Sólo se vive una vez», y tiró de mí hacia fuera.

Y como soy idiota de remate, dejé que lo hiciera.

Sí. Le dejé sacarme del coche, porque su mano sobre la mía era tan agradable, tan grande y protectora, tan cálida y segura, que pensé: «¿Qué puede pasar? Que se disparen un montón de flashes. ¿Y qué? Echaremos a correr, como él ha propuesto. Todo saldrá bien».

Así que le dije a Lars: «No te preocupes, Lars. Aparca el coche. Josh y yo entraremos ahora».

Lars contestó: «No, princesa, espere...».

Esas fueron las últimas palabras que le oí decir —sólo durante un rato, obviamente—, ya que segundos después Josh y yo estábamos fuera del coche y cerrábamos la puerta de un portazo.

Y entonces, en ese preciso instante, los periodistas se abalanzaron sobre nosotros. Todos tiraron sus cigarrillos al suelo, destaparon los objetivos de sus cámaras y gritaron: «¡Es ella! ¡Es ella!».

Josh me empujaba escaleras arriba y a mí se me escapaba la risa, porque, por primera vez, aquello me parecía divertido. Los flashes destellaban por todas partes y me cegaban, por lo que lo único que podía ver eran los escalones que subíamos a toda prisa. Yo concentraba todos mis esfuerzos en sujetarme el vestido con una mano para no pisármelo y caerme, y puse toda mi fe en los dedos que me apretaban la otra. Dependía totalmente de Josh, porque yo no veía nada en absoluto.

Cuando de repente se detuvo, creía que ya habíamos llegado a la puerta de la

escuela. Creía que Josh la estaba abriendo para cederme el paso. Sé que suena idiota, pero eso es lo que creía. Veía la puerta, estábamos justo enfrente de ella. Debajo, en la escalera, los periodistas seguían gritándome preguntas y haciéndome fotos. Algún imbécil chillaba: «¡Que la bese! ¡Que la bese!», lo que, como comprenderás, me resultaba de lo más embarazoso.

Me quedé allí, de pie, como una IDIOTA, esperando a que Josh abriera la puerta, en lugar de hacer lo más lógico e inteligente, abrirla yo y entrar al vestíbulo, donde estaría a salvo, donde no habría cámaras ni periodistas ni gente gritando: «*¡Que la bese! ¡Que la bese!*».

Y entonces, aún no sé cómo, lo que ocurrió fue que Josh volvió a rodearme con un brazo, me acercó a él y aplastó su boca contra la mía.

Lo prometo, esa es la sensación que tuve. Aplastó su boca contra la mía y los flashes empezaron a dispararse. Pero, créeme, no tuvo nada que ver con los libros que lee Tina, en los que el chico besa a la chica y ella ve fuegos artificiales y todo eso con los ojos de la imaginación. Yo VEÍA luces de verdad, pero no eran fuegos artificiales, sino los flashes de las cámaras. TODO EL MUNDO estaba fotografiando el primer beso de la princesa Mia.

En serio. Como si no fuera suficientemente malo que aquel fuera mi primer beso.

Era mi primer beso y la revista *Diecitantos* lo estaba fotografiando.

Y una cosa más respecto a los libros que Tina lee: en esos libros, cuando la chica recibe su primer beso, siente una especie de efusividad en su interior, siente como si el chico extrajera el alma de lo más profundo de su ser. Yo no sentí eso. Yo no sentí nada en absoluto. Sólo sentía vergüenza. No sentí nada especial con el beso de Josh Richter. De verdad, sólo me sentía extraña. Me hizo sentir extraña que ese tipo fuera y aplastara su boca contra la mía. Y pensarás que después de tanto tiempo creyendo que ese chico era lo más grande en la tierra, se supone que tendría que haber sentido ALGO cuando me besó.

Pero sólo sentí vergüenza.

Y, al igual que el recorrido en coche hasta el restaurante, lo único que quería era que se acabara. Lo único que podía pensar era: «¿Cuándo va a acabar? ¿Lo estoy haciendo bien? En las películas mueven mucho la cabeza. ¿Debería mover la cabeza? ¿Qué voy a hacer si intenta meter la lengua, como vi que hacía con Lana? No puedo permitir que *Diecitantos* me haga una foto con la lengua de un chico en la boca; mi padre me mataría».

Entonces, justo cuando creía que no iba a poder soportarlo un minuto más, que iba a MORIRME de vergüenza allí mismo, en la escalera del instituto Albert Einstein, Josh levantó la cabeza, saludó a los periodistas con una mano, abrió la puerta del instituto y me empujó adentro.

Donde, lo juro por Dios, estaba todo el mundo que conozco, mirándonos.

No es broma. Allí estaban Tina y su acompañante del Trinity, Dave, mirándonos así como atónita. Allí estaban Lilly y Boris, y por primera vez Boris no llevaba metido en los pantalones nada que no deba meterse en los pantalones. De hecho, estaba casi elegante, en el estilo grotesco de un genio de la música, claro está. Y Lilly, con un precioso vestido blanco con lentejuelas y rosas blancas en el pelo. Y allí estaban Shameeka y Ling Su con sus acompañantes, y un grupo que probablemente conocía pero que no identifiqué sin el uniforme escolar, todos mirándome con la misma expresión que Tina, de total y completo asombro.

Y allí estaba el señor G., de pie, junto a la mesa donde se vendían las entradas, enfrente de la cafetería, donde se celebraba el baile, más perplejo que nadie.

Excepto yo, quizá. Porque estoy segura de que de todos los presentes, yo era quien estaba más conmocionada. De hecho, Josh Richter ACABABA de besarme. JOSH RICHTER acababa de BESARME. Josh Richter acababa de besarME.

¿He dicho ya que me había besado EN LOS LABIOS?

Ah, ¿y que lo hizo en presencia de los periodistas de la revista *DIECITANTOS7*

Allí parada, con todo el mundo mirándome, todavía podía oír los gritos de los periodistas fuera, y de la cafetería llegaban los *bum-bum-bum* del equipo de música, en el que sonaba *hip-hop* en honor a los alumnos de origen latino, y estos pensamientos revolotean torpes en mi cabeza, estos pensamientos en realidad me están diciendo:

«Te ha utilizado.

»Sólo te pidió una cita para salir en la prensa.

»Él fue quien avisó a los periodistas de que esta noche estarías aquí.

»Probablemente sólo rompió con Lana para poder decirles a sus amigos que sale con una chica valorada en trescientos millones de dólares. No se había fijado en ti hasta que tu foto apareció en la portada del *Post.* Lilly tenía razón: aquel día, en Bigelows, SÓLO había sufrido una disfunción sináptica al sonreírte. Seguramente cree que tiene muchas más posibilidades de acceder a Harvard o algo así por el

hecho de ser el novio de la princesa de Genovia.

»Y yo he caído, como una idiota.

»Genial. Sencillamente genial».

Lilly dice que no soy suficientemente asertiva. Sus padres dicen que tengo tendencia a interiorizarlo todo y que me da miedo la confrontación.

Mi madre dice lo mismo. Por eso me regaló este libro, porque espera que lo que no le explico a ella al menos lo exteriorice de algún modo.

Si no hubiera descubierto que soy una princesa, quizá seguiría haciendo lo mismo. Ya sabes, no mostrarme asertiva, tener miedo a la confrontación, interiorizarlo todo. Probablemente no hubiera hecho lo que hice a continuación.

Que fue volverme a Josh y preguntarle: «¿Por qué lo has hecho?».

Él estaba muy ocupado buscando las entradas en sus bolsillos para dárselas a los de segundo curso, que gestionaban el acceso al baile. «¿Hacer qué?»

«Besarme de ese modo, delante de todo el mundo.»

Por fin encontró las entradas en la cartera. «No lo sé —respondió—. ¿No los oías? Me gritaban que te besara y lo hice. ¿Por qué?»

«Porque no me ha parecido bien.»

«¿No te ha parecido bien? —Josh parecía confuso—. ¿Quieres decir que no te ha gustado?»

«Sí —contesté—. Eso es exactamente lo que quiero decir. No me ha gustado. No me ha gustado en absoluto. Porque sé que no me has besado porque yo te guste. Me has besado sólo porque soy la princesa de Genovia.»

Josh me miró como si pensara que estoy loca.

«Eso es una locura —dijo—. Me gustas. Me gustas mucho.»

Y yo le dije: «Es imposible que te guste. Ni siquiera me *conoces.* Creía que ese era el motivo de que me pidieras una cita, para conocerme mejor. Pero no has hecho el menor esfuerzo por conocerme. Sólo te interesa que publiquen tu foto en el *Extra*».

Él se rió al oír eso, pero observé que no me miraba a los ojos al decir: «¿A qué te refieres con eso de que no te conozco? Pues claro que te conozco».

«No, no me conoces. Porque si me conocieras, no habrías pedido un filete para mí.»

Oí un murmullo entre mis amigos. Supongo que se daban cuenta del craso error de Josh, aunque él no lo hizo. También los oí murmurar cuando él respondió, dirigiéndose a ellos con los brazos abiertos en un gesto de «soy culpable»: «Sí, vale, pedí un filete para la chica. ¿Es un crimen? ¡Por el amor de Dios, pero si era un *filet mignon*!».

Lilly dijo, con el tono de voz más malicioso del que es capaz: «Es vegetariana, sociópata».

Esta información no pareció preocupar demasiado a Josh, puesto que él se limitó a encogerse de hombros y decir: «Vaya, *mea culpa.* —Entonces se volvió a mí y me preguntó—: ¿Preparada para entrar?».

Pero yo no tenía ninguna intención de entrar con Josh. No tenía ninguna intención de volver a hacer nada con Josh. No podía creer que, después de lo que acababa de decirle, él aún creyera que yo *quería* seguir con él. Es verdad: ese tío *es* un sociópata. ¿Cómo había podido pensar que él alguna vez miró en mi alma? ¡¿Cómo?!

Asqueada, hice lo único que una chica podía hacer en semejantes circunstancias: le di la espalda y me fui.

Pero, como era evidente que no podía salir a la calle —a menos que estuviera dispuesta a que los de *Diecitantos* obtuvieran un primer plano de mi cara bañada en lágrimas—, mi único recurso era venir a los servicios de chicas.

Finalmente eso le hizo comprender a Josh que le estaba dejando plantado. Todos sus amigos habían llegado ya y entraban tambaleándose cuando Josh dijo, muy enojado: «¡Por favor! ¡Pero si sólo ha sido un beso!».

Me volví, airada: «Ha sido más que un beso —le dije, cada vez más furiosa—. Quizá eso es lo que tú querías aparentar, que sólo era un beso. Pero los dos sabemos lo que en realidad era: un acontecimiento mediático, que, además, has estado planeando desde que me viste en el *Post.* Pues bien, gracias, Josh, pero ya sé promocionarme yo solita. No te necesito».

Luego, después de alargarle la mano a Lars para que me diera, mi diario, lo cogí y entré en el servicio de chicas, donde estoy ahora, escribiendo esto.

¡Dios! ¿Puedes CREERLO? A ver si lo entiendo. Mi primer beso —el primer beso de mi vida— y en una semana aparecerá en todas las revistas juveniles del país. Y probablemente también en otras de ámbito internacional, como *Majesty,* que sigue la

vida y peripecias de los miembros más jóvenes de la realeza de Gran Bretaña y Mónaco. Una vez publicaron un artículo sobre el armario ropero de la esposa del príncipe Eduardo, Sophie, valorando cada uno de sus conjuntos en una escala del uno al diez. Lo titularon: «Dentro del armario». Supongo que Majesty no tardará en empezar a seguirme los pasos, valorando también mi armario —y mis novios—. Me pregunto si el pie de la fotografía con Josh será: «Joven princesa enamorada».

Perdona, pero ¡puaj!

Y lo más irónico del asunto es que NO estoy enamorada de Josh Richter. Bueno, podría haber sido bonito... Pero ¿a quién pretendo engañar? ¡Habría sido GENIAL tener un novio. A veces creo que si no lo tengo es porque realmente hay algo en mí que no funciona.

Sin embargo, el caso es que prefiero no tener novio a tener uno que sólo me utiliza por dinero o por el hecho de que mi padre es un príncipe o algo así, a menos que me quisiera por mi forma de *ser*, y nada más.

Es evidente que ahora que todo el mundo sabe que soy una princesa, va a resultarme bastante difícil saber a qué chicos les gusto por mi forma de ser y a qué chicos les gusto por mi corona.

¿Cómo ha podido gustarme alguna vez? Es un interesado. ¡Me ha utilizado! Hirió a Lana a propósito y luego ha intentado utilizarme. Y yo he caído en sus redes como una idiota de remate.

¿Qué voy a hacer? Cuando mi padre vea la fotografía, se pondrá FURIOSO. No habrá manera de convencerle de que no ha sido por mi culpa. Quizá si le diera un puñetazo en el estómago a Josh frente a todas esas cámaras, conseguiría que mi padre creyera que sólo he sido una espectadora inocente...

O quizá no.

No volverán a dejarme salir con un chico, jamás, por los restos de mi vida natural.

Oh, oh. Veo zapatos fuera del lavabo. Alguien me habla.

Es Tina. Tina quiere saber si estoy bien. Alguien la acompaña.

¡Oh, Dios mío! ¡Reconozco esos pies! ¡Es Lilly! ¡Lilly y Tina quieren saber si estoy bien!

En realidad, Lilly me habla otra vez. No me critica ni amonesta mi comportamiento. Me está hablando con un tono amistoso. Al otro lado de la puerta,

dice que siente haberse reído de mi peinado y que sabe que es dominante y que sufre un trastorno de personalidad autoritaria limítrofe y que va a hacer un esfuerzo consciente para dejar de decirle a todo el mundo, sobre todo a mí, lo que tiene que hacer.

¡Vaya! ¡Lilly admite que ha hecho algo mal! ¡No puedo creerlo! ¡NO PUEDO CREERLO!

Ella y Tina quieren que salga y me una a ellas, pero les he dicho que no quiero. Me sentiría muy incómoda, con todo el mundo acompañado, y yo sola, como una idiota.

A lo que Lilly ha contestado: «No te preocupes. Michael ha venido y también lleva toda la noche solo como un idiota».

¿¿¿Michael Moscovitz ha venido a una celebración escolar??? ¡¡¡No puedo creerlo!!! ¡¡¡Él nunca va a ninguna parte, salvo a conferencias sobre física cuántica y cosas por el estilo!!!

Tengo que verlo con mis propios ojos. Voy a salir ahora mismo.

Luego sigo.



Domingo, 19 de octubre

Acabo de despertar del sueño más extraño de mi vida.

En mi sueño, Lilly y yo ya no estábamos enfadadas, ella y Tina se hacían amigas, Boris Pelkowski resultó no ser tan desagradable sin su violín, el señor Gianini dijo que había aprobado álgebra por los pelos, bailé lentas con Michael Moscovitz, e Irán había bombardeado Afganistán, gracias a lo cual ningún periódico publicaba la foto del beso de Josh, ya que todos estaban llenos de fotografías de la carnicería bélica.

Pero no ha sido un sueño. ¡No ha sido un sueño! ¡Todo esto ha ocurrido de verdad!

Porque esta mañana me he despertado con la cara húmeda, y al abrir los ojos, he visto que estaba acostada en la cama libre que hay en la habitación de Lily, y el sheltie de su hermano me lamía el rostro sin parar. En serio.

¡Pero no me importó! ¡*Pavlov* puede llenarme de babas si quiere! ¡He recuperado a mi mejor amiga! ¡No voy a suspender el curso! ¡Mi padre no me matará por haber besado a Josh Richter!

¡Ah! ¡Y creo que le gusto un poco a Michael Moscovitz!

Estoy tan contenta que apenas puedo escribir.

Anoche, al salir de los servicios de chicas con Lilly y Tina no imaginaba que la felicidad me estaba esperando con los brazos abiertos. Estaba mórbidamente deprimida —sí, *mórbidamente.* ¿No te parece una palabra genial? La he aprendido de Lilly— por lo ocurrido con Josh.

Pero cuando salí de los servicios de chicas, Josh ya se había ido. Lilly me explicó más tarde que después de haberle humillado en público y haberme ido al lavabo

hecha una furia, Josh entró en el baile con un aire bastante despreocupado. Lilly no está segura de lo que sucedió después, porque el señor G. les pidió a ella y a Tina que fueran a ver cómo estaba yo (¿no es un detalle precioso?), pero sospecho que Lars debió de utilizar uno de sus productos paralizantes con Josh, porque la siguiente vez que lo vi, Josh se había desplomado sobre un expositor de las islas del Pacífico con la frente apoyada en una modelo de Krakatoa. No se movió en toda la noche, aunque entonces yo creí que era consecuencia de todo el *champagne* que había bebido.

Bueno, el caso es que Lilly, Tina y yo nos unimos a Boris, a Dave —que por cierto es encantador, aunque estudie en el Trinity—, a Shameeka y a su novio, Alian, y a Ling—Su y a su acompañante, Clifford, que ocupaban una mesa. Era la mesa paquistaní, con un expositor esponsorizado por el Club de Economía, en el que se detallaba la caída progresiva del mercado de *maunds* (una unidad de medida paquistaní) de arroz. Apartamos algunos *maunds* y nos sentamos en la mesa para ver mejor.

Y entonces Michael apareció de la nada, con un aspecto crecientemente fresco (¿no te parece una expresión divertida? La he aprendido de Michael) y enfundado en el esmoquin que su madre le hizo comprar para la ceremonia del Mitzvah de su primo Steve. Michael no tenía a nadie más con quien estar, ya que la directora Gupta había decretado que Internet no es cultura y que por consiguiente no podía tener mesa propia, lo cual había provocado que el Club de Informática boicoteara por principios el Baile de la Diversidad Cultural.

Sin embargo, a Michael parecía traerle bastante sin cuidado el Club de Informática, ¡y eso que él era el tesorero! Se sentó a mi lado y me preguntó si estaba bien, y luego nos divertimos un buen rato bromeando con cosas como que las animadoras seguro que no practican nunca la diversidad cultural, ya que todas llevaban vestidos muy similares, un modelito negro y provocativo de Donna Karan. Entonces alguien empezó a hablar de *Star Trek: Espacio profundo 9* y preguntó si el café del replicante lleva cafeína o no, y Michael insistió en que la materia empleada para elaborar las cosas que salían del replicante son desechos, lo que significa que los helados podrían estar hechos con orina, una vez limpia de gérmenes e impurezas. Y cuando todos empezábamos a sentirnos un poco asqueados, de repente la música cambió. Pusieron una canción lenta y todo el mundo se levantó de la mesa y fue a bailar.

Excepto yo y Michael, por supuesto, que nos quedamos allí, sentados entre los *maunds* de arroz.

Lo cual tampoco estaba mal, porque a Michael y a mí no se nos acababan los temas de conversación —a diferencia de con Josh—. Seguíamos hablando del replicante, y

luego discutíamos quién era más eficaz como líder, si el Capitán Kirk o el Capitán Picard, cuando el señor Gianini se acercó para preguntarme si estaba bien.

Le contesté que sí, claro, y entonces él me dijo que se alegraba y que, por cierto, en vista de los resultados obtenidos en las prácticas que me encargaba a diario, había aprobado álgebra, por lo cual me felicitaba aunque me instaba a seguir esforzándome.

Le dije que mi mejora en matemáticas era mérito de Michael, que me había enseñado a dejar de tomar los apuntes en mi diario, a ser más ordenada con las columnas y a tachar números en las restas. Michael se ruborizó y aseguró no tener nada que ver con eso, pero el señor G no le oyó porque tuvo que ir corriendo a disuadir a un grupo de Bárbaros que pretendían llevar a cabo una manifestación por la exclusión injusta de una mesa dedicada a los seguidores de Satán por parte de los organizadores.

Luego pusieron una canción más movida y todos volvieron. Una vez sentados, hablamos del programa de Lilly, del cual Tina Hakim Baba va a ser productora, pues hemos sabido que cobra 50 dólares semanales de propina (a partir de ahora, en lugar de comprar los libros los tomará en préstamo de la biblioteca, de modo que podrá invertir todos sus ingresos en la promoción de *Lilly lo cuenta tal y como es).* Lilly me preguntó si me importaba convertirme en el tema del próximo episodio, titulado: «La nueva monarquía: miembros de la realeza que marcan la diferencia». Le otorgué en exclusiva los derechos para emitir mi primera entrevista con la condición de que me preguntara mi opinión sobre la industria cárnica.

Entonces empezó a sonar otra canción lenta y todo el mundo volvió a la pista. Michael y yo nos quedamos otra vez entre el arroz, y yo estaba a punto de preguntarle con quién preferiría pasar la eternidad si se produjera un holocausto nuclear y no quedara nadie más sobre la faz de la tierra, si con Buffy, la vampiresa asesina, o Sabrina, la bruja adolescente, cuando ¡él me preguntó si quería bailar!

Me quedé tan helada que le dije «sí» sin pensarlo dos veces. ¡Y acto seguido estaba bailando mi primer baile con un hombre que no era mi padre!

¡Y era una canción *lenta*!

Bailar lentas es algo *extraño.* En realidad, ni siquiera es bailar. Se parece más a estar de pie, abrazado a la pareja, y apoyarse en un pie y en el otro alternativamente al ritmo de la música. Y se supone que no se debe hablar —al menos, nadie hablaba a nuestro alrededor—. Supongo que comprendía por qué, ya que uno está tan concentrado en las *sensaciones* que no puede pensar en nada que decir. Me refiero a que Michel *olía* tan bien —como a jabón del bueno— y su *tacto era* tan agradable —el

vestido que Grandmère eligió para mí era muy bonito pero demasiado fresco, así que la proximidad de Michael, tan cálida, me parecía de lo más plácida—, que era casi imposible *decir* nada.

Supongo que Michael sentía algo parecido, porque aunque sentados en el arroz ninguno de los dos cerró la boca ni por un momento, de tanto que teníamos que decirnos, mientras bailábamos no pronunciamos palabra.

Sin embargo, en cuanto se acabó la canción, Michael se puso a hablar de nuevo y me preguntó si me apetecía probar el té frío que servían en la mesa dedicada a la cultura tailandesa, o el *edamame* en la mesa del Club de Animación Japonesa. Para no haber asistido ni a una sola celebración escolar —aparte de las reuniones del Club de Informática—, Michael estaba compensando el tiempo perdido con un enorme entusiasmo.

Y así transcurrió el resto de la noche: hablábamos sentados mientras sonaban canciones rápidas y bailábamos con las lentas.

Y, ¿sabes?, no sabría decir qué me gustaba más, si hablar o bailar con Michael. Las dos cosas eran tan... interesantes.

Cada una a su manera, claro está.

Cuando la fiesta concluyó, nos apiñamos todos en la limusina que el señor Hakim Baba había enviado para recoger a Tina y a Dave (fuera no quedaba ninguna furgoneta de la prensa, puesto que la noticia del bombardeo ya se había extendido; supongo que en esos momentos asediaban la embajada iraní). Llamé a mamá desde el teléfono de la limusina, le dije dónde estaba y le pregunté si podía pasar la noche en casa de Lilly, ya que era allí adonde nos dirigíamos todos. Me dio permiso sin preguntarme nada, de lo cual deduzco que probablemente ya había hablado con el señor G. y que él le había puesto al corriente de los acontecimientos de la noche. Me pregunto si también le habrá dicho que he aprobado álgebra.

Bueno, podría haberme puesto mejor nota que un simple aprobado. Siempre he apoyado su relación con mi madre, y creo que ese tipo de lealtad debe ser recompensada.

El doctor y la doctora Moscovitz se quedaron muy sorprendidos al vernos aparecer a los diez —doce, contando a Lars y a Wahim— por la puerta. Y se sorprendieron aún más al ver a Michael; no se habían dado cuenta de que no estaba en su habitación. Aun así nos dejaron pasar al salón, donde escuchamos *End of the World* hasta que el padre de Lilly y Michael vino en pijama y dijo que debíamos irnos a casa porque tenía una cita a primera hora con su instructor de tai-chi.

Todos se despidieron y se apiñaron en el ascensor, todos menos yo y los Moscovitz. Incluso Lars se marchó al Plaza —una vez encerrada yo en lugar seguro para el resto de la noche, sus responsabilidades concluían—. Le hice prometer que no le explicaría a mi padre lo del beso. Él lo prometió, pero con los hombres nunca se sabe qué puede pasar; tienen ese código propio tan extraño, ¿sabes? Lo recordé al ver a Lars y a Michael chocar la mano al despedirse.

Lo más extraño de todo sucedió cuando anoche descubrí a lo que Michael dedica tantas horas en su habitación. Me lo enseñó, pero me hizo jurar que no se lo contaría a nadie, incluida Lilly. Quizá ni siquiera debería escribirlo aquí, por si alguien descubre este libro y lo lee. Sólo puedo decir que Lilly ha estado perdiendo el tiempo adorando a Boris Pelkowski: tiene un genio musical en el seno de su propia familia.

¡Y pensar que nunca ha ido a clases de música! Aprendió a tocar la guitarra solo, ¡y escribe canciones! La que tocó para mí se titulaba *Trago largo de agua.* Trata de una chica muy guapa y alta que no sabe que un chico está enamorado de ella. Estoy segura de que algún día será número uno en las listas de éxitos. Michael Moscovitz podría llegar a ser tan famoso como Puff Daddy.

No me había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta que se fue todo el mundo. Había sido un día muy largo. Había roto con un chico con el que sólo había salido media cita, algo que puede resultar emocionalmente agotador.

Sin embargo, me he despertado muy temprano, como siempre que me quedo a dormir en casa de Lilly. Me he quedado acostada con *Pavlov* entre los brazos, escuchando el sonido del tráfico matutino en la Quinta Avenida, un sonido muy leve porque los Moscovitz han insonorizado las ventanas. En estos momentos creo que soy una chica realmente afortunada. Todo pareció ir mal durante un tiempo, pero ¿no resulta gracioso ver cómo al final la solución llega sola?

Oigo ruidos en la cocina. Maya debe de estar allí, preparando el zumo de naranja sin pulpa para el desayuno. Voy a ver si necesita ayuda.

No sé por qué, pero ¡ESTOY ENTUSIASMADA!

Supongo que tampoco cuesta tanto estarlo, ¿verdad?



Domingo por la noche

Grandmère se ha presentado hoy en el apartamento con papá a remolque. Papá quería saber cómo había ido la noche. ¡Lars no se lo había explicado! ¡Dios! *¡Adoro* a mi guardaespaldas! Y Grandmère quería informarme de que estará fuera una semana, por lo que de momento nuestras lecciones de princesa quedan suspendidas. Dice que tiene que hacer su visita anual a alguien llamado Baden-Baden. Supongo que debe de ser un amigo de aquel otro tipo con el que solía salir, un tal Boutros-Boutros.

¡Hasta *mi abuela* tiene novio!

En fin, el caso es que ella y papá han aparecido por sorpresa y tendrías que haber visto la cara de mamá. Parecía estar a punto de vomitar. Sobre todo cuando Grandmère ha empezado a criticar el desorden del apartamento (últimamente he estado demasiado ocupada para limpiar).

En un intento de que Grandmère la dejara en paz, me he ofrecido a acompañarla a la limusina, y por el camino le he explicado lo de Josh, que es un interesado, ya que la historia contenía todos los elementos que a ella le gustan: periodistas, chicos monos, sobresaltos emocionales y todo eso.

Bueno, pues estábamos en la esquina despidiéndonos hasta la próxima semana (¡SÍ! ¡Toda una semana sin lecciones de princesa! ¡Por fin!), y de repente se nos ha acercado el Ciego, repiqueteando en su bastón. Se ha detenido en la esquina y ha esperado allí a que su siguiente víctima se acercara para ayudarle a cruzar la calle. Grandmère le ha visto y se lo ha tragado: «Amelia, ve a ayudar a ese pobre hombre».

Pero, obviamente, yo ya estaba prevenida y he contestado: «Ni hablar».

«¡Amelia! —Grandmère se había quedado atónita—. Una de las cualidades más

importantes en una princesa es la amabilidad incondicional con los extraños. Y ahora, ve a ayudar a ese joven a cruzar la calle.»

Yo he repetido: «Ni hablar, Grandmère. Si tanto crees que necesita ayuda, ayúdale tú».

Así que Grandmère, exageradamente inclinada hacia delante —supongo que para demostrarme lo incondicionalmente amable que es— se ha acercado al Ciego y le ha dicho, con un tono de voz más bien falso: «Permita que le ayude, joven...».

El Ciego ha agarrado a Grandmère por un brazo y supongo que le ha gustado, porque acto seguido ha respondido: «Oh, muy agradecido, *madame*» y se ha dispuesto a cruzar Spring Street del brazo de Grandmère.

No creía que el Ciego se atreviera a meter mano a mi abuela. De verdad que no; de lo contrario, no la habría dejado acudir en su ayuda. Grandmère no es precisamente una «pipiola», supongo que ya sabes a lo que me refiero. No imaginaba que ningún hombre, ni siquiera un hombre ciego, le metiera mano algún día.

Pero Grandmère no ha necesitado ayuda. Ha agarrado el bolso y lo ha estampado en la cara del Ciego con tanta fuerza que sus gafas de sol han salido por los aires, tras lo cual ya no quedaba ninguna duda: el Ciego puede ver.

Y déjame decirte algo: no creo que vuelva a merodear por nuestra calle en algún tiempo.

Después de tanto barullo, ha sido casi una bendición volver a casa y pasarme el resto del día haciendo los deberes de álgebra. Necesitaba un poco de silencio y tranquilidad.

Fin